

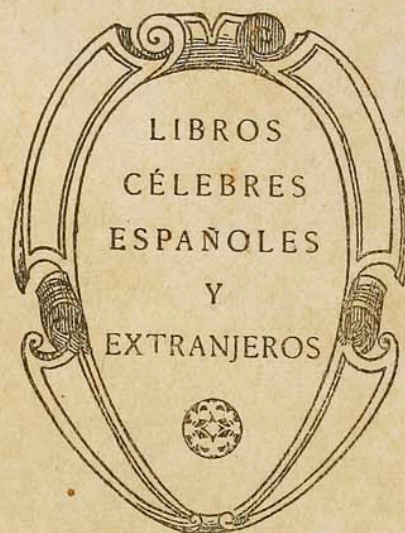
EL LIBRO DE LAS MIL NOCHES Y UNA NOCHE

Povo

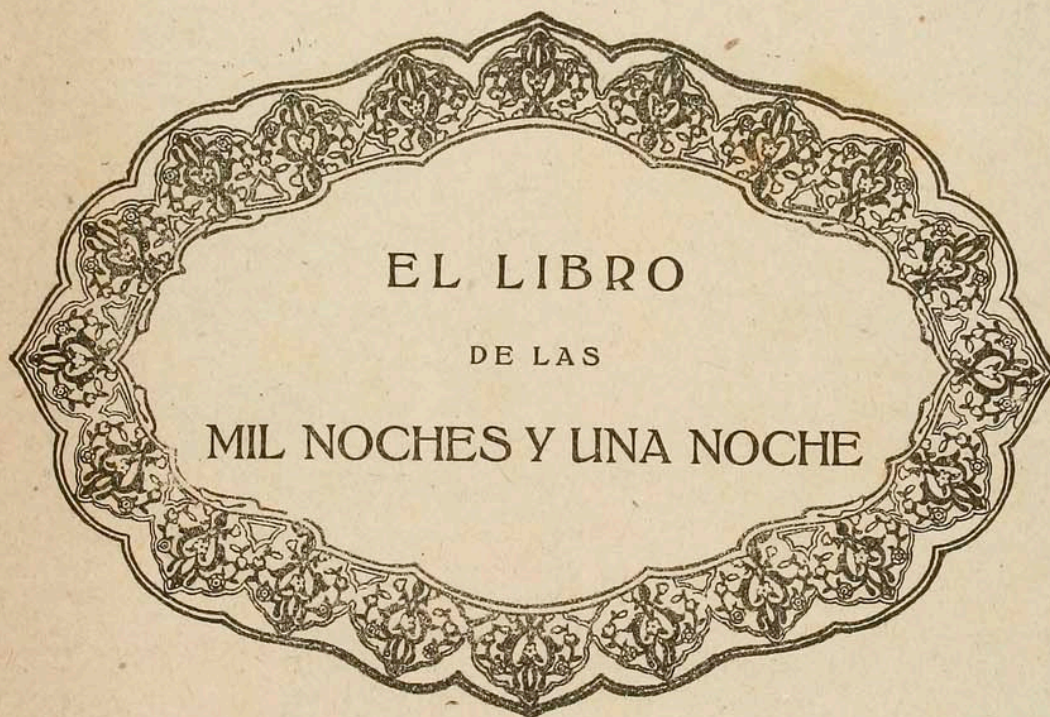


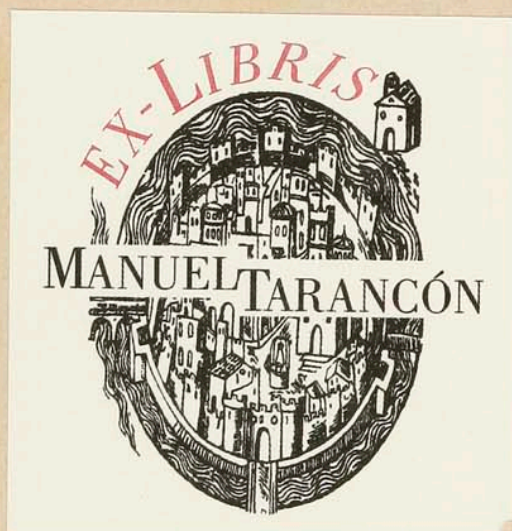
TRADUCCIÓN DIRECTA
Y LITERAL DEL ÁRABE
POR EL D.^o J. C. MARDRUS
VERSIÓN ESPAÑOLA DE
■ V. BLASCO IBAÑEZ ■
PRÓLOGO DE E. GÓMEZ CARRILLO

PROMETEO
VALENCIA



Director literario: V. Blasco Ibáñez





ES PROPIEDAD. DERECHOS
EXCLUSIVOS DE TRADUCCIÓN
AL ESPAÑOL.



EL LIBRO DE LAS MIL NOCHES Y UNA NOCHE

TRADUCCIÓN DIRECTA Y LITERAL DEL ÁRABE POR EL
DOCTOR J. C. MARDRUS

Versión española de VICENTE BLASCO IBAÑEZ

PRÓLOGO DE E. GÓMEZ CARRILLO

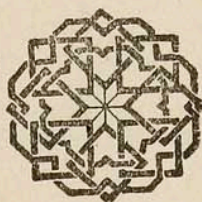
TOMO DÉCIMOSÉPTIMO

Las llaves del Destino (*continuación*).—El diván
de los fáciles donaires y de la alegre sabiduría.—Historia de la princesa Nurennahar y de
la bella gennia.—Historia de Sarta-de-perlas.

PROMETEO

Germanías, 33.—VALENCIA

(Published in Spain)

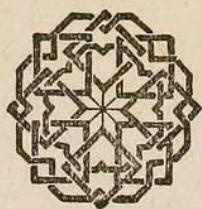


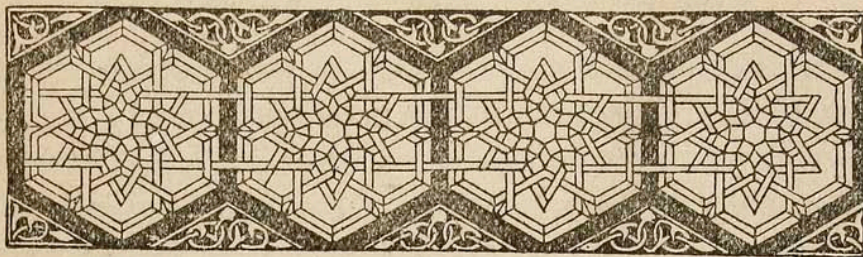
¡AUM!

CUANDO EL CASO MÁGICO DEL BRACMÁN
SYLVAIN LÉVI HA HECHO TAN NOTORIA
LA RESURRECCIÓN DEL SÁNSCRITO, MI
AMISTAD NO PUEDE POR MENOS DE SEÑAL-
LAR AQUÍ ESTA FECHA CON LA INVOCA-
CIÓN DE LAS SÍLABAS PURAS:

¡Am! ¡Im! ¡Um! ¡Rim!

J. C. M.

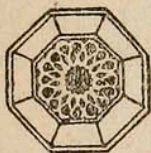




LAS LLAVES DEL DESTINO

(CONTINUACIÓN)

*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 789.^a NOCHE*



Ella dijo:

»...Y cogí el vestido de la mujer, y salí para ir á venderlo, á la salud de nuestros hijos. Y cuando me dirigí al zoco, me encontré con un beduino montado en una camella roja. Y al verme, el beduino paró de repente á su camella, la hizo arrodillarse, y me dijo: «La zalema contigo, ¡oh hermano mío! ¿No podrias indicarme la casa de un rico mercader que se llama el jeique Hassán Abdalah, hijo de El-Aschar?» Y yo ¡oh mi señor! tuve vergüenza de mi pobreza, aunque la pobreza, como la riqueza, nos viene de Alah, y contesté, bajando la cabeza: «Y contigo la zalema y la

bendición de Alah, ¡oh padre de los árabes! ¡Pero en El Cairo, que yo sepa, no hay ningún hombre con el nombre que acabas de pronunciar!» Y quise continuar mi camino. Pero el beduino se apeó de su camella, y tomando mis manos en las suyas, me dijo con acento de reproche: «Alah es grande y generoso, ¡oh hermano mío! ¿Acaso no eres tú el jeique Hassán Abdalah, hijo de El-Aschar? ¿Y es posible que te desentiendas del huésped que Alah te envía, ocultando tu nombre?» Entonces, yo, en el límite de la confusión, no pude contener mis lágrimas, y rogándole que me perdonara, le cogí las manos para besárselas; pero no quiso dejarme hacer, y me estrechó en sus brazos, como haría un hermano con su hermano. Y le conduje á mi casa.

»Y mientras de aquel modo caminaba con el beduino, que llevaba del ronzal á su camella, mi corazón y mi espíritu estaban torturados por la idea de no tener nada para agasajar al huésped. Y cuando llegué, me apresuré á contar á la hija de mi tío el encuentro que acababa de tener; y ella me dijo: «¡El extranjero es el huésped de Alah, y para él será incluso el pan de los hijos! Vuélvete, pues, á vender el traje que te di, y con el dinero que por ello saques compra con qué alimentar á nuestro huésped. ¡Y si deja sobras, nos las comeremos nosotros!» Y para salir, tenía yo que pasar por el vestíbulo en que había dejado al beduino. Y como ocultara yo el traje, me dijo él: «¿Qué llevas entre la ropa, hermano mío?» Y contesté, bajando la cabe-

za, confuso: «¡Nada!» Pero él insistió, diciendo: «¡Por Alah sobre ti, ¡oh hermano mío! te suplico me digas qué llevas escondido entre las vestiduras!» Y contesté, muy azorado: «¡Es el traje de la hija de mi tío, que se lo llevo á nuestra vecina, la cual tiene el oficio de remendar trajes!» Y el beduino insistió aún, y me dijo: «Déjame ver ese traje, ¡oh hermano mío!» Y ruborizándome, le enseñé el traje; y exclamó él: «Alah es clemente y generoso, ¡oh hermano mío! ¡Lo que ibas á hacer era vender en subasta el traje de tu esposa, madre de tus hijos, para cumplir con el extranjero los deberes de hospitalidad!» Y me abrazó, y me dijo: «¡Toma, ya Hassán Abdalah, aquí tienes diez dinares de oro, que proceden de Alah, á fin de que los gastes y nos compres con ellos lo preciso para nuestras necesidades y las de tu casa!» Y no pude rechazar la oferta del huésped, y cogí las monedas de oro. Y en mi casa entraron el bienestar y la abundancia.

»Y he aquí que, á diario, me entregaba el beduino la misma suma, y por orden suya la gastaba de la misma manera. Y duró aquello quince días. Y glorifiqué al Retribuidor por sus beneficios.

»Y he aquí que, á la mañana del décimosexto día, mi huésped el beduino me dijo, después de las zalemas: «Ya Hassán Abdalah, ¿quieres venderte á mí?» Y le contesté: «¡Oh mi señor! ¡ya soy tu esclavo, y te pertenezco por agradecimiento!» Pero me dijo él: «¡No, Hassán Abdalah, no es eso lo que quiero decirte! Al preguntarte si te vendes á mí,

es porque deseo comprarte realmente. ¡Así es que no voy á regatear tu venta, y te dejo que tú mismo fijes el precio en que quieres venderte!» Y ni por un instante dudé de que hablara en broma, y contesté, burlándome: «El precio de un hombre libre ¡oh mi señor! está fijado por el Libro en mil dinares, si se le mata de un solo golpe. Pero si se hacen varias intentonas para matarle, produciéndole dos ó tres ó cuatro heridas, ó si se le corta en pedazos, entonces su precio llega á mil quinientos dinares.» Y me dijo el beduino: «¡No hay inconveniente, Hassán Abdalah! ¡te pagaré esta última suma, si consientes en tu venta!» Y comprendiendo entonces que mi huésped no bromeaba, sino que estaba seriamente decidido á comprarme, pensé para mi ánima: «¡Alah es quien te envía á este beduino para salvar á tus hijos del hambre y de la miseria, ya ¡eique Hassán! ¡Si tu destino es ser cortado en pedazos, no te escaparás de él!» Y contesté: «¡Oh hermano árabe, acepto mi venta! ¡Pero permíteme solamente consultar acerca de ello á mi familia!» Y me contestó: «Está bien.» Y me dejó y salió para dedicarse á sus asuntos.

»Y he aquí ¡oh rey del tiempo! que fui en busca de mi madre, de mi esposa y de mis hijos, y les dije: «¡Alah os salva de la miseria!» Y les conté la proposición del beduino. Y al oír mis palabras, mi madre y mi esposa se maltrataron el rostro y el pecho, exclamando: «¡Oh calamidad sobre nuestra cabeza! ¿Qué quiere hacer de ti ese beduino?» Y

corrieron á mí los niños y se cogieron á mis ropas. Y lloraban todos. Y añadió mi esposa, que era prudente y de buen consejo: «¿Quién sabe si ese beduino maldito, como te opongás á tu venta, reclamará lo que ha gastado aquí? Así es que, para que no te pille desprevenido, es preciso que vayas cuanto antes en busca de alguien que consienta en comprar esta miserable casa, última hacienda que te queda, y con el dinero que te produzca pagarás á ese beduino. Y de tal suerte no le deberás nada, y quedará libre tu persona.» Y estalló en sollozos, pensando ver ya á nuestros hijos sin asilo, en la calle. Y yo me puse á reflexionar acerca de la situación, y estaba en el límite de la perplejidad. Y pensaba de continuo: «¡Oh Hassán Abdalah! ¡no desaproveches la ocasión que Alah te depara! ¡Con la suma que te ofrece el beduino por tu venta aseguras el pan de tu casa!» Luego pensé: «Pero ¿por qué quiere él comprarte? ¿Y qué quiere hacer de ti? ¡Si aún fueras joven é imberbe! ¡Pero si tienes la barba como la cola de Agar, y ni siquiera tentarías á un indígena del Alto Egipto! ¡Por lo visto, quiere matarte poco á poco, ya que te paga con arreglo á la segunda condición!»

»Sin embargo, cuando, al caer la tarde, regresó á casa el beduino, yo había tomado mi partido y tenía decidido lo que había de hacer. Y le recibí con cara sonriente, y después de las zalemas, le dije: «¡Te pertenezco!» Entonces se desató el cinturón, sacó de él mil quinientos dinares de oro, y

me los contó, diciendo: «¡Ruega por el Profeta, ya Hassán Abdalah!» Y contesté: «¡Con él la plegaria, la paz y las bendiciones de Alah!» Y me dijo: «Pues bien, hermano mío, ahora que te vendiste, puedes estar sin temor, porque tu vida será salva y tu libertad completa. Al hacer tu adquisición, solamente deseé tener un compañero agradable y fiel en el largo viaje que quiero emprender. Porque ya sabes que el Profeta (¡Alah le tenga en su gracia!) ha dicho: «¡Un compañero es la mejor provisión para el camino!»

»Entonces entré muy alegre en el aposento donde se hallaban mi madre y mi esposa, y puse delante de ellas, en la estera, los mil quinientos dinares de mi venta. Y al ver aquello, sin querer escuchar mis explicaciones, empezaron ellas á lanzar gritos estridentes, mesándose los cabellos y lamentándose, como se hace junto al ataúd de los muertos. Y exclamaban: «¡Es el precio de la sangre! ¡Qué desgracia! ¡qué desgracia! ¡Jamás tocaremos al precio de tu sangre! ¡Antes morir de hambre con los niños!» Y al ver la inutilidad de mis esfuerzos por calmarlas, las dejé un rato para que desahogaran su dolor. Luego me puse á hacerles razonamientos, jurándoles que el beduino era un hombre de bien con intenciones excelentes; y acabé por conseguir que amenguaran un poco sus lamentos. Y me aproveché de aquella calma para besarlas, así como á los niños, y decirles adiós. Y con el corazón dolorido, las dejé bañadas en las lágrimas de la desola-

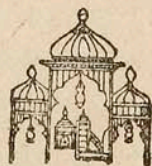
ción. Y abandoné la casa en compañía de mi amo el beduino.

»Y en cuanto estuvimos en el zoco de las acémilas, por indicación suya compré una camella conocida por su rapidez. Y por orden de mi amo llené los sacos de provisiones necesarias para un viaje largo. Y terminados todos nuestros preparativos, ayudé á mi amo á montar en su camella, monté yo en la mía, y después de invocar el nombre de Alah nos pusimos en camino.

»Y viajamos sin interrupción, y pronto ganamos el desierto, en donde no había más presencia que la de Alah, y en donde no se veía huella de viajeros en la movable arena. Y mi amo el beduino se guiaba, en aquellas inmensidades, por indicaciones conocidas sólo de él y de su cabalgadura. Y así caminamos, bajo un sol abrasador, durante diez días, cada uno de los cuales me pareció más largo que una noche de pesadillas.

»Al undécimo día por la mañana llegamos á una llanura inmensa, cuyo suelo brillante parecía formado de pepitas de plata...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 790.^a NOCHE*

Ella dijo:

»...Al undécimo día por la mañana llegamos á una llanura inmensa, cuyo suelo brillante parecía formado de pepitas de plata. Y en medio de aquella llanura se elevaba una alta columna de granito. Y en lo alto de la columna se erguía un joven de cobre rojo, que tenía la mano derecha extendida y abierta, con una llave colgando de cada uno de sus cinco dedos. Y la primera llave era de oro, la segunda de plata, la tercera de cobre chino, la cuarta de hierro y la quinta de plomo. Y cada una de estas llaves era un talismán. Y el hombre que se apropiara de cada una de aquellas llaves tenía que sufrir la suerte que iba aneja á ella. Porque eran las llaves del Destino: la llave de oro era la llave de las miserias, la llave de plata la de los sufrimientos, la llave de cobre chino la de la muerte, la llave de hierro la de la gloria y la llave de plomo la de la sabiduría y de la dicha.

»Pero yo ¡oh mi señor! en aquel tiempo ignoraba estas cosas que mi amo era solo en conocer. Y mi ignorancia fué causa de todas mis desventuras. Pero las desventuras, como las venturas, nos vie-

nen de Alah el Retribuidor. Y la criatura debe aceptarlas con humildad.

»El caso es ¡oh rey del tiempo! que, cuando llegamos al pie de la columna, mi amo el beduino hizo arrodillarse á su camellla y echó pie á tierra. Y yo hice lo que él. Y allí mi amo sacó de su carcaj un arco de forma extraña, y puso en él una flecha. Y tendió el arco y lanzó la flecha al joven de cobre rojo. Pero, sea por torpeza real, sea por torpeza fingida, la flecha no dió en el blanco. Y entonces me dijo el beduino: «Ya Hassán Abdalah, ahora es cuando puedes rescatarte conmigo, y si quieres, comprar tu libertad. Porque sé que eres fuerte y listo, y sólo tú podrás dar en el blanco. ¡Coge, pues, este arco y procura tirar esas llaves!»

»Entonces, ¡oh mi señor! feliz por poder pagar mi deuda y rescatar mi libertad á aquel precio, no vacilé en obedecer á mi amo. Y cogí el arco, y al examinarle, observé que era de fabricación india y había salido de manos de un obrero hábil. Y deseoso de mostrar á mi amo mi saber y mi destreza, estiré el arco con fuerza y di en la mano del joven de la columna. Y á la primera flecha hice caer una llave; y era la llave de oro. Y muy orgulloso y alegre, la recogí y se la presenté á mi amo. Pero no quiso cogerla, y me dijo, rechazándola: «¡Guárdatela para ti ¡oh pobre! como premio por tu destreza!» Y le di las gracias, y me metí en el cinturón la llave de oro. Y no sabía que era la llave de las miserias.

»Luego, al segundo tiro, hice caer otra llave, que era la llave de plata. Y el beduino no quiso tocarla, y yo me la guardé en el cinturón con la primera. Y no sabía que era la llave de los sufrimientos.

»Tras de lo cual, con otras dos flechas, descolgué dos llaves más: la llave de hierro y la llave de plomo. Y una era la de la gloria, y otra la de la sabiduría y la dicha. Pero yo no lo sabía. Y sin darme tiempo á recogerlas, mi amo se apoderó de ellas, lanzando exclamaciones de alegría y diciendo: «¡Bendito sea el seno que te ha llevado, ¡oh Hasán Abdalah! ¡Bendito sea quien adiestró tu brazo y ejercitó tu golpe de vista!» Y me estrechó en sus brazos, y me dijo: «¡En adelante, eres tu propio amo!» Y le besé la mano, y de nuevo quise devolverle la llave de oro y la llave de plata. Pero las rehusó, diciendo: «¡Para ti!»

»Entonces saqué del carcaj la quinta flecha, y me apercibí á tirar la última llave, la de cobre chino, que no sabía era la llave de la muerte. Pero mi amo se opuso vivamente á mi propósito, deteniéndome el brazo y exclamando: «¿Qué vas á hacer, desgraciado?» Y muy aturdido, dejé caer inadvertidamente la flecha á tierra. Y precisamente se me clavó en el pie izquierdo y me lo atravesó, haciéndome una herida dolorosa. ¡Y aquello fué el principio de mis desventuras!

»Cuando mi amo, afligido por aquel accidente que hubo de sobrevenirme, me curó la herida como me-

jor pudo, ayudóme á montar en mi camella. Y proseguimos nuestro camino.

»Después de tres días y tres noches de una marcha muy penosa á causa de mi pie herido, llegamos á una pradera, donde nos detuvimos para pasar la noche. Y en aquella pradera había árboles de una especie que yo no había visto nunca. Y aquellos árboles ostentaban hermosos frutos maduros, cuya apariencia fresca y encantadora excitaba á la mano á cogerlos. Y yo, acuciado por la sed, me arrastré hasta uno de aquellos árboles y me apresuré á coger uno de aquellos frutos. Y era de un color rojo dorado y de un perfume delicioso. Y me lo llevé á la boca y lo mordí. Y he aquí que clavé los dientes con tanta fuerza, que no pude desencajar las mandíbulas. Y quise gritar, pero de mi boca no salió mas que un sonido inarticulado y sordo. Y sufría horriblemente. Y eché á correr de un lado para otro con mi pierna coja y con el fruto cogido entre mis mandíbulas encajadas, y empecé á gesticular como un loco. Luego me tiré al suelo con los ojos fuera de las órbitas.

»Entonces, mi amo el beduino, al verme en aquel estado, se asustó mucho al principio. Pero cuando comprendió la causa de mi tormento, se acercó á mí é intentó desencajarme las mandíbulas. Pero sus esfuerzos sólo sirvieron para aumentar mi mal. Y al ver aquello, me dejó y fué á recoger al pie de los árboles algunos de los frutos caídos. Y los contempló atentamente, y acabó por escoger uno y tirar

los demás. Y volvió conmigo y me dijo: «¡Mira este fruto, Hassán Abdalah! ¡Ya ves los insectos que lo roen y lo destruyen! Pues bien; estos insectos van á servir de remedio para tu mal. ¡Pero se necesita calma y paciencia!» Y añadió: «¡Porque he calculado que, poniendo en el fruto que obstruye tu boca alguno de estos insectos, se dedicarán á roerlo, y en dos ó tres días, á lo sumo, estarás libre!» Y como se trataba de un hombre de experiencia, le dejé hacer, pensando: «¡Ya Alah! ¡tres días y tres noches de semejante suplicio! ¡Oh! ¡preferible es la muerte!» Y sentándose á la sombra junto á mí, mi amo hizo lo que había dicho, llevando al fruto maldito los insectos salvadores.

»Y en tanto que los insectos roedores comenzaban su obra, mi amo sacó de su saco de provisiones dátiles y pan seco, y se puso á comer. Y de cuando en cuando se interrumpía para recomendar-me paciencia, diciéndome: «¿Ves, ya Hassán, cómo tu glotonería me detiene en mi camino y retrasa la ejecución de mis proyectos? ¡Pero soy prudente y no me atormento con exceso por este contratiempo! ¡Haz como yo!» Y se dispuso á dormir, y me aconsejó que hiciese lo propio.

»Pero ¡ay! que me pasé sufriendo la noche y el día siguiente. Y aparte los dolores de mis mandíbulas y de mi pie, estaba torturado por la sed y el hambre. Y para consolarme, el beduino me aseguraba que adelantaba el trabajo de los insectos. Y de tal suerte me hizo tener paciencia hasta el ter-

cer día. Y por la mañana de aquel tercer día al fin sentí que se me desencajaban las mandíbulas. É invocando y bendiciendo el nombre de Alah, tiré el fruto maldito con los insectos salvadores.

»Entonces, libre ya, mi primer cuidado fué registrar el saco de provisiones y palpar el odre que contenía el agua. Pero observé que mi amo lo había agotado todo en los tres días que duró mi suplicio, y me eché á llorar, acusándole de mis sufrimientos. Pero él, sin alterarse, me dijo con dulzura: «Eres injusto, Hassán Abdalah. ¿Acaso también yo iba á dejarme morir de hambre y de sed? ¡Pon, pues, tu confianza en Alah y en su Profeta, y levántate en busca de un manantial donde aplacar tu sed!»

»Y entonces me levanté y me dediqué á buscar agua ó alguna fruta que me fuese conocida. Pero no había allí otros frutos que los de la especie perniciosa cuyos efectos hube de experimentar. Por fin, á fuerza de pesquisas, acabé por descubrir en el hueco de una roca un pequeño manantial de agua cristalina y fresca, que invitaba á aplacar la sed. Y me puse de rodillas, ¡y bebí, y bebí, y bebí! Y me detuve un instante, y seguí bebiendo.

»Tras de lo cual, un poco calmado, consentí en ponerme en camino, y seguí á mi amo, que ya se había alejado en su camella roja. Pero no habría dado cien pasos mi cabalgadura, cuando sentí que me acometían retortijones tan violentos, que creí tener en las entrañas todo el fuego del infierno. Y me puse á gritar: «¡Oh madre mía! ¡Ya Alah! ¡Oh

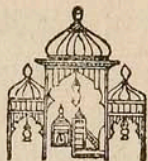
madre mía!» Y en vano traté de moderar el paso de mi camella, que, á grandes zancadas, corría con toda su velocidad en pos de su rápida compañera. Y con los saltos que daba y el vaivén de su paso, se hizo tan intenso mi suplicio que empecé á dar aullidos espantosos y á lanzar tales imprecaciones contra mi camella, contra mí mismo y contra todo, que acabó por oirme el beduino, y retrocediendo hasta mí, me ayudó á parar mi camella y á echar pie á tierra. Y me acurruqué en la arena, y—dispensa esta confianza á tu esclavo, ¡oh rey del tiempo!—di libre curso al torrente que llevaba dentro. Y sentí como si se me desgarrasen todas las entrañas. Y en mi pobre vientre se levantó una tempestad completa, con todos los truenos de la Creación, mientras mi amo el beduino me decia: «¡Ya Hassán Abdalah, ten paciencia!» Y á consecuencia de todo aquello, caí desmayado en el suelo.

»Y no sé cuánto tiempo duró mi desmayo. Pero cuando volví en mí, me vi otra vez á lomos de la camella, que seguía á su compañera. Y era por la tarde. Y se ponía el sol detrás de una montaña alta, al pie de la cual llegábamos. Y nos paramos á descansar. Y mi amo me dijo: «¡Loado sea Alah, que no permite que nos quedemos en ayunas hoy! ¡Pero no te preocupes de nada y estate tranquilo, pues mi experiencia del desierto y de los viajes me hará encontrar un alimento sano y refrescante donde tú no podrías recoger mas que venenos!» Y tras de hablar así, fué á un matorral formado por plantas

de hojas apretadas, carnosas y cubiertas de espinas, poniéndose á cortar con su sable algunas de ellas. Y las mondó, y extrajo una pulpa amarilla y azucarada, parecida, en el sabor, á la de los higos. Y me dió cuanta quise; y comí hasta que estuve harto y refrescado.

»Entonces empecé á olvidar un poco mis sufrimientos, y confié en pasar por fin la noche tranquilamente en un sueño, de cuyo sabor hacía tanto tiempo que no me acordaba. Y al salir la luna, extendí en tierra mi capote de pelo de camello, y ya me aprestaba á dormir, cuando me dijo mi amo el beduino: «¡Ya Hassán Abdalah, ahora es cuando tienes ocasión de probarme si realmente me guardas alguna gratitud!...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 791.^a NOCHE*

Ella dijo:

...«¡Ya Hassán Abdalah, ahora es cuando tienes ocasión de probarme si realmente me guardas alguna gratitud! Porque deseo que esta noche asciendas á esa montaña, y cuando hayas llegado á la cima, esperes allí la salida del sol. Entonces, de

pie, mirando á Oriente, recitarás la plegaria de la mañana; luego bajarás. ¡Y ese es el servicio que te pido! Pero guárdate bien de dejarte sorprender por el sueño, ¡oh hijo de El-Aschar! Pues las emanaciones de esta tierra son en extremo malsanas, y tu salud se resentiría de ello sin remedio!»

»Entonces, ¡oh mi señor! á pesar de mi estado de fatiga excesiva y de mis sufrimientos de toda especie, contesté con el oído y la obediencia, porque no me olvidaba de que el beduíno había dado el pan á mis hijos, á mi esposa y á mi madre; y también se me ocurrió que, si acaso yo me negara á prestarle aquel extraño servicio, me abandonaría él en aquellos lugares salvajes.

»Poniendo mi confianza en Alah, trepé, pues, á la montaña, y no obstante el estado de mi pie y de mi vientre, llegué á la cima al mediar la noche. Y el suelo estaba allí blanco y pelado, sin un arbusto ni la menor brizna de hierba. Y el viento helado que soplaba con violencia en aquella cúspide, y el cansancio de todos aquellos días calamitosos, me sumieron en un estado de modorra tal, que no pude por menos de dejarme caer en tierra y dormirme hasta por la mañana, á pesar de todos los esfuerzos de mi voluntad.

»Cuando me desperté acababa de aparecer el sol en el horizonte. Y quise al punto seguir las instrucciones del beduíno. Hice, pues, un esfuerzo para saltar sobre ambos pies, pero en seguida caí al suelo, inerte, porque mis piernas, gordas á la sazón

cual patas de elefante, estaban flojas y doloridas, y se negaban en absoluto á sostener mi cuerpo y mi vientre, que estaban hinchados como un odre. Y la cabeza me pesaba sobre los hombros más que si fuese toda de plomo, y no podía yo levantar mis brazos paralizados.

»Entonces, temiendo disgustar al beduino, obliqué mi cuerpo á obedecer al esfuerzo de mi voluntad, y aun á trueque de los sufrimientos horribles que experimentaba, conseguí ponerme en pie. Y me volví hacia Oriente y recité la plegaria de la mañana. Y el sol saliente iluminaba mi pobre cuerpo y proyectaba en Occidente su sombra desmesurada.

»Y he aquí que, cumplido de tal suerte mi deber, pensé bajar de la montaña. Pero era tan pina su pendiente y tan débil estaba yo, que, al primer paso que quise dar, se me doblaron las piernas con mi peso y caí y rodé como una bola con asombrosa rapidez. Y las piedras y las zarzas á que intentaba agarrarme desesperadamente, lejos de detener mi carrera, no hacían mas que arrancar jirones de mi carne y de mis vestiduras. Y no cesé de rodar de aquel modo, regando el suelo con mi sangre, hasta que llegué al pie de la montaña, al paraje donde se hallaba mi amo el beduino.

»Y he aquí que estaba echado de bruces en tierra y trazaba líneas en la arena con tanta atención, que ni siquiera advirtió mi presencia ni se dió cuenta de la manera como llegaba yo. Y cuando le distrajerón del trabajo en que estaba absorto mis

gemidos insistentes, exclamó, sin volverse hacia mí y sin mirarme: «¡*Al hamdú lilah!* ¡Hemos nacido bajo una feliz influencia, y todo nos saldrá bien! ¡Gracias á ti, ya Hassán Abdalah, pude descubrir por fin lo que buscaba desde hace luengos años, midiendo la sombra que proyectaba tu cabeza desde lo alto de la montaña!»

»Luego añadió, sin levantar tampoco la cabeza: «¡Date prisa en venir á ayudarme á cavar el suelo en el sitio donde he clavado mi lanza!» Pero como no contestase yo mas que con un silencio entrecortado por gemidos lamentables, acabó por levantar la cabeza y volverse hacia mi lado. Y vió en qué estado me encontraba y que seguía inmóvil en tierra y encogido como una bola. Y avanzó hacia mí y me gritó: «¡Imprudente Hassán Abdalah, ya veo que me has desobedecido y que te dormiste en la montaña! ¡Y los vapores malsanos se te han metido en la sangre y te han envenenado!» Y como daba yo diente con diente y movía á compasión el verme, se calmó y me dijo: «Bueno; ¡pero no desesperes de mi solicitud! ¡Voy á curarte!» Y así diciendo, se sacó del cinturón un cuchillo de hoja pequeña y cortante, y antes de que yo tuviese tiempo de oponerme á sus propósitos, me pinchó profundamente en varios sitios, en el vientre, en los brazos, en los muslos y en las piernas. Y al punto salió de las incisiones agua en abundancia; y me desinflé como un pellejo vacío. Y se me quedó la piel flotando sobre los huesos, como un vestido demasiado ancho

que se hubiese comprado en almoneda. Pero no tardé en aliviarme un poco; y á pesar de mi debilidad, pude levantarme y ayudar á mi amo en el trabajo para que me reclamaba.

»Nos pusimos, pues, á cavar la tierra en el mismo sitio en que estaba clavada la lanza del beduino. Y no tardamos en descubrir un ataúd de mármol blanco. Y el beduino levantó la tapa del ataúd, y encontró en él algunos huesos humanos y el manuscrito de piel de gacela teñida de púrpura que tienes entre las manos, ¡oh rey del tiempo! y en el cual hay trazados caracteres de oro que brillan.

»Y mi amo cogió el manuscrito, temblando, y aunque estaba escrito en lengua desconocida, se puso á leerlo con atención. Y á medida que lo iba leyendo, su frente pálida se coloreaba de placer y sus ojos brillaban de alegría. Y acabó por exclamar: «¡Ahora conozco el camino de la ciudad misteriosa! ¡Oh Hassán Abdalah, regocíjate, que pronto entraremos en Aram-de-las-Columnas, donde jamás ha entrado ningún adamita! ¡Y allí hallaremos el principio de las riquezas de la tierra, germen de todos los metales preciosos: el azufre rojo!»

»Pero yo, que ante aquella idea de viajar más, me asustaba hasta el límite extremo del susto, exclamé, al oír estas palabras: «¡Ah, señor, perdona á tu esclavo! ¡Pues aunque haya compartido él tu alegría, cree que los tesoros le aprovechan poco, y prefiere ser pobre y estar con buena salud en El Cairo, á ser rico sufriendo todas las miserias en

Aram-de-la-Columnas!» Y al oír estas palabras, mi amo me miró con piedad, y me dijo: «¡Oh pobre! ¡Por tu dicha trabajo tanto como por la mía! ¡Y hasta el presente siempre lo hice así!» Y exclamé: «¡Verdad es, por Alah! Pero ¡ay, que á mí solo me tocó llevar la peor parte, y el Destino se ha desencadenado contra mí!»

»Y sin prestar atención á mis quejas y recriminaciones, mi amo hizo gran acopio de la planta de pulpa parecida en el sabor á la de los higos. Luego montó en su camella. Y me vi obligado á hacer lo que él. Y proseguimos nuestro camino por Oriente, bordeando los flancos de la montaña.

»Y aún viajamos durante tres días y tres noches. Y al cuarto día por la mañana divisamos ante nosotros, en el horizonte, como un anchuroso espejo que reflejase el sol. Y al aproximarnos á ello, vimos que era un río de mercurio que nos cortaba el camino. Y estaba surcado por un puente de cristal sin balaustrada, tan estrecho, tan pendiente y tan escurridizo, que ningún hombre dotado de razón intentaría pasar por él.

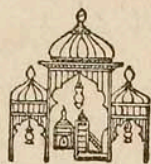
»Pero mi amo el beduino, sin vacilar un momento, echó pie á tierra y me ordenó hacer lo propio y desensillar á las camellas para dejarlas pasciendo hierba en libertad. Luego sacó de las alforjas unas babuchas de lana, que hubo de calzarse, y me dió otro par, ordenándome que le imitara. Y me dijo que le siguiera sin mirar á derecha ni á izquierda. Y cruzó con paso firme el puente de cristal. Y yo,

todo tembloroso, me vi obligado á seguirle. Y Alah no me escribió aquella vez la muerte por ahogo en el mercurio. Y llegué sin detrimento á la otra orilla.

»Después de algunas horas de marcha en silencio, llegamos á la entrada de un valle negro, rodeado por todos lados de rocas negras, y donde no crecían mas que árboles negros. Y á través del follaje negro vi deslizarse espantables serpientes gordas, negras y cubiertas de escamas. Y poseído de terror, volví la espalda para huir de aquel lugar de horror. Pero no pude dar con el sitio por donde había entrado, pues en torno mío alzábanse por todas partes, como paredes de un pozo, rocas negras.

»Y al ver aquello, me dejé caer en tierra, llorando, y grité á mi amo: «¡Oh hijo de gentes de bien! ¿por qué me has conducido á la muerte por el camino de los sufrimientos y de las miserias? ¡Ay de mí! ¡ya nunca volveré á ver á mis hijos y á su madre y á mi madre! ¡Ah! ¿por qué me sacaste de mi vida pobre, pero tranquila? ¡Verdad es que yo sólo era un mendigo en el camino de Alah; pero frecuentaba el patio de las mezquitas y oía las hermosas sentencias de los santones!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 792.^a NOCHE*

Ella dijo:

»...y oía las hermosas sentencias de los santos!» Y mi amo, sin enfadarse, me dijo: «¡Sé hombre, Hassán Abdalah, y cobra valor! ¡Porque no morirás aquí, y pronto volverás al Cairo, sin ser ya pobre entre los pobres, sino rico cual el más rico de los reyes!»

»Y tras de hablar así, mi amo se sentó en tierra, abrió el manuscrito de piel de gacela y se puso á hojearle, mojándose el pulgar, y á leerle tan tranquilamente como si estuviese en su harén. Luego, al cabo de una hora de tiempo, levantó la cabeza, me llamó y me dijo: «¿Quieres, ya Hassán Abdalah, que salgamos de aquí cuanto antes y demos fin á nuestro viaje?» Y exclamé: «¡Ya Alah! ¡claro que quiero!» Y añadí: «Por favor, dime solamente qué tengo que hacer para eso. ¿Es preciso que recite todos los capítulos del Corán? ¿O acaso es preciso que repita todos los nombres y todos los atributos sagrados de Alah? ¿O bien es preciso que haga voto de ir en peregrinación diez años seguidos á la Meca y á Medina? ¡Habla, ¡oh mi señor! que estoy dispuesto á todo, y aun á más!»

»Entonces, mi amo, mirándome siempre con

bondad, me dijo: «¡No, Hassán Abdalah, no! Lo que quiero pedirte es más sencillo que todo eso. Sólo tienes que coger este arco y esta flecha que ves aquí, y recorrer este valle hasta que encuentres una gran serpiente con cuernos negros. ¡Y como eres diestro, la matarás de primera intención, y me traerás su cabeza y su corazón! ¡Y esto es todo lo que necesito que hagas, si quieres salir de estos lugares de desolación!» Al oír estas palabras, exclamé: «¡Ah! ¿Conque es una cosa tan fácil? ¿Por qué, entonces, ¡oh mi señor! no lo haces tú mismo? ¡Por mi parte, declaro que voy á dejarme morir aquí mismo, sin preocuparme de mi miserable vida!» Pero el beduíno me tocó en el hombro y me dijo: «¡Acuérdate ¡oh Hassán Abdalah! del traje de tu esposa y del pan de tu casa!» Y á este recuerdo, rompí á llorar, y comprendí que no podía rehusar nada al hombre que había salvado á mi casa y á los de mi casa. Y temblando, cogí el arco y la flecha, y me encaminé hacia las rocas negras, por donde veía arrastrarse á los reptiles aterradores. Y no estuve mucho tiempo sin descubrir á la que buscaba, y á la cual reconocí por los cuernos que coronaban su cabeza negra y hedionda. E invocando el nombre de Alah, apunté y disparé la flecha. Y saltó herida la serpiente, se agitó, estremeciéndose de una manera terrible, y se estiró para caer luego inmóvil en el suelo. Y cuando tuve la certeza de que estaba bien muerta, le corté la cabeza con mi cuchillo, y abriéndole el vientre, le saqué

el corazón. Y llevé á mi amo el beduino ambos despojos.

»Y mi amo me recibió con afabilidad, cogió los dos despojos de la serpiente y me dijo: «¡Ahora ven á ayudarme á encender lumbre!» Y recogí hierbas secas y ramas pequeñas, llevándoselas. Y con ellas hizo un montón muy grande. Luego se sacó del pecho un diamante, lo volvió hacia el sol, que se hallaba en el punto más alto del cielo, y con ello produjo un rayo de luz que prendió en seguida fuego al montón de ramaje seco.

»Encendida ya la lumbre, el beduino se sacó de entre el traje un vasito de hierro y una redoma, que estaba tallada en un solo rubí, y contenía una materia roja. Y me dijo: «¡Ya ves esta redoma de rubí, Hassán Abdalah; pero no sabes lo que contiene!» Y se interrumpió un momento, y añadió: «¡Es la sangre del Fénix!» Y así diciendo, destapó la redoma, echó su contenido en el vaso de hierro y lo mezcló con el corazón y los sesos de la serpiente cornuda. Y puso el vaso en la lumbre, y abriendo el manuscrito de piel de gacela, leyó palabras ininteligibles para mi entendimiento.

»Y de pronto se irguió sobre ambos pies, dejó al descubierto sus hombros, como hacen los peregrinos de la Meca al partir, y empapando un extremo de su cinturón en la sangre del Fénix mezclada con los sesos y el corazón de la serpiente, me ordenó que le frotara la espalda y los hombros con aquella mixtura. Y me puse á ejecutar la orden. Y

á medida que le frotaba, veía que la piel de los hombros y la espalda se le hinchaba y estallaba para dar paso á unas alas que, aumentando á ojos vistas, no tardaron en llegarle hasta el suelo. Y el beduino las agitó con fuerza, y tomando impulso de improviso, se elevó por los aires. Y prefiriendo yo mil muertes antes que quedar abandonado en aquellos lugares siniestros, recurri á lo que me quedaba de fuerza y de valor, y me agarré fuertemente al cinturón de mi amo, una de cuyas puntas colgaba, por fortuna. Y con él fui transportado fuera de aquel valle negro, del que no esperaba salir ya. Y llegamos á la región de las nubes.

»No podría decirte ¡oh mi señor! cuánto tiempo duró nuestra carrera aérea. Pero sí sé que al punto nos encontramos por sobre una llanura inmensa, con el horizonte limitado á lo lejos por un recinto de cristal azul. Y el suelo de aquella llanura parecía formado con polvo de oro, y sus guijarros con piedras preciosas. Y en medio de aquella llanura se alzaba una ciudad llena de palacios y jardines.

»Y exclamó mi amo: «¡Ahí está Aram-de-las-Columnas!» Y cesando de mover sus alas, se dejó caer, y yo con él. Y tocamos tierra al pie mismo de las murallas de la ciudad de Scheddad, hijo de Aad. Y poco á poco disminuyeron y desaparecieron las alas de mi amo.

»Y he aquí que aquellas murallas estaban construídas con ladrillos de oro alternados con ladrillos de plata, y en ellas se abrían ocho puertas seme-

jantes á las puertas del Paraíso. La primera era de rubí, la segunda de esmeralda, la tercera de ágata, la cuarta de coral, la quinta de jaspe, la sexta de plata y la séptima de oro.

»Y penetramos en la ciudad por la puerta de oro, y avanzamos invocando el nombre de Alah. Y atravesamos calles bordeadas de palacios con columnatas de alabastro y jardines donde el aire que se respiraba era de leche y los arroyos de aguas embalsamadas. Y llegamos á un palacio que dominaba la ciudad y que estaba construido con un arte y una magnificencia inconcebibles, y cuyas terrazas estaban sostenidas por mil columnas de oro con balaustradas formadas de cristales de color y con muros incrustados de esmeraldas y zafiros. Y en el centro del palacio se glorificaba un jardín encantado, cuya tierra, odorífera como el almizcle, estaba regada por tres ríos de vino puro, de agua de rosas y de miel. Y en medio del jardín se alzaba un pabellón con bóveda formada por una sola esmeralda, que resguardaba á un trono de oro rojo incrustado de rubíes y de perlas. Y en el trono había un cofrecillo de oro.

»Aquel cofrecillo ¡oh rey del tiempo! era precisamente el que ahora tienes entre tus manos.

»Y mi amo el beduino cogió el cofrecillo y lo abrió. Y encontró dentro unos polvos rojos, y exclamó: «¡He aquí el azufre rojo, ya Hassán Abdalah! ¡Esta es la Kimia de los sabios y de los filósofos, todos los cuales murieron sin dar con ella!» Y

dije yo: «¡Tira ese vil polvo ¡oh mi señor! y llenemos mejor ese cofrecillo con riquezas de las que rebosan en este palacio!» Y mi amo me miró con conmiseración, y me dijo: «¡Oh pobre! ¡Este polvo es la fuente misma de todas las riquezas de la tierra! Y un solo grano de este polvo basta para convertir en oro los metales más viles. ¡Es la Kimia! Es el azufre rojo, ¡oh pobre ignorante! ¡Con este polvo, si quiero, construiré palacios más hermosos que éste, fundaré ciudades más magníficas que ésta, compraré la vida de los hombres y la conciencia de los puros, seduciré á la propia virtud y me haré rey, hijo de rey!» Y le dije: «¿Y con ese polvo ¡oh mi señor! podrás prolongar un solo día tu vida ó borrar una hora de tu existencia pasada?» Y me contestó: «¡Sólo Alah es grande!»

»Y como yo no estaba seguro de la eficacia de las virtudes de aquel azufre rojo, preferí recoger las piedras preciosas y las perlas. Y ya me había llenado con ellas el cinturón, los bolsillos y el turbante, cuando exclamó mi amo: «¡Mal hayas, hombre de espíritu grosero! ¿Qué estás haciendo? ¿Ignoras que, si nos lleváramos una sola piedra de este palacio y de esta tierra, caeríamos heridos de muerte en el instante?» Y salió del palacio á grandes pasos, llevándose el cofrecillo. Y yo, bien á pesar mío, vacié mis bolsillos, mi cinturón y mi turbante, y seguí á mi amo, no sin volver bastantes veces la cabeza hacía aquellas riquezas incalculables. Y en el jardín me reuní con mi amo, que

me cogió de la mano para atravesar la ciudad, temeroso de que me dejara yo tentar por cuanto se ofrecía á mi vista y estaba al alcance de mis dedos. Y salimos de la ciudad por la puerta de rubí.

»Y cuando nos aproximamos al horizonte de cristal azul, se abrió ante nosotros y nos dejó pasar. Y cuando le hubimos franqueado, nos volvimos para mirar por última vez la llanura milagrosa y la ciudad de Aram; pero llanura y ciudad habían desaparecido. Y nos encontramos á orillas del río de mercurio, que atravesamos por el puente de cristal, como la primera vez.

»Y en la otra orilla hallamos á nuestras camelias paciende hierba juntas. Y me acerqué á la mía como á un antiguo amigo. Y después de asegurar bien las correas de las sillas, montamos en nuestros brutos; y me dijo mi amo: «¡Ya regresamos á Egipto!» Y alcé los brazos en acción de gracias á Alah por aquella buena noticia.

»Pero ¡oh mi señor! en mi cinturón estaban siempre la llave de oro y la llave de plata, y no sabía yo que eran las llaves de las miserias y de los sufrimientos...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 793.^a NOCHE*

Ella dijo:

»...y no sabía yo que eran las llaves de las miserias y de los sufrimientos.

»Así es que durante todo el viaje, hasta nuestra llegada al Cairo, soporté muchas miserias y muchas privaciones, y sufrí todos los males, que hubo de ocasionarme la pérdida de mi salud. Pero, por una fatalidad cuya causa ignoraba siempre, sólo yo era víctima de los contratiempos del viaje, mientras que mi amo, tranquilo, dilatado hasta el límite de la dilatación, parecía prosperar con todos los males que me asaltaban. Y pasaba sonriente por entre plagas y peligros, y marchaba por la vida como sobre un tapiz de seda.

»Y de tal suerte llegamos al Cairo, y mi primer cuidado fué correr á mi casa en seguida. Y me encontré la puerta rota y abierta, y los perros errantes habían hecho de mi morada asilo suyo. Y nadie estaba allí para recibirme. Y no vi ni trazas de mi madre, de mi esposa y de mis hijos. Y un vecino, que me había visto entrar y oía mis gritos de desesperación, abrió su puerta, y me dijo: «¡Ya Hasán Abdalah, prolónguense tus días con los días que

perdieron ellos! ¡En tu casa han muerto todos!» Y al oír esta noticia, caí al suelo, inanimado.

»Y he aquí que, cuando volví de mi desmayo, vi á mi lado á mi amo el beduino, que me auxiliaba y me echaba en la cara agua de rosas. Y ahogándome de lágrimas y de sollozos, aquella vez no pude por menos de lanzar imprecaciones contra él y acusarle de ser causante de todas mis desdichas. Y durante largo rato le abrumé con injurias, haciéndole responsable de los males que pesaban sobre mí y se encarnizaban conmigo. Pero él, sin perder su serenidad y sin abandonar su calma, me tocó en el hombro y me dijo: «¡Todo nos viene de Alah y á Alah va todo!» Y cogiéndome de la mano, me arrastró fuera de mi casa.

»Y me condujo á un palacio magnífico á orillas del Nilo, y me obligó á habitar allí con él. Y como veía que nada conseguía distraer á mi alma de sus males y de sus penas, con la esperanza de consolarme, quiso compartir conmigo cuanto poseía. Y llevando la generosidad á sus límites extremos, se dedicó á iniciarme en las ciencias misteriosas, y me enseñó á leer en los libros de alquimia y á descifrar los manuscritos cabalísticos. Y con frecuencia, hacía traer ante mí quintales de plomo que ponía en fusión, y echando entonces una partícula del azufre rojo del cofrecillo, convertía el vil metal en el oro más puro.

»Sin embargo, aun rodeado de tesoros, y en medio de la alegría y las fiestas que á diario daba mi

amo, yo tenía el cuerpo afligido de dolores y mi alma era desgraciada. Y ni siquiera podía soportar el peso ni el contacto de los ricos trajes y de las telas preciosas con que me obligaba él á cubrirme. Y se me servían los manjares más delicados y las bebidas más deliciosas; pero en vano, pues yo sólo sentía repugnancia por todo aquello. Y tenía para mí aposentos soberbios, y lechos de madera olorosa, y divanes de púrpura; pero el sueño no cerraba mis ojos. Y los jardines de nuestro palacio, refrescados por la brisa del Nilo, estaban plantados de los más raros árboles, traídos de la India, de Persia, de China y de las Islas, sin reparar en gastos; y unas máquinas construídas con arte elevaban el agua del Nilo y la hacían caer en surtidores refrescantes dentro de estanques de mármol y de pórfido; pero yo no sentía ningún gusto con todas aquellas cosas, porque un veneno sin antidoto había saturado mi carne y mi espíritu.

»En cuanto á mi amo el beduino, sus días transcurrían en el seno de los placeres y de las voluptuosidades, y sus noches eran un anticipo de las alegrías del Paraíso. Y habitaba él, no lejos de mí, en un pabellón colgado de telas de seda brochadas de oro, donde la luz era dulce como la de la luna. Y aquel pabellón estaba entre bosquecillos de naranjos y de limoneros, con cuyo aroma se mezclaba el de los jazmines y las rosas. Y allí era donde cada noche recibía á numerosos convidados, á quienes trataba magníficamente. Y cuando sus corazo-

nes y sus sentidos estaban preparados á la voluptuosidad, á causa de los vinos exquisitos y de la música y los cantos, hacía desfilár ante los ojos de ellos á jóvenes hermosas como huríes, compradas á peso de oro en los mercados de Egipto, de Persia y de Siria. Y si alguno de los convidados posaba una mirada de deseo en cualquiera de ellas, mi amo la cogía de la mano, y presentándosela al que la deseaba, le decía: «¡Oh mi señor! ¡permíteme que conduzca esta esclava á tu casa!» Y de tal suerte, cuantos se acercaban á él se hacían amigos suyos. Y ya no se le llamaba mas que el Emir Magnífico.

»Un día, mi amo, que á menudo iba á visitarme al pabellón donde mis sufrimientos me forzaban á vivir solitario, fué á verme de improviso, llevando consigo una nueva joven. Y tenía él la cara iluminada por la embriaguez y el placer, y unos ojos exaltados que brillaban con un fuego extraordinario. Y fué á sentarse muy cerca de mí, puso en sus rodillas á la joven, y me dijo: «¡Ya Hassán Abdallah, voy á cantar! Todavía no has oído mi voz. ¡Escucha!» Y cogiéndome de la mano, se puso á cantar estos versos con una voz extática, llevando el compás con la cabeza:

¡Ven, joven! ¡El sabio es quien deja á la alegría ocupar su vida por entero!

¡Guarden para la plegaria el agua las gentes religiosas!

¡Échame de ese vino, que hará más exquisita la rojez de tus mejillas!

¡Quiero beber hasta perder la razón!

¡Pero bebe tú primero, bebe sin temor, y dame la copa que perfuman tus labios!

¡No tenemos por testigos mas que á los naranjos, que esparcen sus perfumes en el viento, y á los arroyos rientes que corren fugitivos!

¡Cánteme tu voz cosas apasionadas, y enmudecerán los ruiseñores, envidiosos!

¡Canta sin temor, cántame cosas apasionadas, que soy solo en escucharte!

¡Y no oirás otro ruido que el de las rosas que se abren y el latir de mi corazón!

¡Soy solo en escucharte, soy solo en verte! ¡Oh! ¡Deja caer tu velo!

¡Que no tenemos por testigos de nuestros placeres mas que á la luna y á sus compañeras!

¡É inclínate y déjame besar tu frente! ¡Déjame besar tu boca, y tus ojos y tu seno blanco cual la nieve!

¡Ah! ¡Inclínate sin temor, que no tenemos por testigos mas que á los jazmines y á las rosas!

¡Ven á mis brazos, que el amor me abrasa y ya no puedo más!

¡Pero baja tu velo antes que nada, porque si Alah nos viera, tendría envidia!

»Y tras de cantar así, mi amo el beduino lanzó un gran suspiro de dicha, inclinó la cabeza sobre el pecho y pareció dormirse. Y la joven que estaba

en sus rodillas se desenlazó de sus brazos para no turbar su reposo y se esquivó ligeramente. Y me aproximé á él para taparle y recostar su cabeza en un cojín, y advertí que su aliento había cesado; y me incliné sobre él, en el límite de la ansiedad, ¡y observé que había muerto como los predestinados, sonriendo á la vida! Alah le tenga en su compasión.

»Entonces, yo, con el corazón oprimido por la desesperación de mi amo, que, á pesar de todo, siempre había estado para conmigo lleno de serenidad y de benevolencia, y olvidando que se habían acumulado sobre mi cabeza todas las desdichas desde el día en que hube de encontrarme con él, ordené que se le hiciesen funerales magníficos. Yo mismo lavé su cuerpo con aguas aromáticas, cerré cuidadosamente con algodón perfumado todos sus orificios naturales, le depilé, peiné con esmero su barba, teñí sus cejas, ennegrecí sus pestañas y le afeitó la cabeza. Luego le envolví en una especie de sudario de cierto tisú maravilloso que se labró para un rey de Persia, y le metí en un ataúd de madera de áloe incrustado de oro.

»Tras de lo cual, convoqué los numerosos amigos con que se había hecho la generosidad de mi amo; y ordené á cincuenta esclavos, vestidos todos con trajes apropiados á las circunstancias, que llevaran por turno el ataúd á hombros. Y formado ya el cortejo, nos dirigimos al cementerio. Y un número considerable de plañideras, que había yo

pagado á tal efecto, seguía al cortejo, lanzando gritos lamentables y agitando sus pañuelos por encima de sus cabezas, mientras abrían la marcha los lectores del Corán, cantando los versículos sagrados, á los cuales respondía la muchedumbre, repitiendo: «¡No hay más Dios que Alah! ¡Y Mahomed es el enviado de Alah!» Y cuantos musulmanes pasaban apresurábanse á ayudar á llevar el ataúd, aunque sólo fuese tocándolo con la mano. Y le sepultamos entre los lamentos de todo un pueblo. Y sobre su tumba hice degollar un rebaño entero de carneros y crías de camello.

»Habiendo cumplido de tal modo mis deberes para con mi difunto amo, y después de presidir el festín de los funerales, me aislé en el palacio para empezar á poner en orden los asuntos de la sucesión. Y mi primer cuidado fué comenzar por abrir el cofrecillo de oro para ver si aún tenía los polvos de azufre rojo. Pero no encontré mas que lo poco que ahora queda y que tienes ante los ojos, ¡oh rey del tiempo! Porque con sus prodigalidades inusitadas mi amo había ya agotado todo para transformar en oro quintales y quintales de plomo. Pero lo poco que todavía quedaba en el cofrecillo bastaba para enriquecer al más poderoso de los reyes. Y no estaba yo inquieto por eso. Además, ni siquiera me preocupaba por las riquezas, dado el estado lamentable en que me encontraba. Sin embargo, quise saber lo que contenía el manuscrito misterioso de piel de gacela, que mi amo no había querido de-

jarme leer nunca, aunque me había enseñado á descifrar los caracteres talismánicos. Y lo abrí y recorrí su contenido. Y solamente entonces ¡oh mi señor! fué cuando supe, entre otras cosas extraordinarias que te diré un día, las virtudes fastas y nefastas de las cinco llaves del Destino. Y comprendí que el beduino me había comprado y llevado consigo sólo para sustraerse á las tristes propiedades de las dos llaves de oro y de plata, atrayendo sobre mí sus malas influencias. Y hube de invocar en mi ayuda todos los pensamientos más hermosos del Profeta (¡con Él la plegaría y la paz!) para no maldecir al beduino y escupir sobre su tumba.

»Así es que me apresuré á sacar de mi cinturón las dos llaves fatales, y para desembarazarme de ellas para siempre, las eché en un crisol y encendí debajo lumbre, á fin de derretirlas y volatilizarlas. Y al mismo tiempo me dediqué á la busca de las tres llaves de la gloria, de la sabiduría y de la dicha. Pero por más que registré en los menores rincones del palacio, no pude encontrarlas. Y volví al crisol, y puse todo mi ahinco en la fusión de las dos llaves malditas.

»Mientras estaba yo ocupado en aquel trabajo...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 794.^a NOCHE*

Ella dijo:

»...Mientras estaba yo ocupado en aquel trabajo, creyendo verme desembarazado para siempre de mi mal destino con la anulación de las dos llaves nefastas, y en tanto que activaba el fuego para favorecer aquella destrucción, que no se hacía tan de prisa como yo quisiera, de pronto vi el palacio invadido por los guardias del califa, que se precipitaron sobre mí y me arrastraron entre las manos de su amo.

»Y tu padre, el califa Theilún ¡oh mi señor! me dijo con severidad que estaba enterado de que yo poseía el secreto de la alquimia, y que era necesario que en el momento se lo revelara y le hiciera aprovecharse de él. Pero como yo sabía ¡ay! que el califa Theilún, opresor del pueblo, emplearía la ciencia contra la justicia y para el mal, me negué á hablar. Y en el límite de la cólera, el califa hizo que me cargaran de cadenas y me arrojaran al más negro de los calabozos. Y al propio tiempo mandó saquear y destruir, de arriba á abajo, nuestro palacio, y se apoderó del cofrecillo de oro que contenía el manuscrito de piel de gacela y las escasas partículas de polvo rojo. Y encargó la cus-

todia del cofrecillo á ese venerable jeique que lo ha traído entre tus manos, ¡oh rey del tiempo! Y á diario me sometía á tortura, esperando así obtener de la debilidad de mi carne la revelación de mi secreto. Pero Alah dióme la virtud de la paciencia. Y durante años y años he vivido de tal manera, aguardando de la muerte mi liberación.

»Y ahora ¡oh mi señor! moriré consolado, ya que mi perseguidor fué á rendir cuenta á Alah de sus acciones y yo pude hoy acercarme al más justo y al más grande de los reyes!»

Cuando el sultán Mohammad-ben-Theilún hubo oído este relato del venerable Hassán Abdalah, se levantó de su trono y abrazó al anciano, exclamando: «¡Loores á Alah, que permite á su servidor reparar la injusticia y calmar los daños!» Y en el acto nombró á Hassán Abdalah gran visir, y le puso su propio manto real. Y le confió al cuidado de los médicos más expertos del reino, á fin de que contribuyesen á su curación. Y ordenó á los escribas más hábiles del palacio que escribieran cuidadosamente en letras de oro aquella historia extraordinaria y la conservaran en el archivo del reino.

Tras de lo cual, sin dudar ya de la virtud del azufre rojo, el califa quiso experimentar su efecto sin tardanza. Y mandó echar y poner en fusión, en calderas enormes de barro cocido, mil quintales de plomo; y lo mezcló con las escasas particulas de

azufre rojo que quedaban en el fondo del cofrecillo, pronunciando las palabras mágicas que le dictó el venerable Hassán Abdalah. Y al punto convirtiéndose todo el plomo en el oro más puro.

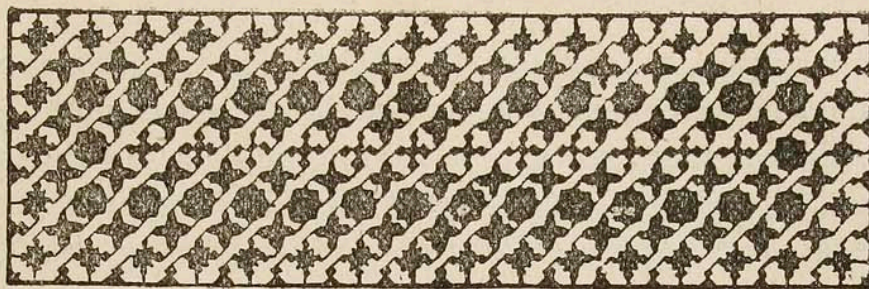
Entonces, sin querer que todo aquel tesoro se gastara en cosas fútiles, el sultán resolvió emplearlo en una obra que resultase agradable al Altísimo. Y decidió la construcción de una mezquita que no tuviese igual en todos los países musulmanes. É hizo ir á los arquitectos más famosos de su Imperio, y les ordenó que trazaran los planos de aquella mezquita con arreglo á sus indicaciones, sin pensar en las dificultades de la ejecución ni en las sumas de dinero que pudiera costar. Y al pie de la colina que domina la ciudad trazaron los arquitectos un cuadrilátero inmenso, cada uno de cuyos lados miraba á uno de los cuatro puntos cardinales del cielo. Y en cada ángulo dispusieron una torre de proporción admirable, cuya parte alta estaba adornada con una galería y coronada por una cúpula de oro. Y en cada fachada de la mezquita alzaron mil pilastras que soportaban arcos de una curvatura elegante y sólida, y allí establecieron una terraza, cuya balaustrada era de oro maravillosamente cincelado. Y en el centro del edificio erigieron una cúpula inmensa, de construcción tan ligera y aérea, que parecía colocada entre el cielo y la tierra, sin punto de apoyo. Y la bóveda de la cúpula se recubrió de esmalte de color azul y salpicado de estrellas de oro. Y el pavimento se formó

con mármoles raros. Y el mosaico de los muros se hizo con jaspe, pórfido, ágatas, nácar perlino y gemas preciosas. Y los pilares y los arcos se cubrieron con versículos del Corán, entrelazados, esculpidos y pintados con colores puros. Y para que aquel maravilloso edificio estuviese al abrigo del fuego, no se empleó en su construcción madera alguna. Y en la erección de aquella mezquita se invirtieron siete años enteros y siete mil hombres y siete mil quintales de dinares de oro. Y se la llamó la Mezquita del sultán Mohammad-ben-Theilún. Y todavía se la conoce con este nombre en nuestros días.

En cuanto al venerable Hassán Abdalah, no tardó en recobrar su salud y sus fuerzas, y vivió honrado y respetado hasta la edad de ciento veinte años, que fué el término marcado por su destino. ¡Pero Alah es más sabio! ¡Él es el único viviente!

Y tras de contar así esta historia, Schahrazada se calló. Y dijo el rey Schahriar: «¡Ciertamente, nadie puede rehuir su destino! Pero ¡cómo me ha entristecido esta historia, ¡oh Schahrazada!» Y Schahrazada dijo: «Perdóneme el rey; pero por eso voy á contar en seguida la historia de LAS BABUCHAS INSERVIBLES, entresacada del DIVÁN DE LOS FÁCILES DONAIRES Y DE LA ALEGRE SABIDURÍA, del jeique Magid-Eddin Abu-Taher Mohammad. (¡Alah le cubra con su misericordia y le tenga en su gracia!)»

Y dijo Schahrazada:



EL DIVÁN DE LOS FÁCILES DONAIRES Y DE LA ALEGRE SABIDURÍA

Las babuchas inservibles



Cuentan que había en El Cairo un droguero llamado Abu-Cassem Et-Tamburi, que era muy célebre por su avaricia. Y he aquí que, aunque Alah le deparaba la riqueza y la prosperidad en sus negocios de venta y compra, vivía y vestía como el más pobre de los mendigos, y no llevaba encima más ropas que pingos y harapos; y estaba su turbante tan viejo y tan sucio, que ya no era posible distinguir su color; pero, de toda su indumentaria, lo que más pregonaba la sordidez del individuo eran sus babu-

chas, pues no solamente estaban claveteadas con enormes tachuelas y eran resistentes como máquinas de guerra, con suelas más gordas que la cabeza del hipopótamo y recompuestas mil veces, sino que sus palas habían sido remendadas, durante veinte años que hacía que las babuchas eran babuchas, por los más hábiles zapateros remendones y zurra-dores del Cairo, que agotaron su arte para unir los trozos dispersos de aquel calzado. Y á consecuencia de todo eso, las babuchas de Abu-Cassem pesaban tanto ya, que desde hacía mucho tiempo se habían hecho proverbiales en todo el Egipto; porque cuando se quería expresar la pesadez de algo, se las tomaba siempre como término comparativo. Así, cuando un invitado prolongaba demasiado su visita en casa de su huésped, se decía de él: «¡Tiene la sangre como las babuchas de Abu-Cassem!» Y cuando un maestro de escuela, de la especie de los maestros de escuela afligidos de pedantería, quería alardear de ingenio, se decía de él: «¡Alejado sea el Maligno! ¡Tiene el ingenio tan pesado como las babuchas de Abu-Cassem!» Y cuando un mandadero estaba abrumado por el peso de su carga, suspiraba, diciendo: «¡Alah maldiga al propietario de esta carga! ¡Pesa tanto como las babuchas de Abu-Cassem!» Y cuando en algún harén una matrona vieja, de la especie maldita de las viejas gruñonas, quería impedir que se divirtieran entre sí las jóvenes esposas de su amo, se decía: «¡Haga Alah que se quede tuerta la calamitosa! ¡Es tan pesada como

las babuchas de Abu-Cassem!» Y cuando un manjar demasiado indigesto obstruía los intestinos y producía una tempestad dentro del vientre, se decía: «¡Libreme Alah! ¡Este manjar maldito es tan pesado como las babuchas de Abu-Cassem!» Y así sucesivamente en cuantas circunstancias la pesadez hacía sentir su peso.

Un día en que Abu-Cassem había hecho un negocio de venta y compra más ventajoso todavía que de costumbre, estaba de muy buen humor. Así es que, en vez de dar un festín grande ó pequeño, como es uso entre los mercaderes á quienes Alah favorece con un éxito de mercado, le pareció más conveniente ir á tomar un baño en el hammam, en donde no tenía idea de haber puesto los pies nunca. Y tras, de cerrar su tienda, se dirigió al hammam, cargándose las babuchas á la espalda en vez de ponerse las; porque lo hacía así desde mucho tiempo atrás para no destrozarlas. Y llegado que fué al hammam, dejó en el umbral sus babuchas con todos los pares de calzado que allí estaban puestos en fila, como es costumbre. Y entró á tomar su baño.

Y he aquí que Abu-Cassem tenía tanta grasa infiltrada en la piel, que á los frotadores y masajistas les costó un trabajo extremado llenar su cometido; y no lo consiguieron mas que al fin de la jornada, cuando ya se habían marchado todos los bañistas. Y por fin pudo salir del hammam Abu-Cassem, y buscó sus babuchas; pero ya no estaban allí, y en lugar de ellas había un hermoso par de pantuflas de

cuero amarillo limón. Y Abu-Cassem se dijo: «Sin duda Alah me las envía, sabiendo que desde hace tiempo estoy pensando en comprarlas parecidas. ¡O acaso sean de alguien que las ha cambiado por las mías sin darse cuenta!» Y lleno de alegría por verse exento del disgusto de tener que comprar otras, las cogió y se marchó.

Pero las pantuflas de cuero amarillo limón pertenecían al kadí, que aún se hallaba en el hammam. Y en cuanto á las babuchas de Abu-Cassem, al ver el hombre encargado de la custodia del calzado que aquel horror olía y apestaba la entrada del hammam, se apresuró á recogerlas y á esconderlas en un rincón. Luego, como había transcurrido la jornada y la hora de su guardia había pasado, se marchó, sin acordarse de volver á ponerlas en su sitio.

Así es que, cuando concluyó de bañarse el kadí, los servidores del hammam, que se desvivían por servirle, buscaron en vano sus pantuflas; y acabaron por encontrar en un rincón las fabulosas babuchas, que al punto reconocieron como las de Abu-Cassem. Y lanzáronse en su persecución, y cuando le atraparon, le llevaron al hammam con el cuerpo del delito al hombro. Y tras de coger lo que le pertenecía, el kadí hizo que devolvieran al otro sus babuchas, y á pesar de sus protestas, le envió á la cárcel. Y para no morir en la cárcel, Abu-Cassem no tuvo más remedio, bien á pesar suyo, que mostrarse generoso en propinas con los guardias y ofi-

ciales de la policia; pues como era sabido que estaba tan relleno de dinero como podrido de avaricia, no le costó poco recobrar su libertad.

Y de tal suerte pudo salir de la prisión Abu-Cassem; pero en extremo afligido y despechado, y atribuyendo á sus babuchas su desdicha, corrió á tirarlas al Nilo para desembarazarse de ellas.

Y he aquí que algunos días después, al retirar unos pescadores su red, que pesaba más que de costumbre, encontraron en ellas las babuchas, reconociéndolas al punto como las de Abu-Cassem. Y observaron, llenos de furor, que las tachuelas con que estaban claveteadas habían estropeado las mallas de la red. Y corrieron á la tienda de Abu-Cassem y arrojaron con violencia las babuchas dentro de ella, maldiciendo á su propietario. Y como las babuchas habían sido arrojadas con ímpetu, dieron en los frascos de agua de rosas y otras aguas que había en las anaqueleras, y los derribaron, rompiéndolos en mil pedazos.

Al ver aquello, el dolor de Abu-Cassem llegó á su límite extremo, y exclamó: «¡Ah, babuchas malditas, hijas de mi trasero, no me causáis mas que estragos!» Y las cogió, y se fué á su jardín y se puso á cavar un agujero para enterrarlas allí. Pero un vecino suyo, que estaba resentido con él, aprovechó la ocasión para vengarse, y corrió en seguida á advertir al walí que Abu-Cassem se hallaba desenterrando un tesoro en su jardín. Y como el walí tenía conocimiento de la riqueza y la avaricia del

droguero, no dudó de la realidad de aquella noticia, y al punto envió á los guardias para que se apoderaran de Abu-Cassem y le llevaran á su presencia. Y por más que el desgraciado Abu-Cassem juró que no se había encontrado ningún tesoro, sino que solamente había querido enterrar sus babuchas, el wali no se avino á creer cosa tan extraña y tan contraria á la avaricia legendaria del acusado; y como, fuese por lo que fuese, contaba éste con dinero, obligó al afligido Abu-Cassem á desembolsar una importante suma para obtener su libertad.

Y libre ya, después de aquella formalidad dolorosa, Abu-Cassem...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 795.^a NOCHE*

Ella dijo:

...Y libre ya, después de aquella formalidad dolorosa, Abu-Cassem empezó á mesarse las barbas con desesperación, y cogiendo sus babuchas, juró desembarazarse de ellas á toda costa. Y anduvo al azar mucho tiempo, reflexionando acerca del medio mejor de llevarlo á término, y acabó por decidirse á arrojarlas en un canal situado en el campo,

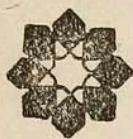
muy lejos. Y supuso que ya no volvería á oír hablar más de ellas. Pero quiso la suerte que el agua del canal arrastrase las babuchas hasta la entrada de un molino cuyas ruedas movía aquel canal. Y las babuchas se engancharon en las ruedas y las hicieron saltar, alterando su marcha. Y acudieron á reparar el daño los dueños del molino, y observaron que todo ello obedecía á las enormes babuchas que encontraron enganchadas en el engranaje, y que al punto reconocieron como las babuchas de Abu-Cassen. Y de nuevo encarcelaron al desgraciado droguero, y aquella vez le condenaron á pagar una fuerte indemnización á los propietarios del molino por el daño que les había ocasionado. Y además hubo de pagar muy crecida fianza para recobrar su libertad. Y al propio tiempo se le devolvieron sus babuchas.

Entonces, en el límite de la perplejidad, regresó á su casa, y subiendo á la terraza, se recostó en la baranda y se puso á reflexionar profundamente sobre lo que haría. Y había colocado en la terraza cerca de él las babuchas; pero les daba la espalda, con objeto de no verlas. Y en aquel momento, precisamente, un perro de los vecinos divisó las babuchas, y lanzándose desde la terraza de sus amos á la de Abu-Cassem, cogió con la boca una de las babuchas y se puso á jugar con ella. Y estando en lo mejor de su juego con la babucha, el perro la tiró á lo lejos, y el Destino funesto la hizo caer de la terraza en la cabeza de una vieja que pasaba

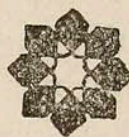
por la calle. Y el peso formidable de la babucha bardaba de hierro aplastó á la vieja, dejándola más ancha que larga. Y los parientes de la vieja reconocieron la babucha de Abu-Cassem, y fueron á querellarse al kadí, reclamando el precio de la sangre de su parienta ó la muerte de Abu-Cassem. Y el infortunado se vió obligado á pagar el precio de la sangre, con arreglo á la ley. Y además, para librarse de la cárcel, tuvo que pagar una gruesa fianza á los guardias y á los oficiales de la policía.

Pero aquella vez había ya tomado su resolución. Regresó, pues, á su casa, cogió las dos babuchas fatales, y volviendo á casa del kadí, alzó las dos babuchas por encima de su cabeza, y exclamó con una vehemencia que hizo reir al kadí, á los testigos y á los circunstantes: «¡Oh señor kadí, he aquí la causa de mis tribulaciones! Y pronto voy á verme reducido á mendigar en el patio de las mezquitas. ¡Te suplico, pues, que te dignes dictar un decreto que declare que Abu-Cassem ya no es propietario de las babuchas, pues las legó á quien quiera cogerlas, y que ya no es responsable de las desgracias que ocasionen en el porvenir!» Y tras de hablar así, tiró las babuchas en medio de la sala de los juicios, y huyó con los pies descalzos, mientras, á fuerza de reir, se caían de trasero todos los presentes. ¡Pero Alah es más sabio!

Y sin detenerse, Schahrazada contó aún:



Bahlul, bufón de Al-Rachid



He llegado á saber que el califa Harún Al-Rachid tenía, viviendo con él en su palacio, á un bufón encargado de divertirle en sus momentos de humor sombrío. Y aquel bufón se llamaba Bahlul el Cuervo. Y un día le dijo el califa: «Ya Bahlul, ¿sabes el número de locos que hay en Bagdad?» Y Bahlul contestó: «¡Oh mi señor! un poco larga sería la lista.» Y dijo Harún: «Pues quedas encargado de hacerla. ¡Y supongo que será exacta!» Y Bahlul hizo salir de su garganta una carcajada prolongada. Y le preguntó el califa: «¿Qué te pasa?» Y Bahlul dijo: «¡Oh mi señor! soy enemigo de todo trabajo fatigoso. ¡Por eso, para complacerte, voy en seguida á extender la lista de los cuervos que hay en Bagdad! Porque ese es un trabajo que apenas exigirá el tiempo que se tarda en beber un sorbo de agua. Y con esta lista, que será muy corta, ¡por Alah, que te enterarás del número de locos que hay en la capital de tu Imperio!»

Y estando sentado en el trono del califa, aquel mismo Bahlul recibió por esta temeridad una tanda de palos que le propinaron los ujieres. Y los gritos espantosos que con tal motivo hubo de lanzar pusieron en conmoción á todo el palacio y llamaron

la atención del propio califa. Y al ver que su bufón lloraba ardientes lágrimas, intentó consolarle. Pero Bahlul le dijo: «¡Ay! ¡oh Emir de los Creyentes! ¡mi dolor no tiene consuelo, pues no es por mí por quien lloro, sino por mi amo el califa! Si yo, en efecto, he recibido tantos golpes por haber ocupado un instante su trono, ¿qué tunda no le amenazará á él después de ocuparlo años y años?»

Y también el mismo Bahlul tuvo la suficiente cordura para tomar horror al matrimonio. Y con objeto de jugarle una mala pasada, Harún le hizo casarse á la fuerza con una joven de entre sus esclavas, asegurándole que le haría dichoso, y que incluso él respondería de la cosa. Y Bahlul se vió obligado á obedecer, y entró en la cámara nupcial, donde esperaba su joven esposa, que era de una belleza selecta. Pero apenas se había echado junto á ella, cuando se levantó de pronto con terror y huyó de la habitación, como si le persiguiesen enemigos invisibles, y echó á correr por el palacio, igual que un loco. Y el califa, informado de lo que acababa de pasar, hizo ir á Bahlul á su presencia, y le preguntó con voz severa: «¿Por qué ¡oh maldito! has inferido esa ofensa á tu esposa?» Y contestó Bahlul: «¡Oh mi señor! ¡el terror es un mal que no tiene remedio! Claro que yo no tengo que formular reproche alguno contra la esposa que has tenido la generosidad de concederme, porque es hermosa y modesta. Pero ¡oh mi señor! apenas entré en el lecho nupcial, cuando oí distintamente

varias voces que salían á la vez del seno de mi esposa. Y una de ellas me pedía un traje, y otra me reclamaba un velo de seda; y esta unas babuchas, y aquella una túnica bordada, y la de más allá otras cosas. ¡Entonces, sin poder reprimir mi espanto, y no obstante tus órdenes y los encantos de la joven, huí á todo correr, temiendo volverme más loco y más desgraciado de lo que soy!»

Y el mismo Bahlul rehusó un día cierto regalo de mil dinares que le ofreció por dos veces el califa. Y como el califa, extremadamente asombrado de aquel desinterés, le preguntara la razón que para ello tenía, Bahlul, que estaba sentado con una pierna extendida y la otra encogida, se limitó á extender bien ostensiblemente ante Al-Rachid ambas piernas á la vez, siendo ésta toda su respuesta. Y al ver semejante grosería y tan suprema falta de respeto para con el califa, el jefe eunuco quiso hacerle violencia y castigarle; pero Al-Rachid se lo impidió con una seña, y preguntó á Bahlul á qué obedecía aquel olvido de las prácticas cortesas. Y Bahlul contestó: «¡Oh mi señor! ¡si hubiera extendido la mano para recibir tu regalo, habría perdido para siempre el derecho á extender las piernas!»

Y por último, el propio Bahlul fué quien, entrando un día en la tienda de campaña de Al-Rachid, que regresaba de una expedición guerrera, le encontró sediento y pidiendo á grandes gritos un vaso de agua. Y Bahlul echó á correr para lle-

varle un vaso de agua fresca, y presentándoselo, le dijo: «¡Oh Emir de los Creyentes! ¡te ruego que antes de beber me digas á qué precio habrías pagado este vaso de agua si, por casualidad, hubiese sido imposible de encontrar ó difícil de procurártelo!» Y dijo Al-Rachid: «¡Sin duda habría dado, por tenerlo, la mitad de mi Imperio!» Y dijo Bahlul: «¡Bebételo ahora, y Alah lo vuelva lleno de delicias para tu corazón!» Y cuando el califa hubo acabado de beber, Bahlul le dijo: «¡Oh Emir de los Creyentes! Y si, ahora que te lo has bebido, ese vaso de agua no pudiera salir de tu cuerpo por culpa de alguna retención de orina en tu vejiga honorable, ¿á qué precio pagarías la manera de hacerlo salir?» Y Al-Rachid contestó: «¡Por Alah, que en ese caso daría todo mi Imperio de ancho á largo!» Y Bahlul, poniéndose muy triste de pronto, dijo: «¡Oh mi señor! ¡un Imperio que no pesa en la balanza más que un vaso de agua ó un chorro de orines no debería producir todas las preocupaciones que te proporciona y las guerras sangrientas que nos ocasiona!» Y al oír aquello, Harún se echó á llorar.

Y aún dijo aquella noche Schahrazada:



La invitación á la paz universal



Cuentan que un venerable jeique rural tenía en su cortijo un hermoso corral, al que dedicaba todos sus afanes, y que estaba bien provisto de aves machos y aves hembras, que le producian muy buenos huevos y soberbios pollos, sabrosos de comer. Y entre las aves machos poseía un grande y hermoso Gallo, de voz clara y plumaje brillante y dorado, el cual, además de todas sus cualidades de belleza exterior, estaba dotado de instinto vigilante, de sabiduría y de experiencia en las cosas del mundo, las mudanzas del tiempo y los reveses de la vida. Y estaba lleno de justicia y de atención para sus esposas, y cumplía sus deberes respecto á ellas con tanto celo como imparcialidad, para no dejar entrar los celos en sus corazones y la animosidad en sus miradas. Y entre todos los habitantes del corral se le citaba como modelo de maridos por su potencia y su bondad. Y su amo le había puesto de nombre Voz-de-Aurora.

Un día, mientras sus esposas dedicábanse á cuidar de sus pequeñuelos y á peinarse las plumas, Voz-de-Aurora salió á visitar las tierras del cortijo. Y sin dejar de maravillarse de lo que veía, revolvía y picoteaba á más y mejor en el suelo, según iba encontrando á su paso granos de trigo ó de ce-

bada ó de maíz ó de sésamo ó de alforfón ó de mijo. Y como sus hallazgos y pesquisas le llevaran más lejos de lo que hubiese querido, en un momento dado se vió fuera del cortijo y del villorrio, y completamente solo en un paraje abrupto que jamás había visto. Y por más que miró á derecha y á izquierda, no vió ninguna cara amiga ni ningún ser que le fuese familiar. Y empezó á quedarse perplejo, y dejó oír algunos gritos leves de inquietud. Y en tanto que tomaba sus disposiciones para volver sobre sus pasos...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 796.^a NOCHE*

Ella dijo:

...Y en tanto que tomaba sus disposiciones para volver sobre sus pasos, he aquí que su mirada se posó en un Zorro que á lo lejos iba en dirección suya á grandes zancadas. Y al ver aquello, tembló por su vida, y volviendo la espalda á su enemigo, tomó impulso con toda la fuerza de sus alas abiertas y ganó la altura de un muro en ruinas, donde no había mas que el sitio preciso para agarrarse,

y adonde no podría atraparle de ninguna manera el Zorro.

Y llegó al pie del muro el Zorro, sin aliento, husmeando y ladrando. Pero al ver que no había medio de encaramarse hasta donde estaba el volátil que apetecía, levantó la cabeza hacia él y le dijo: «La paz sea contigo, ¡oh rostro de buen augurio! ¡oh hermano mío! ¡oh encantador camarada!» Pero Voz-de-Aurora no le devolvió su zalema y ni quiso mirarle. Y el Zorro, al ver aquello, le dijo: «¡Oh amigo mío! ¡oh tierno! ¡oh hermoso! ¿por qué no quieres favorecerme con un saludo ó con una mirada, cuando tan vehementemente deseo anunciarte una gran noticia?» Pero el Gallo declinó con su silencio toda proposición y toda cortesía, y el Zorro insistió: «¡Ah, hermano mío, si supieras solamente lo que tengo el encargo de anunciarte, bajarías cuanto antes á abrazarme y besarme en la boca!» Pero el Gallo continuaba fingiendo indiferencia y distracción; y sin contestar nada, miraba á lo lejos con ojos redondos y fijos. Y el Zorro añadió: «Sabe, pues, ¡oh hermano mío! que el sultán de los animales, que es el señor León, y la sultana de las aves, que es la señora Águila, acaban de darse cita en una verdeante pradera adornada de flores y de arroyos, y han congregado en torno suyo á los representantes de todas las fieras de la Creación: los tigres, las hienas, los leopardos, los lincees, las panteras, los chacales, los antílopes, los lobos, las liebres, los animales domésticos, los buitres, los ga-

vilanes, los cuervos, las palomas, las tórtolas, las codornices, las perdices, las aves de corral y todos los pájaros. Y cuando estuvieron entre sus manos los representantes de todos sus súbditos, nuestros dos soberanos proclamaron, por real decreto, que en adelante habrán de reinar juntas, en toda la superficie de la tierra habitable, la seguridad, la fraternidad y la paz; que el afecto, la simpatía, la camaradería y el amor habrán de ser los únicos sentimientos permitidos entre las tribus de las fieras, de los animales domésticos y de las aves; que el olvido deberá borrar las antiguas enemistades y los odios de raza; y que la meta á que deben tender todos los esfuerzos es la dicha general y universal. Y decidieron que cualquier transgresión que se realizara de tal estado de cosas se llevarían sin tardanza al tribunal supremo y se juzgaría y se condenaría sin remisión. Y me nombraron heraldo del presente decreto, y me encargaron de ir proclamando por toda la tierra la decisión de la asamblea, con orden de darles los nombres de los rebeldes, á fin de que se les castigase con arreglo á la gravedad de su rebeldía. Y por eso ¡oh hermano mío Gallo! me ves actualmente al pie de este muro en que estás encaramado, pues en verdad que soy yo, yo con mis propios ojos, yo y no otro, el representante, el comisionado, el heraldo y el apoderado de nuestros señores y soberanos. Y por eso te abordé hace poco con el deseo de paz y las palabras de amistad, ¡oh hermano mío!»

¡Eso fué todo! Pero el Gallo, sin prestar á toda aquella elocuencia más atención que si no la oyese, continuaba mirando á lo lejos en actitud indiferente y con unos ojos redondos y distraídos, que cerraba de cuando en cuando, meneando la cabeza. Y el Zorro, cuyo corazón ardía en deseos de triturar deliciosamente aquella presa, insistió: «¡Oh hermano mío! ¿por qué no quieres honrarme con una respuesta ó acceder á dirigirme una palabra ó posar solamente tu mirada en mí, que soy el emisario de nuestro sultán el León, soberano de los animales, y de nuestra sultana el Águila, soberana de las aves? Permíteme, pues, que te recuerde que, si persistes en tu silencio para conmigo, me veré obligado á dar cuenta de la cosa al Consejo; y sería muy de lamentar que cayeses bajo el peso de la nueva ley, que es inexorable en su deseo de establecer la paz universal, aun á trueque de hacer degollar á la mitad de los seres vivos. ¡Así es que por última vez te ruego ¡oh hermano mío encantador! que me digas solamente por qué no me respondes!»

Á la sazón, el Gallo, que hasta entonces se había encastillado en su altanera indiferencia, estiró el pescuezo, é inclinando á un lado la cabeza, posó la mirada de su ojo derecho en el Zorro, y le dijo: «En verdad ¡oh hermano mío! que tus palabras están por encima de mi cabeza y de mis ojos, y te honro en mi corazón como enviado y comisionado y mensajero y apoderado y embajador de nuestra

sultana el Águila. ¡Pero no vayas á creer que si no te respondía era por arrogancia ó por rebeldía ó por cualquier otro sentimiento reprobable; no, por tu vida que no, sino solamente porque me tenía turbado lo que veía y sigo viendo ante mí allá lejos!» Y el Zorro preguntó: «Por Alah sobre ti, ¡oh hermano mío! ¿Y qué veías y sigues viendo para que así te turbe? ¡Alejado sea el Maligno! ¡Supongo que no será nada grave ni calamitoso!» Y el Gallo estiró el pescuezo más todavía, y dijo: «¿Cómo, ¡oh hermano mío!? ¿Acaso no divisas lo que estoy diviso yo, por más que Alah puso encima de tu venerable hocico dos ojos penetrantes, aunque un poco bizcos, dicho sea sin ánimo de ofenderte?» Y el Zorro preguntó con inquietud: «¡Pero acaba, por favor, de decirme qué ves! ¡Porque tengo los ojos hoy un poco malos, aunque no sabía que fuese bizco ni por asomo, dicho sea sin ánimo de contrariarte!» Y el Gallo Voz-de-Aurora dijo: «¡La verdad es que estoy viendo levantarse una nube de polvo, y en el aire diviso una bandada de halcones de caza que describen inciertos giros!» Y al oír estas palabras, el Zorro se echó á temblar, y preguntó, en el límite de la ansiedad: «¿Y es eso todo lo que divisas, ¡oh rostro de buen augurio!? ¿Y no ves correr á nadie por el suelo?» Y el Gallo fijó en el horizonte una mirada prolongada, imprimiendo á su cabeza un movimiento de derecha á izquierda, y acabó por decir: «¡Sí! veo que por el suelo corre á cuatro pies un animal de patas largas, grande, delgado, con cabeza

fina y puntiaguda y largas orejas gachas. ¡Y se acerca á nosotros con rapidez!» Y el Zorro preguntó, temblando con todo su cuerpo: «¿No será un perro lebrel lo que ves, ¡oh hermano mío!? ¡Alah nos proteja!» Y el Gallo dijo: «¡No sé si es un lebrel, porque nunca los he visto de esa especie, y sólo Alah lo sabrá! Pero de todos modos, creo que es un perro, ¡oh cara hermosa!»

Cuando el Zorro hubo oído estas palabras, exclamó: «¡Me veo obligado ¡oh hermano mío! á despedirme de ti!» Y así diciendo, le volvió la espalda y echó á correr azorado, confiándose á la Madre-de-la-Seguridad. Y el Gallo le gritó: «¡Escucha, escucha, hermano mío, que ya bajo, que ya bajo! ¿Por qué no me esperas? Y el Zorro dijo: «¡Es que siento una gran antipatía por el lebrel, que no se cuenta entre mis amigos ni entre mis relaciones!» Y el Gallo añadió: «¿Pero no me has dicho hace un instante ¡oh rostro de bendición! que venías como comisionado y heraldo de parte de nuestros soberanos para proclamar el decreto de la paz universal, decidida en asamblea plena de los representantes de nuestras tribus?» Y el Zorro contestó desde muy lejos: «¡Sí, por cierto! ¡sí, por cierto! ¡oh hermano mío Gallo! pero ese lebrel entrometido (¡Alah le maldiga!) se abstuvo de ir al congreso, y su raza no ha enviado allá ningún representante, y su nombre no se ha pronunciado en la proclamación de las tribus adheridas á la paz universal. ¡Y por eso ¡oh Gallo lleno de ternura! siempre existirá enemistad entre

mi raza y la suya, y aversión entre mi individuo y el suyo! ¡Y que Alah te conserve con buena salud hasta mi regreso!»

Y tras de hablar así, el Zorro desapareció en la lejanía. Y de tal suerte escapó el Gallo á los dientes de su enemigo, gracias á su ingenio y á su sagacidad. Y se dió prisa á bajar desde lo alto del muro y á volver al cortijo, glorificando á Alah, que le reintegraba á su corral en seguridad. Y se apresuró á contar á sus esposas y á sus vecinos la jugarreta que acababa de hacer á su enemigo hereditario. Y todos los gallos del corral lanzaron al aire el canto sonoro de su alegría para celebrar el triunfo de Voz-de-Aurora.

Y aquella noche aún dijo Schahrazada:



Las agujetas

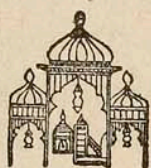


Se cuenta que un rey entre los reyes estaba un día sentado en su trono, en medio de su diván, y daba audiencia á sus súbditos, cuando entró un jeique, hortelano de oficio, que llevaba á la cabeza un cesto de hermosas frutas y de legumbres diversas, primicias de la estación. Y besó la tierra entre las manos del rey, é invocó sobre él las bendiciones y le ofreció como regalo el cesto de primicias. Y después de devolverle la zalema, el rey le pre-

guntó: «¿Y qué hay en este cesto cubierto de hojas, ¡oh jeique!?» Y el hortelano dijo: «¡Oh rey del tiempo! ¡son las primeras verduras y las primeras frutas nacidas en mis tierras, que te las traigo como primicias de la estación!» Y el rey dijo: «¡Las acepto de corazón amistoso!» Y quitó las hojas que preservaban del mal de ojo al contenido del cesto, y vió que había en él magníficos cohombros, rizados y muy tiernos, dátiles, berenjenas, limones y otras diversas frutas y legumbres tempranas. Y exclamó: «¡Maschala!» y cogió un cohombro rizado y lo engulló con mucho gusto. Luego dijo á los eunucos que llevaran lo demás al harén. Y los eunucos se apresuraron á ejecutar la orden. Y también se deleitaron mucho las mujeres comiendo aquellas primicias. Y cada cual cogió lo que quería, felicitándose mutuamente, diciendo: «¡Que las primicias del año que viene nos den salud y nos encuentren con vida y con belleza!» Luego distribuyeron á las esclavas lo que quedaba en el cesto. Y de común acuerdo, dijeron: «¡Por Alah, que son exquisitas estas primicias! ¡Y tenemos que dar una buena propina al hombre que las ha traído!» Y enviaron al felah, por mediación de los eunucos, cien dinares de oro. Y el rey, asimismo, estaba extremadamente satisfecho del cohombro rizado que había comido, y aún añadió doscientos dinares al donativo de sus mujeres. Y de tal suerte percibió el felah trescientos dinares de oro por su cesto de primicias. Pero no fué eso todo. Porque el sultán, que le había

hecho diversas preguntas acerca de cosas agrícolas y de otras cosas más, le había encontrado en absoluto de su conveniencia y se había complacido con sus respuestas, pues el felah tenía la palabra elegante, la lengua expedita, la réplica en los labios, el ingenio fértil, la actitud muy cortés y el lenguaje correcto y distinguido. Y el sultán quiso hacer de él su comensal inmediatamente, y le dijo: «¡Oh jeique! ¿sabes hacer compañía á los reyes?» Y el felah contestó: «Sé.» Y el sultán le dijo: «Bueno, ¡oh jeique! ¡Vuélvete en seguida á tu pueblo para llevar á tu familia lo que Alah te ha concedido hoy, y regresa conmigo á toda prisa para ser mi comensal en adelante!» Y el felah contestó con el oído y la obediencia. Y después de llevar á su familia los trescientos dinares que Alah le había otorgado, volvió al lado del rey, que en aquel momento estaba cenando. Y el rey le mandó sentarse junto á él, ante la bandeja, y le hizo comer y beber lo que tenía gana. Y le encontró aún más divertido que la primera vez, y acabó de encariñarse con él, y le preguntó: «¿Verdad que sabes historias hermosas de contar y de escuchar, ¡oh jeique!?» Y el felah contestó: «¡Sí, por Alah! ¡Y la próxima noche le contaré una al rey!» Y al oír esta noticia, el rey llegó al límite del júbilo y se estremeció de contento. Y para dar á su comensal una prueba de su cariño y de su amistad, hizo salir de su harén á la más joven y bella mujer del séquito de la sultana, una muchacha virgen y sellada...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 797.^a NOCHE*

Ella dijo:

...hizo salir de su harén á la más joven y bella mujer del séquito de la sultana, una muchacha virgen y sellada, y se la dió como regalo, aunque la habia hecho apartar para sí mismo el día en que la compraron, reservándosela como bocado selecto. Y puso á disposición de los recién casados un hermoso aposento del palacio, contiguo al suyo, y magníficamente amueblado y provisto de todas las comodidades. Y tras de desearles todo género de delicias aquella noche, les dejó solos y entró en su harén.

Cuando la joven se hubo desnudado, esperó, acostada, que fuese á ella su nuevo señor. Y el jeique hortelano, que en su vida habia visto ni probado la carne blanca, se maravilló de lo que veía y glorificó en su corazón á Quien forma la carne blanca. Y se acercó á la joven, y empezó á hacer con ella todas las locuras usuales en casos como aquel. Y he aquí que, sin que pudiese saber cómo ni por qué, el niño de su padre no quiso levantar cabeza y siguió adormecido, con la mirada sin vida y mustio. Y por mas que el felah le amonestaba

y alentaba, no quiso oír nada, y permaneció obstinado, oponiendo á todas las exhortaciones una inercia y una tozudez inexplicables. Y el pobre felah llegó al límite de la confusión, y exclamó: «¡En verdad que es cosa prodigiosa!» Y la joven, con objeto de despertar los deseos del niño, se puso á hacerle cosquillas y á jugarle con él con mano ardiente, y á mimarle con todos los mimos, y á hacerle entrar en razón, tan pronto con caricias como con golpes; pero tampoco consiguió decidirle á despertarse. Y acabó por exclamar: «¡Oh mi señor! ¡puede que Alah lo anime!» Y al ver que nada servía de nada, dijo: «¡Oh mi señor! ¿á que no sabes por qué no quiere despertarse el niño de su padre?» El jeique dijo: «¡No, por Alah, que no lo sé!» Ella dijo: «¡Pues porque su padre tiene agujetas!» El jeique preguntó: «¿Y qué hay que hacer ¡oh perspicaz! para curar las agujetas?» Ella dijo: «No te preocupes por eso. ¡Yo sé lo que tengo que hacer!» Y se levantó en aquella hora y en aquel instante, tomó incienso macho, y echándolo en un pebetero se puso á dar fumigaciones á su esposo, como se hace sobre el cuerpo de los muertos, diciendo: «¡Alah resucite á los muertos! ¡Alah despierte á los dormidos!» Y hecho lo cual, cogió un cántaro lleno de agua y empezó á regar al niño de su padre, como se hace con el cuerpo de los muertos antes de amortajarles. Y tras de bañarle así, cogió un pañuelo de muselina y cubrió con él al niño dormido, como se cubre á los muertos con el sudario. Y después de llevar á

cabo todas aquellas ceremonias preparatorias de un sepelio, y que ella hacía por simulacro, llamó á las numerosas esclavas que el sultán había puesto á su servicio y al de su esposo y les mostró lo que tenía que mostrarles del pobre felah, que estaba tendido, inmóvil, con el cuerpo cubierto á medias por el pañuelo y envuelto en una nube de incienso. Y al ver aquello, lanzando gritos de hilaridad y carcajadas, las mujeres echaron á correr por el palacio, contando lo que acababan de ver á todas las que no lo habían visto.

Por la mañana, el sultán, que se había levantado más temprano que de costumbre, envió á buscar á su comensal el felah, y le formuló los deseos de la mañana, y le preguntó: «¿Cómo se ha pasado la noche, ¡oh jeique!?» Y el felah contó al sultán cuánto le había ocurrido, sin ocultar un detalle. Y el sultán, al oír aquello, se echó á reír de tal manera, que se cayó de trasero; luego exclamó: «¡Por Alah, que la joven que de tan oportuna manera ha tratado tus agujetas es una joven dotada de ciencia, de ingenio y de gracia! ¡Y la recupero para mi uso personal!» Y la hizo ir y le ordenó que le contara lo que había pasado. Y la joven repitió al rey la cosa tal como había sucedido, y le narró con todos sus detalles los esfuerzos que había hecho para disipar el sueño del testarudo niño de su padre, y el tratamiento que acabó por aplicarle sin resultado. Y en el límite del júbilo, el rey se encaró con el felah y le preguntó: «¿Es verdad eso?» Y el felah

hizo con la cabeza un signo afirmativo y bajó los ojos. Y le dijo el rey, riendo á más y mejor: «¡Por mi vida sobre ti, ¡oh jeique! vuelve á contarme lo que ha pasado!» Y cuando el pobre hombre hubo repetido su relato, el sultán se echó á llorar de alegría y exclamó: «¡Ualah! ¡es cosa prodigiosa!» Luego, como desde el minarete el muecín acababa de llamar á la plegaria, el sultán y el felah cumplieron sus deberes para con su Creador, y el sultán dijo: «¡Ahora ¡oh jeique de los cohombros deliciosos! date prisa á contarme las historias prometidas, para completar mi alegría!» Y el felah dijo: «¡De todo corazón amistoso y como homenaje debido á nuestro generoso señor!» Y sentándose con las piernas encogidas frente al rey, contó:



Historia de los dos tragadores de haschisch



Has de saber ¡oh mi señor y corona de mi cabeza! que en una ciudad entre las ciudades había un hombre que tenía el oficio de pescador y la distracción de tomar haschisch. Y he aquí que, cuando había cobrado el producto de una jornada de trabajo, se comía una parte de su ganancia en provisiones de boca y el resto en esa hierba alegre de que se extrae el haschisch. Y tomaba al día tres tomas de haschisch: una se la tragaba por la mañana en ayu-

nas, otra á mediodía y otra al ponerse el sol. Y de tal suerte se pasaba la vida muy alegremente y haciendo extravagancias. Y esto no le impedía ir á su trabajo, que era la pesca; pero con frecuencia lo hacía de una manera muy singular, como vas á ver. Una tarde, tras de tomar una dosis de haschisch más fuerte que de costumbre, empezó por encender una vela de sebo, y se sentó delante de ella y se puso á hablar consigo mismo, formulándose las preguntas y las respuestas, y disfrutando todas las delicias del ensueño y del placer tranquilo. Y así permaneció mucho tiempo, y sólo le sacaron de su ensueño la frescura de la noche y la claridad de la luna llena. Y dijo entonces, hablando consigo mismo: «¡Eh, amigo, mira! La calle está silenciosa, la brisa es fresca y la claridad de la luna invita al paseo. ¡Harás bien, pues, en salir á tomar el aire y mirar el aspecto del mundo ahora que las gentes no circulan y no pueden distraerte de tu placer y tu hastío solitario!» Y pensando de este modo, el pescador salió de su casa y encaminó su paseo por el lado del río. Era en el décimocuarto día de la luna, y la noche estaba toda iluminada. Y al mirar reflejado en el piso el disco argénteo, el pescador tomó por agua aquel reflejo de la luna, y su extravagante imaginación le dijo: «Por Alah, ¡oh pescador! hete aquí llegado á orillas del río, y en el ribazo no hay ningún otro pescador. ¡Por tanto, harás bien en ir en seguida á coger tu sedal y volver para ponerte á pescar lo que te depare tu suerte esta noche!»

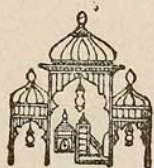
Así pensó en su locura, y así lo hizo. Y cuando cogió su sedal, fué á sentarse en una escarpadura, y se puso á pescar en medio de la claridad lunar, arrojando el hilo con el anzuelo al caudal blanco reflejado en el piso.

Y he aquí que, atraído por el olor de la carne que servía de cebo, un perro enorme fué á arrojarle sobre el sedal y lo devoró. Y se le clavó el anzuelo en el gaznate, y le molestó tanto, que empezó á dar sacudidas desesperadas para librarse del hilo. Y el pescador, que creía haber cogido un pez monstruoso, tiraba todo lo que podía; y el perro, que sufría de un modo insoportable, tiraba por su parte, lanzando aullidos tremendos; de modo que el pescador, que no quería dejar escapar su presa, acabó por ser arrastrado y rodó por tierra. Y creyendo entonces que iba á ahogarse en el río que le mostraba su haschisch, se puso á dar gritos espantosos pidiendo socorro. Y al oír aquel ruido, acudieron los guardias del barrio, y el pescador, al verles, les gritó: «¡Socorredme, ¡oh musulmanes! ¡Ayudadme á sacar el monstruoso pez de las profundidades del río, adonde va á arrastrarme! ¡Yallah, yallah! ¡venid aquí, valientes, que me ahogo!» Y los guardias le preguntaron, muy sorprendidos: «¿Qué te ocurre, ¡oh pescador!? ¿Y de qué río hablas? ¿Y de qué pez se trata?» Y les dijo: «¡Alah os maldiga, ¡oh hijos de perro! ¿Vais á gastarme ahora bromas, ó á ayudarme á salvar mi alma del ahogo y á sacar el pez fuera del agua?» Y los guar-

dias, que al principio se rieron de aquella extravagancia, se irritaron contra él al oír tratarles de hijos de perro, y se arrojaron sobre él, y después de molerle á golpes, le condujeron á casa del kadí.

Y he aquí que también el kadí, con permiso de Alah, era muy dado al haschisch...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 798.^a NOCHE*

Ella dijo:

...Y he aquí que también el kadí, con permiso de Alah, era muy dado al haschisch. Y cuando, á la primera ojeada que dirigió al pescador, comprendió que el hombre á quien los guardias acusaban de haber turbado el reposo del barrio estaba bajo el poder de la alegre droga que tanto consumía él mismo, se apresuró á amonestar severamente á los guardias y á mandarles que se fueran. Y recomendó á sus esclavos que tuvieran mucho cuidado con el pescador y que le dieran una buena cama para que pasase la noche con toda tranquilidad. Y en su fuero interno se prometió tenerle por compañero del placer que pensaba disfrutar al siguiente día.

En efecto, después de pasarse toda la noche en reposo y calma y de llevarse buena vida, al día siguiente, por la noche, fué llamado el pescador á la presencia del kadí, que le recibió con toda cordialidad y le trató como á un hermano. Y tras de cenar con él, se sentó al lado suyo ante las velas encendidas, y ofreciéndole haschisch, se dedicó á tomarlo en su compañía. Y entre ambos consumieron una dosis capaz de derribar, con las cuatro patas en alto, á un elefante de cien años.

Cuando se disolvió bien el haschisch en su razón, exaltó las disposiciones naturales de sus caracteres. Y quitándose la ropa, se quedaron completamente desnudos, y empezaron á bailar, á cantar y á hacer mil extravagancias.

Pero en aquel momento se paseaban por la ciudad el sultán y su visir, disfrazados ambos de mercaderes. Y oyeron todo el ruido que salía de la casa del kadí; y como no estaban cerradas las puertas, entraron, y se encontraron al kadí y al pescador en el delirio de la alegría. Y al ver entrar á los huéspedes del Destino, el kadí y su compañero dejaron de bailar, y les desearon la bienvenida y les hicieron sentarse con cordialidad, sin que, por lo demás, les azorase su presencia. Y al ver el sultán bailar así al kadí de la ciudad todo desnudo frente á un hombre todo desnudo también y que tenía un zib de longitud interminable y negro y revoltoso, abrió mucho los ojos, é inclinándose al oído de su visir, le dijo: «¡Por Alah! No está nuestro visir tan

bien provisto como su negro compañero.» Y el pescador se encaró con él y le dijo: «¿Qué estás hablando así al oído de ese? ¡Sentaos ambos, que os lo ordeno yo, vuestro señor, el sultán de la ciudad! Si no, voy á hacer que al instante os rebane la cabeza mi visir el bailarín. ¡Porque supongo no ignoraréis que yo soy el sultán en persona, que éste es mi visir, y que en la palma de mi mano derecha tengo, como á un pez, al mundo entero!» Y al oir estas palabras, el sultán y el visir comprendieron que estaban en presencia de dos comedores de haschisch de la variedad más extraordinaria. Y el visir, para divertir al sultán, dijo al pescador. «¿Y desde cuándo ¡oh mi señor! eres sultán de la ciudad? ¿Y podrías decirme qué fué de tu predecesor, nuestro antiguo amo?» El otro dijo: «La verdad es que le destroné, diciéndole: «¡Vete!» Y se fué. ¡Y me quedé en lugar suyo!» El visir preguntó: «¿Y no protestó el sultán?» El pescador dijo: «¡Ni siquiera! Incluso se alegró de descargar sobre mí el pesado fardo del reino. Y yo, con objeto de corresponder á sus amabilidades, le guardé conmigo para que me sirviera. ¡Y ya le contaré historias, si algún día se arrepiente de su dimisión!»

Y tras de hablar así, el pescador añadió: «¡Qué gana tengo de mear!» Y enarbolando su interminable herramienta, se acercó al sultán y se dispuso á desahogarse encima de él. Y por su parte, dijo el kadí: «¡También yo tengo mucha gana de mear!» Y se acercó al visir, y también quiso hacer lo mis-

mo que el pescador. Y al ver aquello, el sultán y el visir, en el colmo de la hilaridad, se levantaron saltando sobre sus pies, y huyeron, exclamando: «¡Alah maldiga á los comedores de haschisch de vuestra especie!» Y les costó mucho trabajo á ambos escapar de los dos extravagantes compañeros.

Y he aquí que al día siguiente, el sultán, que quería poner remate á la diversión de su velada de la víspera, ordenó á los guardias que avisaran al kadí de la ciudad que tenía que presentarse en el palacio con el huésped que albergaba en su casa. Y el kadí, acompañado del pescador, no tardó en llegar entre las manos del sultán, que le dijo: «¡Te he hecho venir con tu compañero, ¡oh representante de la ley! á fin de que me enseñes cuál es el modo más cómodo de mear! ¿Es preciso, en efecto, ponerse en cucullas, alzándose con cuidado la ropa, como prescribe el rito? ¿Ó tal vez es preferible hacer como los cochinos descreídos, que mean de pie? ¿Ó acaso hay que mearse en sus semejantes, poniéndose completamente desnudo, como hicieron anoche dos tragadores de haschisch que yo conozco?»

Cuando el kadí hubo oído estas palabras del sultán—y como, por otra parte, sabía que el sultán tenía costumbre de pasearse disfrazado por la noche—, comprendió que su extravagancia y su delirio de la víspera bien pudieron tener por testigo al propio sultán, y llegó al límite del estremecimiento al pensar que había faltado al respeto al sultán y

al visir. Y cayó de rodillas, gritando: «¡Amán! ¡amán! ¡oh mi señor! ¡Fué el haschisch lo que me indujo á la grosería y á la descortesía!» Pero el pescador, que á causa de las dosis diarias de haschisch que tomaba continuaba en estado de embriaguez, dijo al sultán: «Bueno, ¿y qué? ¡Si tú estás en tu palacio, nosotros estábamos en el nuestro anoche!» Y en extremo divertido con los modales del pescador, el sultán le dijo: «¡Oh el más divertido parlanchín de mi reino! ya que tú eres sultán y yo lo soy también, te suplico que en lo sucesivo me hagas compañía en mi palacio. ¡Y puesto que sabes contar historias, supongo que querrás endulzarnos el oído con alguna!» Y el pescador contestó: «¡De todo corazón amistoso y como homenaje debido! ¡Pero no sin que hayas perdonado á mi visir, que está de rodillas á tus pies!» Y el sultán se apresuró á dar orden de levantarse al kadí, y le perdonó su extravagancia de la víspera y le dijo que retornara á su casa y á sus funciones. Y únicamente retuvo consigo al pescador, quien, sin esperar á más, le contó, como sigue, la HISTORIA DEL KADÍ PADRE-DEL-CUESCO.



Historia del kadí padre-del-cuesco



Cuentan que en la ciudad de Trablús, de Siria, en tiempo del califa Harún Al-Rachid, había un

kadí que ejercía las funciones de su cargo con una severidad y un rigor extremados, lo cual era notorio entre los hombres.

Y he aquí que aquel kadí funesto tenía á su servicio á una vieja negra, de piel ruda y endurecida como el cuero de un búfalo del Nilo. Y era ella la única mujer que poseía en su harén. (¡Alah le rechace de su misericordia!) Porque aquel kadí era de una mezquindad extremada, á la que sólo podía igualar su rigor en los juicios que fallaba. (¡Alah le maldiga!) Y aunque era rico, no vivía mas que de pan duro y cebollas. Y no obstante, estaba lleno de ostentación y se avergonzaba de su avaricia, pues quería siempre dar prueba de fasto y de generosidad, por más que viviese con la economía de un camellero próximo á agotar sus provisiones. Y para hacer creer en un lujo que su casa ignoraba, tenía la costumbre de cubrir el taburete de comer con un mantel adornado de franjas de oro. Y de tal suerte, cuando, por casualidad, entraba alguien para cualquier asunto á la hora de la comida, el kadí no dejaba de llamar á su negra y decirle en voz alta: «¡Pon el mantel de franjas de oro!» Y pensaba que así hacía creer á la gente que su mesa era suntuosa y que los manjares equivalían en bondad y en cantidad á la hermosura del mantel con franjas de oro. Pero jamás había sido invitado nadie á una de aquellas comidas servidas en el mantel espléndido; y nadie, por el contrario, ignoraba la verdad con respecto á la avaricia sórdida del kadí. De

modo que, por lo general, se decía cuando se había comido mal en un festín: «¡Lo han servido en el mantel del kadí!» Y así, aquel hombre, á quien Alah había dotado de riquezas y de honores, vivía una vida que no contentaría á los perros de la calle. ¡Confundido sea por siempre!

Un día, algunas personas que querían inclinarle en favor suyo en cierto juicio, le dijeron: «¡Oh nuestro amo el kadí! ¿por qué no tomas esposa? ¡Porque la vieja negra que tienes en tu casa no es digna de tus méritos!» Y contestó él: «¿Quiere buscarme mujer alguno de vosotros?» Y contestó uno de los presentes: «¡Oh amo nuestro! yo tengo una hija muy bella, y honrarías á tu esclavo si quisieras tomarla por esposa.» Y el kadí aceptó la oferta; y en seguida se celebró el matrimonio; y aquella misma noche se condujo á la joven á casa de su esposo. Y la tal joven estaba muy asombrada de que no se le preparase comida ni siquiera se le preguntara acerca del particular; pero, como era discreta y muy reservada, no hizo ninguna reclamación, y queriendo conformarse á las costumbres de su esposo, procuró distraerse. En cuanto á los testigos de la boda y á los invitados, presumían que aquella unión del kadí daría lugar á alguna fiesta, ó por lo menos á una comida; pero fueron vanas sus esperanzas, y transcurrieron las horas sin que el kadí invitase á nadie. Y se retiró cada cual maldiciendo al destino.

Volviendo á la recién casada, es el caso que,

después de haber sufrido cruelmente con aquel ayuno tan riguroso y tan prolongado, por fin oyó á su esposo llamar á la negra de piel de búfalo y ordenarle que colocara el taburete de comer, poniendo el mantel de franjas de oro y los ornamentos mejores. Y la infortunada creyó entonces que por fin iba á resarcirse del ayuno penoso á que acababa de ser condenada, ella, que en casa de su padre había vivido siempre nadando en la abundancia, en el lujo y en el bienestar. Pero ¡ay de ella! ¿qué sentiría cuando la negra llevó, por toda bandeja de manjares, una fuente con tres pedazos de pan negro y tres cebollas? Y como no se atreviera ella á hacer un movimiento ni se explicase aquello, el kadí cogió con cierto sentimiento un pedazo de pan y una cebolla, dió una parte igual á la negra, é invitó á su joven esposa á hacer honor al festín, diciéndole: «¡No temas abusar de los dones de Alah!» Y empezó á comer él mismo con una prisa que denotaba hasta qué punto saboreaba la excelencia de aquella comida. Y también la negra se tragó de un bocado la cebolla, única comida del día. Y la pobre esposa, burlada, trató de hacer lo que ellos; pero, como estaba acostumbrada á los manjares más delicados, no pudo tragar bocado. Y acabó por levantarse de la mesa en ayunas, maldiciendo en su alma la negrura de su destino. Y de tal suerte transcurrieron tres días de abstinencia, con el mismo llamamiento á la hora de comer, los mismos adornos hermosos en la mesa, el mismo

mantel de franjas de oro, el pan negro y las miserables cebollas. Pero, al cuarto día, el kadí oyó unos gritos terribles...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 799.^a NOCHE*

Ella dijo:

...Pero, al cuarto día, el kadí oyó unos gritos terribles que partían del harén. Y fué la negra á anunciarle, alzando los brazos al cielo, que su ama se había rebelado contra todos los de la casa, y acababa de enviar á buscar á su padre. Y el kadí, furioso, entró en el aposento de la joven con los ojos llameantes, le lanzó toda clase de injurias, y acusándola de entregarse á todas las variedades del libertinaje, le cortó los cabellos á la fuerza y la repudió, diciéndole: «¡Quedas divorciada por tres veces!» Y la echó violentamente y cerró la puerta detrás de ella. ¡Alah le maldiga, pues merece la maldición!

Pocos días después de su divorcio, el ruin hijo de ruin, con motivo de sus funciones, que le hacían indispensable para mucha gente, encontró otro cliente que le propuso á su hija en matrimonio. Y

se casó con la joven, que fué servida de la misma manera, y que, sin poder soportar más de tres días el régimen de cebollas, se rebeló y también fué repudiada. Pero no sirvió aquello de lección á las demás personas, pues aún encontró el kadí varias jóvenes con quienes casarse, y se fué casando con ellas sucesivamente para repudiarlas al cabo de un día ó de dos á causa de su rebeldía ante el pan negro y las cebollas.

Pero cuando los divorcios se multiplicaron de manera tan exagerada, el rumor de la mezquindad del kadí llegó á oídos que hasta entonces no se habían enterado de ella, y su conducta para con sus mujeres se hizo motivo de todas las conversaciones en los harenes. Y perdió todo el crédito posible con las casamenteras, y dejó en absoluto de ser un buen partido.

Una noche se paseaba por los alrededores de la ciudad el kadí, atormentado por la herencia de su padre, á la cual no quería ya ninguna mujer, cuando vió acercarse una dama en una mula de color castaño. Y quedó conmovido por la apostura elegante de ella y por sus ricos vestidos. Así es que, retorciéndose el bigote, avanzó hacia ella con galante cortesanía, le hizo una profunda reverencia, y después de las zalemas, le dijo: «¡Oh noble dama! ¿de dónde vienes?» Ella contestó: «Del camino que dejo atrás.» Y el kadí sonrió y dijo: «¡Sin duda! ¡sin duda! ya lo sé; pero ¿de qué ciudad?» Ella contestó: «De Mossul.» Él preguntó: «¿Y eres soltera ó

casada?» Ella dijo: «Soy soltera todavía.» Él preguntó: «En ese caso, ¿quieres servirme de esposa en adelante, y que yo, en cambio, sea para ti el hombre?» Ella contestó: «Dime dónde vives y mañana te mandaré la respuesta.» Y el kadí le explicó quién era y dónde vivía. ¡Pero ya lo sabía ella! Y le dejó, dedicándole de soslayo la más comprometadora de las sonrisas.

Y he aquí que, al siguiente día por la mañana, la joven envió al kadí un mensaje para informarle de que consentía en casarse con él mediante un donativo de cincuenta dinares. Y el ruin, con un violento esfuerzo de su avaricia, en vista de la pasión que experimentaba por la joven, hizo contarle y entregarle los cincuenta dinares, y encargó á la negra que fuera á buscarla. Y sin faltar á sus compromisos, la joven, en efecto, fué á casa del kadí; y en seguida se llevó á cabo el matrimonio, ante testigos, que se marcharon inmediatamente, sin que tampoco se les obsequiara.

Y el kadí, fiel á su régimen, dijo á la negra con tono enfático: «¡Pon el mantel de franjas de oro!» Y como de ordinario, en la mesa suntuosamente adornada, se sirvieron por todo manjar los tres panes duros y las tres cebollas. Y la recién casada cogió la tercera ración con muy buen talante, y cuando hubo acabado, dijo: «¡*Alhamdú lillah!* ¡Loor á Alah! ¡Qué excelente comida acabo de hacer!» Y acompañó esta exclamación con una sonrisa de extremada satisfacción. Y exclamó el kadí, al oír

y ver aquello: «¡Glorificado sea el Altísimo, que, en su generosidad, me ha deparado al fin una esposa que reúne en sí todas las perfecciones y sabe contentarse con el presente, dando gracias á su Creador por lo mucho y por lo poco!» Pero el ciego miserable, el cochino (¡Alah le confunda!), no sabía que su suerte estaba echada en el cerebro maligno de su joven esposa.

Y he aquí que, al día siguiente por la mañana, el kadí fué al diván, y durante su ausencia, la joven se dedicó á visitar, una tras otra, todas las habitaciones de la casa. Y de tal suerte llegó á un gabinete cuya puerta, cuidadosamente cerrada y provista de tres candados enormes y asegurada por tres fuertes barras de hierro, le inspiró viva curiosidad. Y después de dar muchas vueltas y examinar bien lo que tenía que examinar, acabó por distinguir una rendija de poco más de un dedo de ancha en una moldura. Y miró por aquella rendija, y se sintió extremadamente sorprendida y alegre al ver que estaba acumulado allí dentro el tesoro del kadí en oro y en plata, guardado en amplios vasos de cobre puestos en el suelo. Y al punto ideó aprovecharse sin tardanza de aquel descubrimiento inesperado; y corrió á buscar una varilla larga hecha con un tallo de palmera, untó la punta con una pasta pegajosa y la introdujo por la rendija de la moldura. Y á fuerza de dar vueltas á la varilla, se pegaron varias monedas de oro, retirándolas en seguida. Y se fué á su aposento, y llamó

á la negra y le dijo, dándole las monedas de oro: «¡Ve inmediatamente al zoco y compra tortas calientes todavía del horno, con sésamo por encima, arroz con azafrán, carne tierna de cordero, y todo lo mejor que encuentres de frutas y pastelería!» Y la negra, asombrada, contestó con el oído y la obediencia, y se apresuró á ejecutar las órdenes de su ama, quien, á su regreso del zoco, le hizo poner los platos y compartir con ella las succulentas cosas que había traído. Y exclamó la negra, que por primera vez en su vida hacía una comida tan excelente: «¡Alah te alimente ¡oh mi señora! y haga que se te conviertan en grasa de buena calidad las cosas deliciosas con que acabas de nutrirme! ¡Por tu vida, que en esta sola comida, debida á la generosidad de tu mano, me has hecho comer manjares tan succulentos como no los probé jamás en todo el tiempo que llevo sirviendo en casa del kadí!» Y la joven le dijo: «Pues bien; si deseas á diario un alimento análogo y aun superior al de hoy, no tienes mas que obedecer á todo lo que te diga, y guárdate la lengua dentro de la boca en presencia del kadí.» Y la negra invocó sobre ella las bendiciones, y le dió gracias y le besó la mano, prometiéndole obediencia y abnegación. Porque no era dudosa la elección entre la largueza y buena vida por una parte, y por otra la privación y la economía sórdida.

Y cuando, hacia mediodía, regresó el kadí á la casa, gritó á la negra: «¡Oh esclava, pon el mantel

de franjas de oro!» Y cuando estuvo sentado, su mujer se levantó y le sirvió por sí misma los restos de la excelente comida. Y comió él con mucho apetito y le alegró un trato tan bueno, y preguntó: «¿De dónde proceden estas provisiones?» Y ella contestó: «¡Oh mi señor! ¡en esta ciudad tengo muchas parientas, y una de ellas es quien me ha enviado hoy este regalo, que me agrada, por poder compartirlo con mi señor!» Y el kadí se felicitó en el alma por haberse casado con una mujer que tenía parientes tan preciosos.

Y he aquí que al día siguiente la varilla de palmera obró como la primera vez, y extrajo del tesoro del kadí algunas monedas de oro, con las cuales la esposa del kadí mandó comprar provisiones admirables, entre ellas un cordero relleno de alfónsigos, é invitó á algunas vecinas suyas á compartir con ella la excelente comida. Y pasaron el tiempo juntas de la manera más agradable hasta la hora de que volviese el kadí. Y entonces se separaron las mujeres, prometiéndose que se repetiría con toda amabilidad aquel día de bendición. Y el kadí, en cuanto entró, gritó á la negra: «¡Pon el mantel de franjas de oro!» Y cuando estuvo servida la comida, el miserable (¡Alah le maldiga!) se asombró mucho de ver en las bandejas carnes y provisiones más delicadas y más selectas todavía que las de la víspera. Y preguntó, lleno de inquietud: «¡Por mi cabeza! ¿de dónde proceden estos manjares tan costosos?» Y la joven, que le servía por sí misma, con-

testó: «¡Oh señor! tranquiliza tu alma y refresca tus ojos, y no pienses mas que en comer y regocijarte en tu fuero interno, sin atormentarte más por los bienes que Alah nos depara. ¡Porque una de mis tías me ha enviado estas bandejas de manjares, y me tendré por muy dichosa si le satisfacen á mi señor!»

Y en el límite de la alegría, por tener una esposa tan bien emparentada y tan amable y tan atenta, el kadí sólo pensó ya en aprovecharse lo más que pudiera de tanto honor gratuito. Así es que, al cabo de un año de aquel régimen, creó tanta grasa y se le desarrolló el vientre de manera tan notoria, que cuando los habitantes de la ciudad querían establecer un término comparativo con respecto á una cosa enorme, decían: «¡Es tan gordo como el vientre del kadí!» Pero el miserable (¡alejado sea el Maligno!) no sabía lo que le esperaba, y que su mujer había jurado vengar á todas las pobres mujeres con quienes él hubo de casarse para hacerlas morir casi de inanición y echarlas después de haberles cortado los cabellos y haberlas repudiado con el triple divorcio definitivo. Y he aquí cómo se arregló la joven para alcanzar el fin deseado y jugarle una mala pasada.

Entre las vecinas á quienes daba de comer á diario se encontraba una pobre mujer encinta, madre ya de cinco hijos, y cuyo marido era un mandadero que apenas ganaba con qué atender á las necesidades urgentes de la casa. Y la esposa del

kadí le dijo un día: «¡Oh vecina mía! Alah te ha dado una familia numerosa, y tu hombre no tiene con qué alimentarla. ¡Y hete aquí de nuevo encinta por voluntad del Altísimo! ¿Quieres, pues, cuando hayas parido tu futuro recién nacido, dármele, á fin de que yo le cuide y le eduque como si fuera mi propio hijo, ya que Alah no me favorece con la fecundidad? ¡Y en cambio te prometo que no carecerás de nada y que la prosperidad favorecerá tu casa! ¡Pero solamente te pido que no hables de la cosa á nadie, y me entregues á escondidas el niño, con objeto de que nadie del barrio sospeche la verdad!» Y la mujer del mandadero aceptó la oferta y prometió reserva. Y el día de su parto, que tuvo lugar con gran secreto, entregó á la esposa del kadí el niño recién nacido, que era un muchacho tan abultado como dos muchachos de su especie.

Y he aquí que aquel día la joven preparó por sí misma, para la hora de comer, un plato compuesto de una mezcla de habas, guisantes, judías blancas, coles, lentejas, cebollas, cabezas de ajo, harinas diversas y toda clase de cereales pesados y especias molidas. Y cuando entró el kadí, con mucha hambre, porque tenía completamente vacío su enorme vientre, ella le sirvió aquel guisado, bien sazonado, que le pareció á él delicioso y del cual comió glotonamente. Y repitió varias veces, y acabó por devorar todo el plato, diciendo: «¡Jamás comí un manjar que pasara con tanta facilidad por el gaznate! ¡Deseo ¡oh mujer! que todos los días me pre

pares un plato mayor que este del mismo guiso! ¡Pues supongo que tus parientes no interrumpirán su generosidad!» Y contestó la joven: «¡Que te sea delicioso y de fácil digestión!» Y el kadí le agradeció su deseo, y una vez más se felicitó por tener una esposa tan perfecta y cuidadosa de sus gustos.

Pero apenas había transcurrido una hora desde que se terminó la comida, cuando el vientre del kadí empezó á hincharse y á aumentar por momentos; y en su interior se hizo oír un gran estrépito, como el estruendo de una tempestad; y conmovieron sus paredes unos gruñidos sordos como truenos amenazadores, tan pronto acompañados de terribles retortijones, como de espasmos y de dolores. Y se le puso el color muy amarillo, y empezó á gimotear y á rodar por el suelo como un tonel, sujetándose el vientre á dos manos y exclamando: «¡Ya Alah! ¡en mi vientre hay una tempestad! ¡Ah! ¿Quién me librará de ella?» Y á poco, no pudo menos que lanzar aullidos bajo el impulso de crisis más fuertes de su vientre, que ya estaba más hinchado que un odre lleno. Y á los gritos que daba acudió su esposa, y para aliviarle le hizo tomar un puñado de polvos de anís y de hinojo, que en breve debían producir su efecto. Y al mismo tiempo, para consolarle y animarle, se puso á acariciarle por todas partes, como se acaricia á un niño enfermo, y á frotarle dulcemente el sitio dolorido, pasándole la mano por él con regularidad. Y de repente interrumpió su masaje, lanzando un grito penetrante, seguido de repetidas

exclamaciones de sorpresa y espanto, diciendo: «¡Yuh! ¡yuh! ¡milagro! ¡prodigio! ¡oh mi señor! ¡oh mi señor!» Y no obstante los violentos dolores, que le hacían contorsionarse, el kadí preguntó: «¿Qué te pasa? ¿Y de qué milagro se trata?» Ella dijo: «¡Yuh! ¡yuh! ¡oh mi señor! ¡oh mi señor!» Él preguntó: «¿Qué te pasa? ¡Di!» Ella contestó: «¡El nombre de Alah sobre ti y alrededor de ti!» Y de nuevo le pasó la mano por el vientre tempestuoso, añadiendo: «¡Exaltado sea el Altísimo! ¡Él puede hacer y hace todo lo que quiere! Cúmplanse sus decretos, ¡oh mi señor!» Y el kadí preguntó, entre dos quejidos: «¿Qué te pasa, ¡oh mujer!? ¡Habla! ¡Que Alah te maldiga por torturarme así!» Ella dijo: «¡Oh mi señor! ¡oh mi señor! ¡Cúmplase su voluntad! ¡Estás encinta! ¡Y el parto viene muy de prisa!»

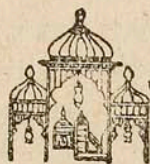
Al oír estas palabras de su esposa, el kadí se incorporó, á pesar de los cólicos y los espasmos, y exclamó: «¿Estás loca, ¡oh mujer!? ¿Y desde cuándo se quedan encinta los hombres?» Ella dijo: «¡Por Alah, que no lo sé! Pero el niño se mueve en tu vientre. ¡Y le siento patear, y toco su cabeza con mis manos!» Y añadió: «¡Alah arroja donde quiere la semilla de la fecundidad! ¡Exaltado sea! Ruega al Profeta, ¡oh hombre!» Y dijo el kadí, presa de convulsiones: «¡Con él las bendiciones y todas las gracias!» Y como sus dolores aumentaban, volvió á revolcarse, aullando como un loco; y se retorció las manos, y ya no podía ni respirar, de tan violento como era el combate que se libraba en su vientre.

¡Y he aquí que de pronto llegó el alivio! Largo y resonante, le salió de dentro un cuesco espantoso que hizo estremecerse toda la casa y desmayarse al kadí bajo el violento impulso de su choque. Y por el aire enrarecido de la casa continuó rodando en gradación atenuada una serie numerosa de otros cuescos. Luego, tras un último estrépito, semejante al fragor del trueno, se restableció el silencio en la morada. Y poco á poco fué volviendo en sí el kadí, y vió ante él, echado en una colchoneta, á un recién nacido, en mantillas, que lloraba haciendo muecas. Y vió que su esposa decía: «¡Loores á Alah y á su Profeta por este feliz alumbramiento! *Alhamdú lillah*, ¡oh hombre!» Y empezó á invocar todos los nombres sagrados sobre el pequeñuelo que venía al mundo y sobre la cabeza de su esposo. Y el kadí no sabía si estaba dormido ó despierto, ó si los dolores que hubo de sentir habían destruido sus facultades intelectuales. Sin embargo, no podía desmentir el testimonio de sus sentidos; y la vista de aquel niño recién nacido y la cesación de sus dolores y el recuerdo de la tempestad que le había salido del vientre le obligaban á creer en su asombroso alumbramiento. Y el amor maternal se sobrepuso y le hizo aceptar al niño, y decir: «¡Alah arroja las semillas y crea donde quiere! ¡Y hasta los hombres, si están predestinados á ello, pueden quedarse encinta y parir á la postre!» Luego se encaró con su esposa y le dijo: «¡Oh mujer! ¡es necesario que te ocupes de buscar una nodriza para este niño! ¡Por-

que yo no puedo criarle!» Y ella contestó: «Ya he pensado en ello. ¡Y la nodriza está esperando en el harén! ¿Pero estás seguro ¡oh mi señor! de que no se te han desarrollado los senos y no puedes criar á este niño? ¡Porque ya sabes que nada hay mejor que la leche de la madre!» Y el kadí, cada vez más absorto, se palpó el pecho con ansiedad, y contestó: «¡No, por Alah, están como estaban, sin nada dentro!»

¡Eso fué todo! Y la maligna joven se regocijaba en el alma del éxito de su estratagema. Luego, queriendo llevar su burla hasta el límite, obligó al kadí á meterse en la cama y á estar sin salir de ella, como las parturientas, cuarenta días y cuarenta noches. Y se puso á hacerle las tisanas que se dan de ordinario á las paridas y á cuidarle y á mimarle en todos sentidos. Y el kadí, extremadamente fatigado de los dolorosos retortijones que había tenido y de todo su trastorno interno, no tardó en dormirse profundamente para no despertarse hasta mucho tiempo después, sano de cuerpo, pero muy enfermo de espíritu...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 800.^a NOCHE*

Ella dijo:

...para no despertarse hasta mucho tiempo después, sano de cuerpo, pero muy enfermo de espíritu. Y su primer cuidado fué rogar á su esposa que guardara escrupulosamente el secreto de aquella aventura, diciéndole: «¡Qué calamidad para nosotros si la gente se enterara de que el kadí ha parido un niño viable!» Y la maligna, lejos de tranquilizarle sobre el particular, se complació en aumentar su inquietud, diciéndole: «¡Oh mi señor! ¡no somos los únicos en conocer este acontecimiento maravilloso y bendito! ¡Porque todas nuestras vecinas lo saben ya por la nodriza, que, á pesar de mis recomendaciones, ha ido á revelar el milagro y á chismorrear de un lado á otro; y es muy difícil impedir á una nodriza que charle, como también detener ahora la difusión de esta noticia por la ciudad!»

Y extremadamente mortificado al saberse motivo de todas las conversaciones y objeto de comentarios más ó menos descorteses, el kadí se pasó los cuarenta días del puerperio quieto en el lecho, sin osar moverse por temor á las complicaciones y á los flujos de sangre, y reflexionando, cejijunto, acerca de su triste situación. Y se decía: «Segura-

mente, la malignidad de mis enemigos, que son numerosos, me acusará ahora de cosas más ó menos ridículas; por ejemplo, de haberme dejado ensartar de una manera extraordinaria, diciendo: «¡El kadí es un marica! ¡Sin duda, el kadí no es mas que un marica! ¡Ah! ¡no valía la pena, verdaderamente, de mostrarse tan severo en sus juicios, si tenía que acabar porque le ensartaran y por parir! ¡Por Alah, que nuestro kadí es un marica extraño!» ¡Por otra parte, bien sabe Alah que hace mucho tiempo que no me ocupo de semejante cosa, y no es mi edad la más á propósito para tentar á los aficionados á eso!»

Así pensaba el kadí, sin ocurrírsele que su ruindad era la que le había traído aquel estado de cosas. Y cuanto más reflexionaba, más se ennegrecía el mundo ante él y su posición le parecía más irrisoria y digna de piedad. Así es que, cuando su esposa creyó oportuno que se levantara sin temor á las complicaciones puerperales, se apresuró él á salir del lecho y á lavarse, pero sin atreverse á abandonar su casa para ir al hammam. Y con objeto de evitar las burlas y alusiones que en lo sucesivo no dejaría de oír si continuaba habitando en la ciudad, resolvió abandonar Trablús, y reveló este proyecto á su esposa, quien, simulando una gran pena por verle alejarse de su casa y prescindir de su situación de kadí, no dejó de abundar en su opinión, empero, y de alentarle á que se marchara, diciéndole: «Ciertamente, ¡oh mi señor! tienes razón al abandonar esta ciudad maldita habitada por las malas

lenguas; pero hazlo por algún tiempo solamente y hasta que se olvide esta aventura. ¡Y entonces volverás para educar á este niño, de quien eres á la vez padre y madre, y á quien, si te parece, llamaremos, para recordar su maravilloso nacimiento, Fuente-de-los-Milagros!» Y contestó el kadí: «¡No hay inconveniente!» Y salió de su casa por la noche, dejando allí á su mujer al cuidado de Fuente-de-los-Milagros y de los efectos y muebles de la casa. Y salió de la ciudad, evitando las calles frecuentadas, y partió en dirección de Damasco.

Y llegó á Damasco después de un viaje fatigoso, aunque consolándose con pensar que en aquella ciudad nadie le conocía ni conocía su historia. Pero tuvo la desgracia de oír contar su historia en todos los sitios públicos por todos los narradores, á oídos de los cuales había llegado ya. Y como se temía él, los narradores de la ciudad, cada vez que la contaban, no dejaban de añadir un detalle nuevo para hacer reír á sus oyentes, y de atribuir al kadí órganos extraordinarios, y de endosarle todas las herramientas de los muleteros de Trablús, y de adjudicarle el nombre que temía él tanto, llamándole hijo, nieto y biznieto del nombre que ni á sí mismo se pronunciaba. Pero, felizmente para él, nadie conocía su rostro, y pudo de tal suerte pasar inadvertido. Y cuando, por la tarde, cruzaba por los lugares donde se estacionan los narradores, no podía por ménos de pararse para escuchar su historia, que en boca de ellos resultaba prodigiosa; porque ya no

era un niño lo que había tenido, sino una pollada de niños en ringlera; y tanta hilaridad producía aquello á la concurrencia, que él mismo acababa por reirse, con los demás, de su propia historia, dichoso de no ser reconocido, y diciéndose: «¡Por Alah, que me motejen de lo que quieran, pero que no me reconozcan!» Y de tal suerte vivió muy retraído y con una economía mayor aún que antes. Y así y todo, acabó por agotar el repuesto de dinero que se había llevado consigo, y acabó por vender, para vivir, sus vestiduras; pues no se determinaba á pedir dinero á su mujer, por mediación de un correo, para no verse obligado á revelarle el lugar en que se hallaba su tesoro. Porque el pobre no sospechaba que aquel tesoro estaba descubierto hacía mucho tiempo. Y se imaginaba que su esposa continuaba viviendo á costa de sus parientes y de sus vecinas, como le había hecho creer ella. Y llegó á un grado tal su estado de miseria, que vióse obligado él, antiguo kadí, á ponerse á jornal con un albañil, para llevar durante todo el día cal y yeso.

Y de tal suerte transcurrieron algunos años. Y el desgraciado, que soportaba el peso de todas las maldiciones lanzadas contra él por las víctimas de sus juicios y las víctimas de su mezquindad, se había quedado tan flaco como un gato abandonado en un granero. Y entonces pensó en volver á Trablús, confiando en que los años hubieran borrado el recuerdo de su aventura. Y partió de Damasco, y después de un viaje muy duro para su cuerpo

debilitado, llegó á la entrada de Trablús, su ciudad. Y en el momento en que franqueaba la puerta, vió á unos niños que jugaban entre sí, y oyó que uno de ellos decía al otro: «¿Cómo quieres ganar el juego tú, que naciste en el año nefasto del kadí padre-del-cuesco?» Y el infortunado se alegró mucho al oír aquello, pensando: «¡Por Alah! ¡se ha olvidado tu aventura, puesto que otro kadí, que no eres tú, es quien sirve de proverbio á los niños!» Y se acercó al que había hablado del año del kadí padre-del-cuesco, y le preguntó: «¿Quién es ese kadí de que hablas, y por qué le llaman padre-del-cuesco?» Y el niño contó toda la historia de la malicia de la esposa del kadí, con todos sus detalles, desde el principio hasta el fin. Pero no hay utilidad en repetirla.

Cuando el viejo mezquino hubo oído el relato del niño, ya no dudó de su desgracia, y comprendió que había sido el juguete y la burla de la malicia de su esposa. Y dejando á los niños con su juego, se precipitó en dirección de su casa, queriendo, en su furor, castigar á la audaz que se había burlado de él tan cruelmente. Pero al llegar á la casa, la encontró con las puertas abiertas á los cuatro vientos, el techo hundido, los muros á medio derribar, y devastada de arriba á abajo; y corrió al tesoro, pero ya no había allí tesoro, ni huella de tesoro, ni olor de tesoro, ni nada absolutamente. Y los vecinos que acudieron al verle llegar, en medio de la hilaridad general, le enteraron de que hacía

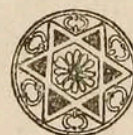
mucho tiempo que se había marchado su esposa, creyéndole muerto, y que se había llevado consigo, no se sabía á qué país lejano, cuanto había en la casa. Y al enterarse así de la totalidad de su desgracia, y al verse, blanco del sarcasmo público, el viejo miserable se apresuró á abandonar su ciudad sin volver la cabeza. Y nunca más se oyó hablar de él.

Y tal es ¡oh rey del tiempo!—continuó el tragador de haschish—la historia del kadí padre-del-cuesco, que hasta mí ha llegado. ¡Pero Alah es más sabio!»

Y al oír esta historia, el sultán se bamboleó de satisfacción y de contento, y regaló al pescador un ropón de honor, y le dijo: «¡Por Alah sobre ti, ¡oh boca de azúcar! cuéntame alguna otra historia entre las historias que conoces!» Y contestó el tragador de haschish: «¡Escucho y obedezco!» Y contó:



El pollino kadí



«He llegado á saber ¡oh rey afortunado! que en una ciudad del país de Egipto había un hombre que tenía la profesión de recaudador de contribuciones, y que, por consiguiente, se veía obligado á ausentarse de su casa con frecuencia. Y como no estaba

dotado de gallardía para las lides amorosas, su esposa no dejaba de aprovechar las ausencias de él para recibir á su amante, que era un jovenzuelo como la luna y siempre dispuesto á satisfacerla en sus deseos. Así es que ella le amaba en extremo, y á cambio de los placeres que le proporcionaba él, no se limitaba á hacerle probar todo lo que era bueno en su jardín, sino que, como no era rico y todavía no sabía ganar dinero en los negocios de venta y compra, se gastaba ella con él todo lo necesario, sin pedirle nunca que se lo reintegrara de otro modo que con caricias, copulaciones y otras cosas análogas. Y así vivían ambos la vida más deliciosa, satisfaciéndose y amándose entre sí con arreglo á sus capacidades. ¡Gloria á Alah, que da potencia á unos y aflige de impotencia á otros! Sus decretos son insondables.

Y he aquí que un día en que el recaudador de contribuciones, esposo de la joven, tenía que partir para asuntos del servicio, preparó su pollino, llenó sus alforjas con papeles oficiales y con ropa, y dijo á su esposa que le llenara el otro bolso de las alforjas con provisiones para el camino. Y la joven, feliz por librarse de él, se apresuró á darle cuanto deseaba, pero no pudo encontrar pan, pues se había acabado la hornada de la semana, y la negra precisamente estaba amasando lo de la semana próxima. Entonces, sin poder esperar á que se cociese el pan de la casa, el recaudador de contribuciones se fué al zoco para procurárselo. Y dejó al pollino

enalbardado por el momento en la cuadra ante el pesebre...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 801.^a NOCHE*

Ella dijo:

...Y dejó al pollino enalbardado por el momento en la cuadra ante el pesebre. Y su esposa se quedó en el patio para esperar allí su regreso, y de pronto vió entrar á su amante, que creía que ya se había marchado el recaudador de contribuciones. Y dijo á la joven: «Tengo una apremiante necesidad de dinero. ¡Y es preciso que me des en seguida trescientos dracmas!» Y contestó ella: «¡Por el Profeta! ¡No los tengo hoy, y no sé de dónde sacarlos!» Y dijo el jovenzuelo: «¿Para qué está el pollino, ¡oh hermana mía!? Dame el pollino de tu marido, que está ahí enalbardado delante del pesebre, para que lo venda. ¡Y sin duda sacaré por él los trescientos dracmas, que me son imprescindibles, absolutamente imprescindibles!» Y la joven exclamó, muy asustada: «¡Por el Profeta, que no sabes lo que dices! ¿Y cuando vuelva mi marido y no encuentre á su pollino? ¡Ni siquiera pienses en ello! ¡Sin duda

me regañaría por haber perdido el burro, habiéndome encargado que me quedara aquí, y me pegaría!» Pero el jovenzuelo se puso tan compungido y la rogó con tanta elocuencia que le diera el pollino, que no pudo ella resistirse á sus ruegos, y no obstante todo el terror que le inspiraba su esposo el recaudador, le dejó llevarse el pollino, aunque después de haberle quitado los arreos.

Y he aquí que, algunos instantes más tarde, volvió el marido con los panecillos debajo del brazo, y fué á la cuadra para meterlos en las alforjas y coger el pollino. Y vió colgado de un clavo el cabezal del animal, y la albarda y las alforjas encima de la paja, pero no el pollino, ni trazas del pollino, ni el olor del pollino. Y extremadamente sorprendido, buscó á su esposa, y le dijo: «¡Oh mujer! ¿dónde está el pollino?» Y su esposa, sin inmutarse, contestó con voz tranquila: «¡Oh hijo del tío! ¡el pollino acaba de salir, y desde la puerta se encaró conmigo y me dijo que iba á celebrar audiencia en el diván de justicia de la ciudad!» Al oír estas palabras, el recaudador, lleno de cólera, levantó la mano á su mujer y le gritó: «¡Oh desvergonzada! ¿te atreves á burlarte de mí? ¿Es que no sabes que de un solo puñetazo puedo dejarte más ancha que larga?» Y dijo ella, sin perder nada de su aplomo: «¡El nombre de Alah sobre ti y sobre mí, y alrededor de ti y alrededor de mí! ¿Por qué voy á burlarme de ti, ¡oh hijo del tío!? ¿Y desde cuándo soy capaz de engañarte en algo? Además de que, caso de

que me atreviera á ello, tu perspicacia y tu fino ingenio hubieran echado por tierra en seguida mis groseras y pesadas invenciones. Pero con tu permiso, ¡oh hijo del tío! creo que debo decirte al fin una cosa que hasta ahora no me atreví á contarte, temiendo que su revelación atrajera sobre nosotros alguna desgracia sin remedio. ¡Has de saber, en efecto, que tu pollino está hechizado, y que de cuando en cuando se transforma en kadí!» Y al oír aquello, el recaudador exclamó: «¡Ya Alah!» Pero la joven, sin darle tiempo á lanzar otras exclamaciones, ni á reflexionar, ni á hablar, continuó en el mismo tono de seguridad tranquila: «En efecto; la primera noche que vi salir de la cuadra á un hombre desconocido á quien no había visto entrar allí y con quien jamás me había encontrado antes, tuve un miedo espantoso, y volviéndole la espalda y levantándome el vestido para cubrirme con élla la cara, porque no llevaba velo á la cabeza en aquel momento, quise recurrir á la fuga para mayor seguridad, ya que tú estabas ausente de la casa. Pero el hombre se me acercó, y me dijo con voz llena de gravedad y de bondad, sin alzar hacia mí sus ojos, por temor á ofender mi pudor: «¡Tranquiliza tu alma, hija mía, y refresca tus ojos! ¡No soy para ti un desconocido, puesto que soy el pollino del hijo de tu tío! Pero mi naturaleza real es la de un ser humano, kadí de profesión. Y me transformaron en pollino los enemigos que tengo, que están versados en la hechicería y en los encantamientos. Y como no co-

nozco las ciencias ocultas, me veo privado de recursos y armas contra ellos. Sin embargo, como, á pesar de todo, son creyentes, permiten que de vez en cuando, en los días de sesiones de justicia, recobre mi forma humana, dejando de ser pollino, para ir á dar audiencia en el diván. ¡Y de tal suerte tengo que vivir, siendo pollino unas veces y kadí otras, hasta que Alah el Altísimo quiera librarme de los encantos de mis enemigos y romper el hechizo que me escribieron! Pero ¡oh caritativa! te suplico por tu padre, por tu madre y por todos los tuyos, que me hagas el favor de no hablar de mi estado á nadie, ni siquiera á mi amo el hijo de tu tío, el recaudador de contribuciones. Pues, si conociera mi secreto, como es un hombre de fe esclarecida y un observante riguroso de la religión, sería capaz de desembarazarse de mí para no tener en su casa á un ser que está á merced de los hechizos; y me vendería á cualquier felah, que me maltraría desde por la mañana hasta por la noche y me daría de comer habas podridas, mientras que aquí estoy á gusto en todos sentidos.» Luego añadió: «¡Aún tengo otra cosa que pedirte, ¡oh mi señora! ¡oh buena! ¡oh caritativa! y es que ruegues á mi amo el recaudador, el hijo de tu tío, que no me espolee muy fuerte en el trasero cuando tenga prisa, porque tengo esta parte de mi persona, por desgracia, afligida de una extremada sensibilidad y de una delicadeza inconcebible!»

»Y tras de hablar así nuestro pollino, conver-

tido en kadí, me dejó sumida en una gran perplejidad y se fué á presidir el diván. Y allá le encontrarás, si quieres.

»¡En cuanto á mí, ¡oh hijo del tío! ya no podía guardar por más tiempo para mí sola este abrumador secreto, sobre todo ahora que aparezco como culpable y corro riesgo de atraerme tu cólera y caer en tu desgracia! ¡Y pido perdón á Alah por faltar con ello á la promesa que hice al pobre kadí de no hablar á nadie nunca de su estado de pollino! ¡Y desde el momento en que la cosa está hecha, permítame ¡oh mí señor! que te dé un consejo, y es que no te deshagas de ese pollino, que no solamente es un excelente animal lleno de celo, sobrio, al que no se le escapan cuescos, que es muy decente y sólo muy de tarde en tarde saca su herramienta cuando se le mira, sino que, en caso necesario, podrá darte muy buenos consejos acerca de cuestiones delicadas de jurisprudencia y de la legalidad de tal ó cual procedimiento!»

Cuando el recaudador de contribuciones hubo oído estas palabras de su esposa, que había escuchado en una actitud cada vez más sorprendida, llegó al límite de la perplejidad, y dijo: «¡Sí, por Alah, que la cosa es asombrosa! Pero ¿qué voy á hacer ahora que no tengo pollino disponible y necesito irme á recaudar las contribuciones de los pueblos de los alrededores? ¿Sabes, por lo menos, á qué hora va á volver? ¿O no te ha dicho nada respecto á eso?» Y la joven contestó: «No, no ha precisado

hora. ¡Solamente me ha dicho que iba á celebrar audiencia en el diván! ¡En cuanto á mí, bien sé lo que haría si estuviera en tu lugar! ¡Pero no tengo para qué dar consejos á quien es más inteligente é incontestablemente más listo y perspicaz que yo!» Y el buen hombre dijo: «Di siempre lo que se te ocurra. ¡Ya veré yo si no eres completamente tonta!» Ella dijo: «Pues bien; yo en tu lugar, iría directamente al diván en que se halla el kadí, llevaría en la mano un puñado de habas, y cuando estuviera en presencia del infeliz hechizado que preside el diván, le enseñaría desde lejos las habas, que tendría en la mano, y por señas le haría comprender que tengo necesidad de sus servicios como pollino. ¡Y me comprendería, y como sabe cumplir con su deber, saldría del diván y me seguiría, máxime cuando viera las habas, que son su alimento favorito, y no podría por menos de echar á andar detrás de mí!»

Y he aquí que al recaudador de contribuciones, al oír estas palabras, le pareció muy razonable la idea de su esposa, y dijo: «Creo que es lo mejor que puedo hacer. Decididamente, eres una mujer de buen consejo.» Y salió de la casa después de haber cogido un puñado de habas, con objeto de atraerse al pollino por medio de la gula, su vicio principal, si no podía llevársele por persuasión. Y cuando se marchaba él, su mujer le gritó aún: «¡Y sobre todo ¡oh hijo del tío! guárdate bien, ocurra lo que ocurra, de dejarte llevar de tu genio y maltratarle; porque ya sabes que es muy susceptible, y además,

como pollino y kadí, es doblemente testarudo y vengativo!» Y tras este último consejo de su mujer, el recaudador de contribuciones se encaminó al diván y entró en la sala de audiencia, donde estaba sentado el kadí sobre su estrado.

Y se detuvo á lo último de la sala, detrás de los concurrentes, y levantando la mano en que tenía el puñado de habas, se puso á hacer con la otra mano al kadí señas de invitación apremiante, que querían significar claramente: «¡Ven pronto! ¡Tengo que hablarte!» Y el kadí acabó por advertir aquellas señales, y reconociendo al hombre que actuaba de recaudador principal de contribuciones, creyó que quería decirle particularmente algo importante ó transmitirle alguna comunicación urgente de parte del wali. Y al instante se levantó, suspendiendo la sesión de justicia, y siguió al vestíbulo al recaudador, quien, para atraerle mejor, iba delante de él enseñándole las habas y animándole con el gesto y con la voz, como se hace con los pollinos.

Y he aquí que, en cuanto estuvieron ambos en el vestíbulo, el recaudador se inclinó al oído del kadí, y le dijo: «Por Alah, ¡oh amigo mío! que estoy muy contrariado y muy apenado y muy enfadado con el hechizo que te tiene encantado. Y no es por contrariarte, ciertamente, por lo que vengo aquí á buscarte, sino porque es absolutamente preciso que parta en seguida para asuntos del servicio, y no puedo esperar á que acabes tu misión aquí. ¡Te ruego, pues, que, sin tardanza, te transformes en

pollino y me dejes montar en tu lomo!» Y al ver que el kadí retrocedía, asustado, conforme le iba oyendo, el recaudador habló con un acento de gran conmiseración, y añadió: «¡Te juro por el Profeta (¡con Él la plegaria y la paz!) que, si quieres seguirme en seguida, nunca más te pincharé en el trasero con la espuela, pues ya sé que tienes muy sensible y muy delicada esa parte de tu persona! ¡Vamos, ven, mi querido pollino, mi buen amigo! Y esta noche tendrás doble ración de habas y de alfalfa fresca!»

¡Eso fué todo! Y el kadí, creyendo que tenía que habérselas con algún loco escapado del maristán, retrocedía cada vez más hacia la entrada de la sala, en el colmo de la estupefacción y del terror y más amarillo que el azafrán. Pero el recaudador, al ver que iba á escapársele, dió una vuelta rápida y se interpuso entre él y la puerta del diván, cortándole la retirada. Y el kadí, como no veía ningún guardia ni nadie á quien pedir socorro, se decidió por la dulzura, la prudencia y el miramiento, y dijo al recaudador: «Á lo que entiendo, parece ser ¡oh mi señor! que has perdido tu pollino y estás deseoso de reemplazarle. Nada más justo, á mi juicio. He aquí, pues, de parte mía, trescientos dracmas que te doy para que puedas comprarte otro. Y como hoy es día de mercado en el zoco de las acémilas, te será fácil escoger por ese precio el más hermoso de los asnos. ¡Uassalam!» Y así diciendo, sacó del cinturón los trescientos dracmas, se los entregó al recaudador, que aceptó la oferta, y volvió á la sala de

audiencia, tomando una actitud grave y reflexiva, como si acabaran de comunicarle un asunto de gran importancia. Y se decía á sí mismo: «¡Por Alah! ¡culpa mía fué si he perdido de tal suerte los trescientos dracmas! Pero más vale eso que haber provocado un escándalo ante los que vienen á pedirme justicia. Además, ¡ya entraré otra vez en posesión de ese dinero explotando á mis querellantes!» Y se sentó en su sitio, y continuó la sesión de justicia. Y he aquí lo referente á él.

En cuanto al recaudador, he aquí ahora lo que á él atañe. Cuando llegó al zoco de las acémilas para comprar un pollino, se dedicó á examinar con atención, y tomándose el tiempo suficiente, todos los animales, uno tras otro. Y acabó por encontrar un pollino muy bueno que le pareció que tenía todas las condiciones requeridas; y se aproximó á él para examinarle de cerca, y de pronto observó que era su propio pollino. Y el pollino le reconoció también, y echando las orejas atrás, se puso á resoplar y á rebuznar de alegría. Pero el recaudador, muy molesto al ver aquel cinismo después de cuanto había sucedido, retrocedió golpeándose las manos, y exclamó: «¡No, por Alah, no será á ti á quien compre cuando tenga necesidad de un pollino fiel, pues, con eso de ser kadí unas veces y pollino otras, no me convienes!» Y se alejó, malhumorado por la audacia de su pollino, que se atrevía á invitarle á que se le llevara. Y fué á comprar otro, y se apresuró á volver á su casa para aparejarle y montarle des-

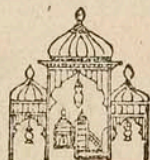
pués de contar á su esposa cuanto acababa de sucederle.

Y de tal suerte, merced al ingenio lleno de recursos de la joven, esposa del recaudador, todo el mundo quedó satisfecho y no se lesionó á nadie. Porque el enamorado logró el dinero de que tenía necesidad, el marido se procuró un pollino mejor sin gastar un dracma de su bolsillo, y el kadí no tardó en recuperar su dinero, ganando honradamente, á costa de los que iban á pedirle justicia y le quedaron agradecidos, el doble de lo que había dado al recaudador.

Y esto es ¡oh rey afortunado! todo lo que sé respecto al pollino kadí. ¡Pero Alah es más sabio!»

Cuando el sultán hubo oído esta historia, exclamó: «¡Oh boca de azúcar! ¡oh el más delicioso de los compañeros! ¡te nombro mi gran chambelán!» Y en el momento hizo que le pusieran las insignias de su cargo, y le hizo sentarse más cerca de él, y le dijo: «Por mi vida sobre ti, ¡oh gran chambelán mío! sin duda conocerás alguna otra historia. Y quisiera oírtela contar.» Y el pescador tragador de haschisch, convertido en chambelán de palacio por decreto del Destino, contestó: «¡De todo corazón amistoso y como homenaje debido!» Y meneando la cabeza, contó...

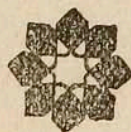
En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



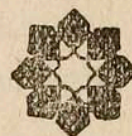
*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 802.^a NOCHE*

Ella dijo:

...Y el pescador tragador de haschisch, convertido en chambelán de palacio por decreto del Destino, contestó: «¡De todo corazón amistoso y como homenaje debido!» Y meneando la cabeza, contó:



El kadí y el buche



«He llegado á saber ¡oh rey afortunado! que en una ciudad entre las ciudades había un hombre y su esposa, que eran gente pobre, vendedores ambulantes de maíz tostado, que tenían una hija como la luna y en estado de merecer. Y quiso Alah que un kadí la pidiera en matrimonio y la obtuviera de sus padres, que en seguida dieron su consentimiento, aunque el kadí era de una gran fealdad, con unos pelos de barba tan duros como púas de erizo, y tuerto de un ojo, y tan viejo, que habría podido pasar por padre de la joven. Pero era rico y gozaba de toda consideración. Y los padres de la joven, sin fijarse mas que en lo que aquel matrimonio mejoraría su estado y condición, no pensaron que, si la

riqueza contribuye á la felicidad, no constituye el fondo de ella. Pero el kadí, por cierto, era quien pronto debía experimentarlo por su cuenta y riesgo.

Empezó, pues, por intentar hacerse agradable, á pesar de las desventajas anejas á su persona en cuanto á vejez y fealdad, por colmar todos los días de nuevos presentes á su joven esposa y por satisfacer sus menores caprichos. Pero olvidaba que ni los regalos ni la satisfacción de los caprichos valen lo que el amor joven, que aplaca los deseos. Y lamentaba en el alma no encontrar lo que esperaba de su esposa, quien, por otra parte, no podía darle lo que no conocía por falta de experiencia.

Tenía el kadí bajo su mano á un joven escriba, á quien quería mucho, y con el cual no podía por menos de hablar muy á menudo de su esposa. Y tampoco podía por menos, aunque estuviese en pugna con la costumbre, de divagar con el jovenzuelo acerca de la belleza de su esposa y del amor que sentía por ella, y de la frialdad de su esposa para con él, no obstante todo lo que por ella hacía. ¡Porque así es como Alah ciega á la criatura que merece la perdición! ¡Más aún! Para que se cumpliesen los supremos decretos, el kadí llevó su locura y su ceguera hasta mostrar un día por la celosía al adolescente á su joven esposa. Y como era muy hermoso y amable, la joven amó al joven. Y como cuando dos corazones se buscan acaban siempre por encontrarse y unirse, á pesar de todos los obstáculos, ambos jóvenes pudieron burlar la vigilan-

cia del kadí y adormecer sus celos despiertos. Y la jovenzuela amó al jovenzuelo más que á las niñas de sus ojos, y al darle su alma, se abandonó á él con todo el cuerpo. Y el joven escriba supo corresponder y le hizo experimentar lo que nunca había conseguido producir el viejo kadí. Y de tal suerte vivieron ambos en el límite de la dicha, viéndose con frecuencia y amándose más cada día. Y el kadí se mostraba satisfecho de ver que su esposa se ponía aún más hermosa y llena de juventud, salud y lozanía. Y cada cual era feliz á su manera.

Y he aquí que la joven, para poder entrevistarse sin peligro con su enamorado, había convenido con él que cuando fuese blanco el pañuelo que colgaba de la ventana que daba al jardín, podía entrar á hacerle compañía; pero cuando el pañuelo fuera rojo, debía abstenerse de ello y marcharse, porque la tal señal significaba que el kadí estaba en casa.

Pero quiso el Destino que un día, cuando acababa ella de tender el pañuelo blanco, después de salir el kadí para el diván, oyese á la puerta golpes precipitados y gritos; y en seguida vió entrar á su marido apoyado en brazos de los eunucos, y muy amarillo, y muy demudado de color y de aspecto. Y los eunucos le explicaron que había acometido al kadí en el diván una indisposición repentina, y se había apresurado á ir á casa para que le cuidaran y descansar. Y efectivamente, tanto movía á piedad el aspecto del pobre viejo, que la joven, nó obstante el contratiempo que acababa él de producir y

el trastorno que ocasionaba, empezó á rociarle con agua de rosas y á prodigarle sus cuidados. Y ayudándole á desnudarse, le acostó en el lecho, que le preparó por sí misma, y en donde, merced á las solicitudes de su esposa, no tardó en dormirse. Y la joven quiso aprovechar aquel alivio súbito de su marido para ir á tomar un baño en el hammam. Y contrariada como estaba, se olvidó de quitar el pañuelo blanco de las entrevistas y tender el de las prohibiciones. Y cogiendo un paquete de ropa blanca perfumada, salió de casa y fué al hammam.

Y he aquí que el joven escriba, al ver en la ventana el pañuelo blanco, ganó con paso ligero la terraza contigua, desde la cual saltó á la del kadí, como de costumbre, y penetró en la habitación en que, por lo general, se hallaba su amante esperándole completamente desnuda entre las mantas del lecho. Y como las celosias de la habitación estaban cerradas del todo y en el aposento reinaba una gran obscuridad, precisamente para favorecer el sueño del kadí, y como á menudo la joven le recibía en silencio por broma y no daba señales de estar allí, se acercó él al lecho, riendo, y levantando las mantas, echó mano con presteza á la presunta historia de la joven para hacerle cosquillas. Y he aquí que (¡alejado sea el Maligno!) fué á parar á una cosa flácida y blanda que se perdía entre maleza, y que no era otra que la vieja herramienta del kadí. Y en vista de aquel contacto, retiró la mano con horror y espanto, pero no con la suficiente rapidez para

que el kadí, despertado con sobresalto y súbitamente repuesto de su indisposición, no agarrase aquella mano que le había hurgado en el vientre y no se precipitase con furor sobre su propietario. Y como la cólera le daba fuerzas, mientras que el estupor clavaba en la inmovilidad al propietario de la mano, le derribó en el centro de la habitación echándole la zancadilla, y apoderándose de él y levantándole en alto en la obscuridad, le arrojó en el cajón donde se guardan de día los colchones, y que estaba abierto y vacío por haber sacado ya los colchones. Y echó la tapa en seguida, y cerró el cajón con llave, sin pararse á mirar la cara del que había encerrado. Tras de lo cual, como aquella excitación, que le había hecho tomar sangre rápidamente, produjo en él una reacción saludable, recobró por completo las fuerzas, y vistiéndose, preguntó al eunuco adónde había ido su esposa, y corrió á esperarla en el umbral del hammam. Pues se decía: «Antes de matar al intruso, es preciso que yo sepa si estaba en connivencia con mi esposa. Por eso voy allí á esperar á que salga ella, y la llevaré á casa, y ante testigos, la carearé con el encerrado. Porque, ya que soy el kadí, conviene que las cosas se hagan legalmente. Y entonces veré si sólo hay un culpable ó si se trata de dos cómplices. ¡En el primer caso, con mi propia mano ejecutaré ante los testigos al encerrado; y en el segundo, les estrangularé á ambos con mis diez dedos!»

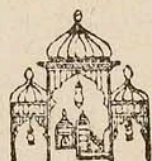
Y reflexionando así y barajando en su cerebro

estos proyectos de venganza, se dedicó á parar á todas las bañistas que entraban en el hammam, diciendo á cada una: «¡Por Alah sobre ti, di á mi mujer que salga en seguida, porque tengo que hablarle!» Pero les decía estas palabras con tanta brusquedad y excitación, y tenía los ojos tan llameantes, y el color tan amarillo, y los gestos tan desordenados, y la voz tan temblorosa, y tanto furor denotaba su aspecto, que las mujeres, aterradas, huían de él dando agudos gritos, pues le tomaban por un loco. Y la primera de entre ellas que dió en voz alta el recado en medio del hammam llevó á la memoria de la joven esposa del kadí el recuerdo de su negligencia y de su olvido con respecto al pañuelo blanco dejado en la ventana. Y se dijo: «¡No cabe duda! ¡estoy perdida sin remedio! ¡Y sólo Alah sabe lo que habrá sucedido á mi amante!» Y se dió prisa á tomar el baño, en tanto que en la sala se sucedían con rapidez los recados de las bañistas que iban entrando, y el kadí se tornaba en el único motivo de conversación de las asustadas mujeres. Pero ninguna de ellas, por fortuna, conocía á la joven, quien, por otra parte, fingía que no le interesaba lo que se decía, como si la cosa no le interesara. Y cuando estuvo vestida, fué á la sala de entrada, donde vió á una pobre vendedora de garbanzos que estaba sentada ante el montón de los garbanzos que vendía á las bañistas. Y la llamó, y le dijo: «¡Aquí tienes, mi buena tía, un dinar para ti, si quieres prestarme por una

hora tu velo azul y el cesto vacío que hay á tu lado!» Y la vieja, entusiasmada con aquella dádiva, le dió el cesto de mimbre y el pobre velo de tela grosera. Y la joven se envolvió en el velo, tomó el cesto en la mano, y así disfrazada salió del hammam.

Y en la calle vió á su marido, que iba y venía delante de la puerta, y que maldecía en voz alta de los hammams y de las que iban á los hammams y de los propietarios de los hammams y de los constructores de los hammams. Y se le salían de las órbitas los ojos y la espuma de la boca. Y se acercó ella á él, y disfrazando la voz é imitando la de las vendedoras ambulantes, le preguntó si quería comprar garbanzos. Y entonces él se puso á maldecir de los garbanzos y de las vendedoras de garbanzos y de los plantadores de garbanzos y de los comedores de garbanzos. Y la joven, riéndose de aquella locura, se alejó en dirección á su casa y sin ser reconocida bajo su disfraz. Y entró, y subió á su estancia inmediatamente, y oyó gemidos. Y como no veía á nadie en el aposento, cuyas ventanas se había apresurado á abrir, sintió miedo, y ya se disponía á llamar al eunuco para que la tranquilizara, cuando oyó con precisión que los gemidos partían del cajón de los colchones. Y corrió á aquel cajón, que tenía la llave puesta, y lo abrió, exclamando: «¡En el nombre de Alah el Clemente, el Misericordioso!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 803.^a NOCHE*

Ella dijo:

...Y corrió á aquel cajón, que tenía la llave puesta, y lo abrió, exclamando: «¡En el nombre de Alah el Clemente, el Misericordioso!» Y se encontró con su amante, que estaba próximo á expirar por falta de aire. Y no obstante toda la emoción que sentía, no pudo por menos de echarse á reir al verle acurrucado y con los ojos en blanco. Pero se apresuró á rociarle con agua de rosas y á volverle á la vida. Y cuando le vió ya repuesto y ágil, hizo que le explicara rápidamente lo sucedido; y al punto dió con la manera de arreglarlo todo.

En efecto, en la cuadra había una burra que la víspera había parido un buhecillo. Y la joven corrió á la cuadra, cogió en brazos al gracioso buhecillo, y transportándole á su habitación le metió en el cajón donde estuvo encerrado su amante y cerró con llave la tapa. Y tras de besar á su amante, se despidió de él, diciéndole que no volviera hasta que viese la señal del pañuelo blanco. Y por su parte se apresuró á volver al hammam, y vió á su marido paseándose todavía de un lado á otro y maldiciendo

de los hammams y de todo lo que traen consigo. Y al verla entrar, la llamó él, y le dijo: «¡Oh vendedora de garbanzos, di á mi mujer que, si se retrasa más todavía en salir, juro á Alah que la mataré antes de la noche y que hundiré el hammam sobre su cabeza!» Y la joven, riendo con toda el alma, entró en el vestibulo del hammam, entregó el velo y el cesto á la vendedora de garbanzos, é inmediatamente salió con su paquete al brazo y contoneando las caderas.

En cuanto la divisó su marido el kadí, avanzó hacia ella y gritó: «¿Dónde estabas? ¿dónde estabas? ¡Hace dos horas que te aguardo! ¡Anda, sígueme! ¡Ven, ¡oh maligna! ¡oh perversa! ¡Ven!» Y deteniendo su marcha, contestó la joven: «¡Por Alah! ¿qué te pasa? ¡El nombre de Alah sobre mí! ¿Qué te pasa, ¡oh hombre!? ¿Te has vuelto loco de pronto, para dar así un escándalo en la calle, tú, el kadí de la ciudad? ¿O es que tu enfermedad te ha obstruido la razón y te ha trastornado el juicio, hasta el punto de faltar al respeto en público y en la calle á la hija de tu tío?» Y el kadí replicó: «¡Basta de palabrería inútil! ¡Ya dirás en casa lo que quieras! ¡Sígueme!» Y echó á andar delante de ella, gesticulando, gritando y dando rienda suelta á su cólera, aunque sin aludir de un modo directo á su esposa, que le seguía silenciosamente á diez pasos de distancia.

Y llegados que fueron á su casa, el kadí encerró á su esposa en la habitación de arriba, y fué á bus-

car al jeique del barrio y á cuatro testigos legales, así como á cuantos vecinos pudo encontrar. Y les llevó á todos á la habitación del cofre, en la cual estaba encerrada su esposa, y donde quería que actuasen de testigos de lo que iba á ocurrir.

Cuando el kadí y todos los que le acompañaban entraron en el aposento, vieron á la joven, cubierta con sus velos todavía, que se había retirado á un rincón y que hablaba consigo misma de manera que la pudiesen oír todos. Y decía: «¡Oh, qué calamidad la nuestra! ¡Ay! ¡ay! ¡pobre esposo mío! ¡Esa indisposición le ha vuelto loco! ¡Sin duda tiene que haberse vuelto completamente loco para cubrirme así de injurias y para introducir en el harén á hombres extraños! ¡Qué calamidad la nuestra! ¡Haber en el harén extraños que van á mirarme! ¡Ay! ¡ay! ¡está loco, completamente loco!»

Y en efecto, el kadí se hallaba en tal estado de furor, de palidez y de sobreexcitación, que, con su barba temblorosa y sus ojos que echaban llamas, tenía toda la apariencia de un individuo atacado de fiebre alta y de delirio. Así es que algunos de los que le acompañaban intentaron calmarle y aconsejarle que volviera en sí; pero sus palabras sólo conseguían excitarle más, y les gritaba: «¡Entrad! ¡entrad! ¡No escuchéis á la menguada! ¡No os dejéis enternecer por los lamentos de la pérfida! ¡Ahora veréis! ¡ahora veréis! ¡Ha llegado su último día! ¡Ha llegado ya la hora de la justicia! ¡Entrad! ¡entrad!»

Cuando hubieron entrado todos, el kadí cerró la puerta y se dirigió al cofre de los colchones, ¡y levantó la tapa! Y he aquí que el buhecillo sacó la cabeza, movió las orejas, miró á todos con sus ojos grandes y dulces, respiró ruidosamente, y alzando la cola y poniéndola muy tiesa, se puso á rebuznar de alegría por haber vuelto á ver la luz, llamando á su madre.

Al ver aquello, el kadí llegó al limite extremo de la rabia y del furor y le acometieron convulsiones y espasmos; y de pronto se precipitó sobre su esposa, intentando estrangularla. Y ella empezó á gritar, corriendo por la habitación: «¡Por el Profeta! ¡que quiere estrangularme! ¡Detened al loco, ¡oh musulmanes! ¡Socorro!»

Y al ver todos los presentes, efectivamente, la espuma de la rabia en los labios del kadí, ya no dudaron de su locura, y se interpusieron entre él y su esposa, y le cogieron en brazos y á la fuerza le echaron sobre la alfombra, en tanto que articulaba palabras ininteligibles y trataba de escaparse de ellos para matar á su mujer. Y extremadamente afectado por ver al kadí de la ciudad en aquel estado, el jeique del barrio, observando su locura furiosa, no pudo por menos, á pesar de todo, de decir á los presentes: «¡No hay que perderle de vista ¡ay! hasta que Alah le calme y le haga entrar en razón!» Y exclamaron todos: «¡Ojalá le cure Alah! ¡Un hombre tan respetable como era! ¡Qué enfermedad tan funesta!» Y algunos decían: «¿Cómo puede tener

celos de un buche?» Y preguntaban otros: «¿Cómo ha entrado ese buche en el cofre de los colchones?» Y otros decían: «¡Ay! ¡él mismo es quien ha encerrado dentro al buche, tomándole por un hombre!» Y el jeique del barrio añadió, para concluir: «¡Alah venga en su ayuda y aleje al Maligno!» Y se retiraron todos, excepto los que sujetaban al kadí sobre la alfombra. Pero no tuvieron que hacerlo mucho tiempo, porque, de repente, acometió al kadí una crisis de furor tan violenta, y se puso á gritar tan fuerte palabras ininteligibles, y á debatirse con tanto encarnizamiento, siempre tratando de lanzarse sobre su esposa, quien desde lejos le hacía disimuladamente muecas y gestos burlones, que se le rompieron las venas del cuello y murió, escupiendo una bocanada de sangre. ¡Alah le tenga en su compasión, porque no sólo era un kadí íntegro, sino que dejó á su esposa, la consabida joven, riquezas bastantes para que pudiese vivir con holgura y casarse con el joven escriba á quien amaba y que la amaba!»

Y tras de contar así esta historia, el pescador tragador de haschisch, al ver que el rey le escuchaba con entusiasmo, se dijo: «¡Voy á contarle otra cosa todavía!» Y dijo:



El kadí avisado



«Cuentan que había en El Cairo un kadí que hubo de cometer tantas prevaricaciones y pronunciar tantas sentencias interesadas, que se le destituyó de sus funciones, y para no morir de hambre se veía obligado á vivir de trapisondas. Y he aquí que un día, por más que se devanaba los sesos, no se le ocurrió ningún medio de hacerse con algún dinero, porque ya había agotado todos los recursos de su ingenio, del mismo modo que hubo de exprimir los de su vida. Y viéndose reducido á aquel extremo, llamó al único esclavo que le quedaba, y le dijo: «¡Oh Mubarak! Estoy muy enfermo hoy y no puedo salir de casa; pero tú puedes ir á ver si encuentras algo de comer, ó á procurarme algunas personas que quieran hacerme consultas jurídicas. ¡Y ya sabré recompensar bien tu trabajo!» Y el esclavo, que era un pillastre tan avezado como su amo á las jugarretas y á las trapisondas, y que estaba tan interesado como él en el éxito del proyecto, salió, diciéndose: «Voy á molestar, uno tras otro, á varios transeuntes y á entablar disputa con ellos. ¡Y como no todo el mundo sabe que mi amo está destituido, les llevaré á su presencia con pretexto de arreglar el litigio, y haré que vacíen su

cinturón en manos de él!» Y así pensando, tropezó con un paseante que iba delante de él y que caminaba tranquilamente, con el báculo apoyado á dos manos en la nuca, y echándole la zancadilla, le hizo rodar por el lodo. Y el pobre hombre, con los vestidos sucios y los zapatos despellejados, se levantó furioso con intención de castigar á su agresor. Pero al reconocer en él al esclavo del kadí, no quiso medir sus fuerzas con las del otro, y todo corrido se contentó con decir, evadiéndose cuanto antes: «¡Alah confunda al Maligno!»

Y aquel taimado esclavo, al ver que no había tenido éxito la primera intentona, prosiguió su camino, diciéndose: «Este procedimiento no da resultado. ¡Vamos á ver si encontramos otro, porque todo el mundo conoce á mi amo y me conoce á mí!» Y mientras reflexionaba sobre lo que tenía que hacer, vió á un servidor que llevaba á la cabeza una bandeja con un soberbio pato relleno y circundado de tomates, pepinillos y berenjenas, muy bien arreglado todo. Y siguió al que lo llevaba, que se dirigía al horno público para hacer cocer el pato allí, y le vió entrar y entregar la bandeja al dueño del horno, diciéndole: «¡Volveré á buscarlo dentro de una hora!» Y se marchó.

Entonces se dijo el esclavo del kadí: «¡Ya hice negocio!» Y al cabo de cierto tiempo, entró en el horno y dijo: «¡La zalema sea contigo, ya hagg Mustafá!» Y el dueño del horno reconoció al esclavo del kadí, á quien no había visto desde hacía mucho

tiempo, pues en casa del kadí nunca había nada que enviar al horno, y contestó: «Y contigo la zalema, ¡oh hermano mío Mubarak! ¿Cómo por aquí? ¡Hace mucho tiempo que mi horno no se enciende para nuestro amo el kadí! ¿En qué puedo servirte hoy y qué me traes?» Y dijo el esclavo: «¡Nada más que lo que ya tienes, porque vengo á recoger el pato relleno que está en el horno!» Y contestó el hornero: «¡Pero este pato ¡oh hermano mío! no es tuyo!» El esclavo dijo: «No hables así, ¡oh jeique! ¿Cómo dices que no es mío este pato? ¡Yo soy quien le vió salir del huevo, quien lo ha cebado, quien lo ha degollado, quien lo ha relleno y quien lo ha preparado!» Y dijo el hornero: «¡Por Alah, que no lo dudo! Pero ¿qué tengo que decir, cuando venga, á quien me lo ha traído?» El esclavo contestó «¡No creo que venga! Pero, en fin, si lo hace, le dirás sencillamente, á modo de broma, porque es un hombre muy bromista y á quien le gustan mucho los chistes: «¡Ualah, ¡oh hermano mío! en el momento en que ponía al fuego la bandeja, lanzó el pato de pronto un grito estridente y echó á volar!»...»

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 804.^a NOCHE*

Ella dijo:

...«¡Ualah, ¡oh hermano mío! en el momento en que ponía al fuego la bandeja, lanzó el pato de pronto un grito estridente y echó á volar!» Y añadió: «¡Dame ahora el pato, que ya debe estar bastante cocido!» Y el hornero, riéndose de aquellas palabras que acababa de oír, sacó el pato del horno y se lo entregó con toda confianza al esclavo del kadí, que apresuróse á llevárselo á su amo y comérselo con él, chupándose los dedos.

Entretanto, el que llevó el pato al horno volvió y pidió su bandeja, diciendo: «Ya debe estar á punto el pato, ¡oh maestro!» Y el hornero contestó: «¡Ualah! ¡en el momento en que lo ponía al horno ha dado un grito estridente y ha echado á volar!» Y el hombre, que en realidad no tenía nada de bromista, se puso furioso al convencerse de que el hornero quería burlarse de él, y exclamó: «¿Cómo te atreves ¡oh infeliz! á reírte en mis barbas?» Y de palabras en palabras y de injurias en injurias, ambos hombres se enredaron á golpes. Y no tardó la muchedumbre en agruparse desde fuera al oír los gritos y en invadir el horno en seguida. Y se decían unos á otros: «¡El hagg Mustafá se está pegando

con un hombre á causa de la resurrección de un pato relleno!» Y la mayoría se ponía á favor del dueño del horno, cuya buena fe y honradez eran proverbiales desde hacía tiempo, en tanto que otros únicamente se permitían emitir alguna duda acerca de aquella resurrección.

Y he aquí que entre las gentes que se agolpaban alrededor de los dos hombres que estaban pegándose encontrábase una mujer encinta, á quien la curiosidad había llevado á la primera fila. Pero fué para su desgracia, pues cuando retrocedía el hornero para alcanzar con más tino á su adversario, recibió en pleno vientre la mujer el golpazo terrible que estaba destinado á otro que nada tenía que ver con ella. Y se cayó al suelo, lanzando un chillido de gallina violentada, y abortó en aquella hora y en aquel instante.

Y he aquí que el esposo de la mujer consabida, que habitaba una frutería de la vecindad, fué avisado al punto, y acudió con un palo enorme y exclamando: «¡Voy á horadar al hornero, y al padre del hornero, y á su abuelo, y á quitarle la existencia!» Y extenuado ya de su primera lucha, y al ver echarse sobre él á aquel hombre furioso y armado del palo terrible, el hornero no pudo sostenerse más tiempo, y echó á correr, saliendo al patio. Y viendo que le perseguían, escaló un muro, trepó á una terraza contigua y desde allí se dejó caer á tierra. Y quiso el Destino que cayese precisamente encima de un maghrebín que dormía en la planta baja de

la casa envuelto en mantas. Y como el hornero pesaba mucho y cayó desde muy alto, le rompió todas las costillas. Y el maghrebín expiró sin más ni más. Y acudieron todos sus allegados, los demás maghrebines del zoco, y detuvieron al hornero, moliéndole á golpes, y se dispusieron á arrastrarle ante el kadí. Y el dueño del pato, al ver detenido al hornero, se apresuró, por su parte, á congregarse á los maghrebines. Y acompañada de gritos y vociferaciones, toda aquella muchedumbre se encaminó al diván de justicia.

Pero en aquel momento el criado del kadí, que se había comido el pato, había vuelto, á ver lo que pasaba, mezclándose con la multitud, y dijo á todos los querellantes: «¡Seguidme, ¡oh buenas gentes! que yo os enseñaré el camino!» Y les condujo á casa de su amo.

Y el kadí, con una apostura digna, empezó por hacer pagar derechos dobles á todos los querellantes. Luego se encaró con el acusado, al cual señalaban todos los dedos, y le dijo: «¿Qué tienes que responder con respecto al pato, ¡oh hornero!?» Y el buen hombre, comprendiendo que, en el caso presente, más valía mantener su primera afirmación, á causa del esclavo del kadí, contestó: «¡Por Alah, ¡oh nuestro amo el kadí! que el animal ha lanzado un grito estridente y, todo relleno, se ha elevado de entre los adornos que le guarnecían y ha echado á volar!» Y al oír aquello, exclamó el dueño del pato: «¡Ah, hijo de perro! ¿todavía te atreves á

decir eso delante del señor kadí?» Y el kadí, tomando una actitud de indignación, dijo al que le interrumpía: «Y tú, ¡oh descreído! ¡oh impío! ¿cómo te atreves á no creer que Quien ha de resucitar á todas las criaturas en el Día de la Retribución, haciendo que se reúnan sus huesos dispersos por toda la superficie de la tierra, no pueda devolver la vida á un pato que tiene cabales los huesos y á quien sólo le faltan las plumas?» Y al oír estas palabras, exclamó la muchedumbre: «¡Gloria á Alah, que resucita á los muertos!» Y se puso á burlarse del desdichado portador del pato, que se marchó arrepentido de su falta de fe.

Tras de lo cual, el kadí se encaró con el marido de la mujer que había abortado y le dijo: «¿Y qué tienes que decir tú contra este hombre?» Y cuando hubo escuchado la queja, dijo: «Bien se ve la cosa, y no hay lugar á duda. Ciertamente, el hornero es culpable del aborto. ¡Y se impone para él la pena del talión estrictamente!» Y se encaró con el marido y le dijo: «La ley te da la razón, y yo te otorgo el derecho de llevar á tu mujer á casa del culpable, con objeto de que te la vuelva á dejar encinta. ¡Y estará á expensas de él en los seis primeros meses del embarazo, pues que el aborto ha tenido lugar al sexto mes!» Y al oír esta sentencia, exclamó el marido: «¡Por Alah, ¡oh señor kadí! desisto de mi querrela, y que Alah perdone á mi adversario!» Y se marchó.

Entonces el kadí dijo á los parientes del ma-

ghrebín muerto: «Y vosotros, ¡oh maghrebines! ¿qué motivo de queja tenéis contra este hombre, hornero de profesión?» Y los maghrebines expusieron su querella, haciendo muchos gestos y soltando un diluvio de palabras, y mostraron el cuerpo inanimado de su pariente, reclamando el precio de la sangre. Y el kadí les dijo: «Ciertamente, ¡oh maghrebines! os corresponde el precio de la sangre, porque abundan las pruebas contra el hornero. ¡Así es que no tenéis mas que decirme si queréis que se os pague naturalmente ese precio, es decir, sangre por sangre, ó en indemnización!» Y los maghrebines, hijos de una raza feroz, contestaron á coro: «Sangre con sangre, ¡oh señor kadí!» Y les dijo éste: «¡Así sea, pues! Coged al hornero, envolvedle en las mantas de vuestro pariente muerto, y ponedle debajo del minarete de la mezquita del sultán Hassán. ¡Y hecho lo cual, que se suba al minarete el hermano de la víctima y se deje caer desde arriba sobre el hornero, para aplastarle como aplastó él á su hermano!» Y añadió: «¿Dónde estás, ¡oh hermano de la víctima!?» Y al oír estas palabras, salió de entre los maghrebines un maghrebín y exclamó: «¡Por Alah, ¡oh señor kadí! desisto de mi querella contra este hombre! ¡Y que Alah le perdone!» Y se marchó, seguido de los demás maghrebines.

Y la muchedumbre que había asistido á todos estos debates se retiró maravillada de la ciencia jurídica del kadí, de su espíritu de equidad, de su competencia y de su sagacidad. Y cuando el rumor

de aquella historia llegó á oídos del sultán, el kadí volvió á la gracia y fué repuesto en sus funciones, en tanto que el que hubo de reemplazarle se veía destituido, sin haber dado motivo alguno, únicamente por carecer de un ingenio tan fértil como el del que se comió el pato.»

Y el pescador tragador de haschisch, al ver que el rey seguía escuchándole con la misma atención entusiasta, se sintió extremadamente halagado en su amor propio, y contó aún:



La lección del conocedor de mujeres

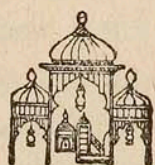


«He llegado á saber ¡oh rey afortunado! que había en El Cairo dos jóvenes, uno casado y otro soltero, á quienes unía una estrecha amistad. El casado se llamaba Ahmad, y el que no lo era se llamaba Mahmud. Y he aquí que Ahmad, que era dos años mayor que Mahmud, se aprovechaba del ascendiente que le daba esta diferencia de edad para actuar de educador y de maestro con su amigo, particularmente en lo que se refería al conocimiento de mujeres. Y de continuo le hablaba sobre el particular, contándole mil casos debidos á su experiencia, y diciéndole siempre, en resumen: «¡Ahora ¡oh Mahmud! ya puedes decir que has tratado en tu vida á alguien que conoce á fondo á esas criatu-

ras maliciosas! ¡Y debes considerarte muy dichoso de tenerme por amigo, para prevenirte contra todas sus asechanzas!» Y cada día estaba Mahmud más maravillado de la ciencia de su amigo, y estaba persuadido de que jamás mujer alguna, por muy astuta que fuese, podría engañarle ni siquiera burlar su vigilancia. Y le decía con frecuencia: «¡Oh Ahmad, cuán admirable eres!» Y Ahmad se pavoneaba con aire protector, dando golpecitos en el hombro á su amigo, y diciendo: «¡Ya te enseñaré á ser como yo!»

Pero un día en que Ahmad le repetía: «¡Ya te enseñaré á ser como yo! ¡Porque se instruye uno con el experimento y no con el que enseña sin tener experiencia!», el joven Mahmud le dijo: «Por Alah, ¡oh amigo mío! antes de enseñarme á sorprender la malicia de las mujeres, ¿no podrías enseñarme la manera de ponerme en relaciones con alguna?»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 805.^a NOCHE*

Ella dijo:

»...¿no podrías enseñarme la manera de ponerme en relaciones con alguna?» Y Ahmad contestó con su tono de maestro de escuela: «¡Por Alah, que

es la cosa más sencilla! No tienes mas que ir mañana á la fiesta que se da en las tiendas del Muled-el-Nabi y observar bien á las mujeres que por allá pululan. Y escogerás una que vaya acompañada de un niño pequeño y que tenga al mismo tiempo buen aspecto y hermosos ojos brillantes bajo el velo de la cara. Y después de fijar tu elección, comprarás dátiles y garbanzos escarchados de azúcar, y se los ofrecerás al niño, y jugarás con él, teniendo mucho cuidado de no levantar los ojos hacia su madre; y le acariciarás amablemente y le besarás. Y sólo cuando te hayas ganado la simpatía del niño, pedirás á su madre, pero sin mirarla, el favor de dejarte llevar al niño. Y durante todo el camino espantarás las moscas de la cara del niño, y le hablarás en su lengua, contándole mil locuras. Y la madre acabará por dirigirte la palabra. ¡Y si lo hace, ten la seguridad de ser gallo!» Y le abandonó después de hablar así, y Mahmud, en el límite de la admiración hacia su amigo, se pasó toda la noche repitiéndose la lección que acababa de oír.

Y he aquí que al día siguiente, muy temprano, se apresuró á ir al Muled, en donde puso en práctica el consejo de la víspera con una precisión que demostraba cuánto confiaba en la experiencia de su amigo. Y con gran maravilla por su parte, el resultado superó á sus esperanzas. Y quiso la suerte que la mujer que acompañó á su casa, y cuyo niño llevó á hombros, fuese precisamente la propia esposa de su amigo Ahmad. Y cuando iba á casa de ella, es-

caba muy lejos de pensar que traicionaba á su amigo, porque, por una parte, jamás había estado en casa de él, y por otra parte, como nunca la había visto descubierta ni cubierta, no podía adivinar que aquella mujer era la esposa de Ahmad. En cuanto á la joven, se alegraba mucho de poder por fin averiguar el grado de perspicacia de su marido, que también la perseguía con su ciencia de las mujeres y el conocimiento de sus malicias.

Por lo demás, aquel primer encuentro entre el joven Mahmud y la esposa de Ahmad se pasó muy agradablemente para ambos. Y el joven, que estaba virgen todavía é inexperimentado, saboreó en su plenitud el placer de sentirse apresado por los brazos y las piernas de una egipcia versada en el oficio. Y quedaron tan contentos uno de otro, que en los días sucesivos repitieron varias veces la maniobra. Y la mujer se regocijaba de humillar así, sin que lo supiese él, al presuntuoso de su esposo; y el esposo se asombraba de no encontrar ya á su amigo Mahmud á las horas que tenía costumbre de encontrarle, y se decía: «¡Ha debido hallar una mujer, aprovechándose de mis lecciones y de mis consejos!»

Sin embargo, al cabo de cierto tiempo, yendo un viernes á la mezquita, vió á su amigo Mahmud en el patio, junto á la fuente de las abluciones. Y se acercó á él, y después de las zalemas y saludos, le preguntó muy complacido si había triunfado en sus tanteos y si era hermosa la mujer. Y Mahmud, extremadamente feliz de poder confiarse á su amigo,

exclamó: «¡Ya Alah! ¿que si es hermosa? ¡De manteca y de leche! ¡Y gorda y blanca! ¡De almizcle y de jazmín! ¡Y qué inteligencia! ¡Y cómo guisa para agasajarme en cada uno de nuestros encuentros! ¡Pero me parece ¡oh amigo mío Ahmad! que el marido es un tonto irremediable y un entrometido!» Y Ahmad se echó á reir, y dijo: «¡Por Alah! ¡la mayoría de los maridos son así! Está bien; ya veo que has sabido aprovechar bien mis consejos. Continúa conduciéndote del mismo modo, ¡oh Mahmud!» Y entraron juntos á la mezquita para rezar la plegaria, y se perdieron de vista luego.

Y he aquí que Ahmad, al salir de la mezquita aquel día de viernes, sin saber cómo pasar el tiempo, pues estaban cerradas las tiendas, fué de visita á casa de un vecino que habitaba en la casa contigua á la suya y subió á sentarse con él á la ventana que daba á la calle. Y de pronto vió llegar á su amigo Mahmud, á él mismo, con su persona y con sus ojos, que al punto entró en la casa, sin llamar siquiera, lo que era prueba irrecusable de que dentro estaban en connivencia con él y esperaban su llegada. Y Ahmad, estupefacto de lo que acababa de ver, pensó primero precipitarse directamente en su casa y sorprender á su amigo con su mujer y castigarles á ambos. Pero reflexionó que, al oir el ruido que haría al golpear la puerta, su esposa, que era una ladina, podía esconder bien al joven ó hacerle evadirse por la terraza; y se decidió á entrar en su casa de otra manera, sin llamar la atención.

En efecto; había en su casa una cisterna dividida en dos mitades, una de las cuales le pertenecía y daba á su patio, y la otra mitad pertenecía al vecino en cuya casa estaba sentado, é iba á desembarcar en su patio. Y Ahmad se dijo: «¡Por allí iré á sorprenderles!» Y dijo á su vecino: «Por Alah, ¡oh vecino! ahora me acuerdo de que esta mañana dejé caer mi bolsa en el pozo. Con tu permiso, voy á bajar al pozo para buscarla. Y ya subiré á mi casa por el lado que da á mi patio.» Y contestó el vecino: «¡No hay inconveniente! Iré á alumbrarte, ¡oh hermano mío!» Pero Ahmad no quiso aceptar aquel servicio, prefiriendo bajar á oscuras, para que la luz no diese el alerta en su casa al salir del pozo. Y tras de despedirse de su amigo, bajó al pozo.

Las cosas fueron bien durante el descenso; pero cuando hubo que subir por el otro lado, la fatalidad se opuso de un modo singular. En efecto; ya había trepado Ahmad, con ayuda de brazos y piernas, hasta la mitad del pozo, cuando la sirviente negra, que iba á sacar agua, se asomó y miró al oír ruido en el agujero. Y vió aquella forma negra que se movía en la semioscuridad, y lejos de reconocer á su amo, se sintió poseída de terror, y soltando de sus manos la cuerda del cubo, huyó gritando como una loca: «¡El efrit! ¡El efrit que sale del pozo! ¡oh musulmanes! ¡Socorro!» Y como lo habían soltado, el cubo fué á dar de lleno en la cabeza de Ahmad, dejándole medio muerto.

Cuando la negra dió la voz de alerta de aquel

modo, la esposa de Ahmad se apresuró á hacer escapar á su amante, y bajó al patio, y asomándose al brocal, preguntó: «¿Quién está en el pozo?» Y reconoció entonces la voz de su marido, que, á pesar del accidente, tenía fuerzas para lanzar mil injurias espantosas contra el pozo y contra los propietarios del pozo y contra los que bajan al pozo y contra los que sacan agua del pozo. Y le preguntó ella: «¡Por Alah y por el Nabi! ¿qué hacías en el fondo del pozo?» Y contestó él: «Cállate ya, ¡oh maldita! ¡Es que buscaba la bolsa que dejé caer esta mañana! ¡En vez de hacerme preguntas, mejor sería que me ayudaras á salir de aquí dentro.» Y riendo para sus adentros, porque había comprendido la verdadera razón á que obedecía el descenso al pozo, la joven fué á llamar á los vecinos, que acudieron para sacar con cuerdas al desgraciado Ahmad, que no podía moverse de tanto como le había lastimado el cubo. Y se hizo transportar á su lecho sin decir nada, pues sabía que en aquella circunstancia lo más prudente era disimular su rencor. Y se sentía muy humillado, no solamente en su dignidad, sino sobre todo en su experiencia con las mujeres y en el conocimiento de sus malicias. Y determinó ser más circunspecto la próxima vez, y se puso á reflexionar acerca del medio de que se valdría para sorprender á la maligna.

Así es que, cuando al cabo de algún tiempo pudo levantarse, no tuvo más preocupación que la de su venganza. Y un día en que estaba escondido detrás

de una esquina de la calle, divisó á su amigo Mahmud, que acababa de deslizarse en su casa, cuya puerta entreabierta se cerró en cuanto hubo entrado él. Y Ahmad se precipitó allí y empezó á dar en la puerta golpes redoblados...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 806.^a NOCHE*

Ella dijo:

...Y Ahmad se precipitó allí y empezó á dar en la puerta golpes redoblados. Y su mujer, sin vacilar, dijo á Mahmud: «¡Levántate y sigueme!» Y bajó con él, y después de dejarle en un rincón detrás de la misma puerta de la calle, abrió á su esposo, diciéndole: «¡Por Alah! ¿qué ocurre para que llames de ese modo?» Pero Ahmad, cogiéndola de la mano y arrastrándola vivamente al interior, corrió, vociferando, á la habitación de arriba para sorprender á Mahmud, que, mientras tanto, había abierto tranquilamente la puerta, detrás de la cual hubo de esconderse, y se había dado á la fuga. Y al ver cuán vanas resultaban sus pesquisas, Ahmad estuvo á punto de morir de rabia, y resolvió repudiar á su mujer en el momento. Luego pensó que más valía

tener paciencia por algún tiempo aún, y devoró en silencio su rencor.

Y he aquí que la ocasión que buscaba no tardó en presentarse por sí misma algunos días después de este incidente. En efecto, el tío de Ahmad y padre de su esposa daba un festín con motivo de la circuncisión de un niño que acababa de tener en su vejez. Y Ahmad y su esposa estaban invitados á ir á pasar en su casa el día y la noche. Y entonces pensó poner en ejecución un proyecto que habia ideado. Fué, pues, en busca de su amigo Mahmud, que continuaba siendo el único en ignorar que engañaba á su amigo, y cuando le encontró le invitó á acompañarle para participar del festín del tío. Y se sentaron todos ante las bandejas cargadas de manjares, en medio del patio iluminado y colgado de tapices y adornado de banderolas y estandartes. Y las mujeres podían ver así, desde las ventanas del harén, sin ser vistas, cuanto pasaba en el patio y oír lo que se decía. Y durante la comida, Ahmad llevó la conversación por el camino de las anécdotas licenciosas, que gustaban muy particularmente al padre de su esposa. Y cuando cada cual hubo contado lo que sabía sobre aquel motivo alegre, Ahmad dijo, mostrando á su amigo Mahmud: «¡Por Alah! nuestro hermano Mahmud, á quien tenéis aquí, me contó una vez cierta anécdota verdadera, de la que fué héroe él mismo, y que por sí sola es más regocijante que todo lo que acabamos de oír. Y exclamó el tío: «Cuéntanosla, joh saied Mahmud!»

Y añadieron todos los presentes: «¡Sí, por Alah sobre ti, cuéntanosla!» Y dijo Ahmad: «¡Ya sabes que me refiero á la historia de la joven gorda y blanca como la manteca!» Y Mahmud, halagado por ser objeto de todos los ruegos, se puso á contar su primera entrevista con la joven que iba acompañada de su niño á las tiendas del Muled. Y empezó á dar detalles tan precisos acerca de la joven y de su casa, que el tío de Ahmad no tardó en advertir que se trataba de su propia hija. Y Ahmad no cabía en sí de júbilo, convencido de que por fin iba á probar ante testigos la infidelidad de su esposa y á repudiarla, privándola de todos sus derechos á la dote del matrimonio. Y ya iba el tío á levantarse con las cejas fruncidas para hacer quién sabe qué, cuando se dejó oír un grito estridente y doloroso, como de un niño á quien se hubiese pellizcado; y vuelto de pronto á la realidad por aquel grito, Mahmud tuvo la suficiente presencia de ánimo para cambiar el hilo de la historia, terminando así: «Y llevando yo á hombros el niño de la joven, quise, una vez que entré en el patio, subir al harén con el niño. Pero (¡alejado sea el Maligno!) había dado, para mi desgracia, con una mujer honrada que, al comprender mi audacia, me arrebató de los brazos el niño y me dió en el rostro un puñetazo, del que todavía tengo señal. ¡Y me expulsó, amenazándome con llamar á los vecinos! ¡Alah la maldiga!»

Y el tío, padre de la joven, al oír este final de la historia, se echó á reír á carcajadas, así como

todos los concurrentes. Pero sólo Ahmad no tenía gana de reir, y se preguntaba, sin poder comprender el motivo, por qué habría variado así Mahmud el final de su historia. Y terminada la comida, se acercó á él, y le preguntó: «Por Alah sobre ti, ¿quieres decirme por qué no has contado la cosa como pasó?» Y contestó Mahmud: «¡Escucha! Por ese grito de niño que todo el mundo ha oído, acabo de comprender que aquel niño y su madre se encontraban en el harén, y que, por consiguiente, también debía contarse el marido en el número de los invitados. ¡Y me he apresurado á volver inocente á la mujer, para no atraernos sobre ambos una aventura desagradable! ¿Pero no es cierto ¡oh hermano mío! que, á pesar de la modificación, la historia ha divertido mucho á tu tío?» Pero Ahmad, muy amarillo, abandonó á su amigo sin contestar á la pregunta. Y al siguiente día repudió á su mujer y partió para la Meca, á fin de santificarse con los peregrinos.

Y de tal suerte pudo Mahmud, después del plazo legal, casarse con su amante y vivir dichoso con ella, porque no presumía ni por asomo de conocer á las mujeres ni de estar ducho en el arte de sorprender sus estratagemas y prevenir sus jugarretas. ¡Pero Alah es el único sabio!»

Y tras de contar así esta historia, se calló el pescador tragador de haschisch, que se había convertido en chambelán.

Y exclamó el sultán, en el límite del entusiasmo: «¡Oh chambelán mío! ¡oh lengua de miel! ¡te nombro gran visir!» Y como en aquel momento precisamente entraban en la sala de audiencias dos querellantes reclamando del sultán justicia, el pescador, convertido en gran visir, quedó encargado, acto seguido, de escuchar su querella, de arreglar su diferencia y de dictar sentencia en el litigio. Y el nuevo gran visir, revestido con las insignias de su cargo, dijo á ambos querellantes: «Aproximaos y contad el motivo que os trae entre las manos de nuestro señor el sultán.»

Y he aquí su historia:



La sentencia del fragador de haschisch



«Cuando el nuevo gran visir ¡oh rey afortunado! —continuó el agricultor que había llevado los cohombros—ordenó á los querellantes que hablaran, el primero dijo: «¡Oh mi señor! tengo queja de este hombre.» Y el visir preguntó: «¿Y cuál es tu queja?» El interpelado dijo: «¡Oh mi señor! abajo, á la puerta del diván, tengo una vaca con su ternero. Y he aquí que esta mañana iba yo con ellos á mi prado de alfalfa para que pastaran; y mi vaca iba delante de mí, y su ternerillo la seguía, haciendo cabriolas, cuando vi llegar en dirección nuestra á este hombre

que aquí ves, montado en una yegua que iba acompañada de su cría, una potranca contrahecha y digna de lástima, un verdadero aborto.

»Al ver á la potranca, mi ternero corrió á entablar conocimiento con ella, y empezó á saltar en torno suyo y á acariciarla en la barriga con su hocico, á husmearla y á jugar con ella de mil maneras, tan pronto alejándose, para buscarla luego mimosamente, como levantando por el aire con sus pezuñitas los guijarros del camino.

»Y de pronto, ¡oh mi señor! este hombre que ves aquí, que es un bruto, este propietario de la yegua, se apeó del animal y se acercó á mi ternero juguetón y hermoso, y le echó una cuerda al pescuezo, diciéndome: «¡Me lo llevo! ¡Porque no quiero que se pervierta mi ternero jugando con esa miserable potranca, hija de tu vaca y posteridad suya!» Y se encaró con mi ternero y le dijo: «Ven, ¡oh hijo de mi yegua y descendencia suya!» ¡Y á pesar de mis gritos de asombro y de mis protestas, se llevó á mi ternero, dejándome la miserable potranca, que está abajo con su madre, y amenazándome con matarme si intentaba yo recuperar lo que me pertenece y es de mi propiedad ante Alah que nos ve y ante los hombres!»

Entonces, el nuevo gran visir, que era el pescador tragador de haschisch, se encaró con el otro litigante y le dijo: «Y tú, ¡oh hombre! ¿qué tienes que decir después de las palabras que acabas de oír?» Y el hombre contestó: «¡Oh mi señor! ¡notorio

es, en verdad, que el ternero es producto de mi yegua y que la potranca desciende de la vaca de este hombre!» Y dijo el visir: «¿Acaso ahora las vacas paren potrancas y las yeguas paren terneros? ¡Se trata de una cosa que hasta hoy no podía admitirse por un hombre dotado de buen sentido!» Y contestó el hombre: «¡Oh mi señor! ¿no sabes que nada es imposible para Alah, que crea lo que quiere y siembra donde quiere, y que la criatura no tiene que hacer mas que inclinarse, loarle y glorificarle?» Y dijo el gran visir: «¡Ciertamente, ciertamente! ¡verdad dices, ¡oh hombre! y nada es imposible para el poder del Altísimo, que puede hacer que los terneros desciendan de las yeguas y los potros de las vacas!» Luego añadió: «¡Pero antes de dejarte el ternero hijo de tu yegua y de devolver al que se querella de ti lo que le pertenece, quiero asimismo ponerlos á ambos por testigos de otro efecto de la omnipotencia del Altísimo!»

Y el visir ordenó que le llevasen un ratón y un costal grande lleno de trigo. Y dijo á los dos querellantes: «¡Mirad con atención lo que va á pasar, y no pronunciéis ni una palabra!» Luego se encaró con el segundo litigante, y le dijo: «Tú, ¡oh dueño del ternero hijo de la yegua! toma este costal de trigo y cárgale á lomos de este ratón.» Y exclamó el hombre: «¡Oh mi señor! ¿cómo voy á poner este costal tan grande encima de este ratón sin que le aplaste?» Y el visir le dijo: «¡Oh hombre de poca fe! ¿cómo te atreves á dudar de la omnipotencia

del Altísimo, que ha hecho nacer de tu yegua el ternero?» Y ordenó á los guardias que se apoderaran del hombre, y en castigo á su ignorancia y á su impiedad, le aplicaran una paliza. É hizo devolver al primer querellante el ternero con su madre, ¡y también le dió la potranca con su madre!»

Y tal es ¡oh rey del tiempo!—continuó el agricultor que había llevado el cesto de frutas—la historia completa del pescador tragador de haschisch, convertido en gran visir del sultán. Y este último detalle sirve para demostrar cuán grande era su sabiduría, cómo sabía extraer la verdad por la reducción al absurdo, y cuánta razón había tenido el sultán en nombrarle gran visir, y en tenerle por comensal, y en colmarle de honores y prerrogativas. ¡Pero Alah es más generoso y más prudente y más magnánimo y más bienhechor!»

Cuando el sultán hubo oído de labios del felah esta serie de anécdotas, se irguió sobre ambos pies, en el límite del júbilo, y exclamó: «¡Oh jeique de los hombres deliciosos! ¡oh lengua de azúcar y de miel! ¿quién, pues, merece ser gran visir mejor que tú, que sabes pensar con precisión, hablar con armonía y contar con gracia, delicias y perfección?» Y en el momento le nombró gran visir, y le hizo su comensal íntimo, y no se separó ya de él hasta la llegada de la Separadora de amigos y Destructora de sociedades.

«Y ahí tienes—continuó Schahrazada hablando con el rey Schahriar—cuanto he leído ¡oh rey afor-

tunado! en «El Diván de los fáciles donaires y de la alegre sabiduría!» Y su hermana Doniazada exclamó: «¡Oh hermana mía! ¡cuán dulces y sabrosas y deleitosas y regocijantes y deliciosas en su frescura son tus palabras!» Y dijo Schahrazada: «Pues ¿qué es eso comparado con lo que contaré mañana al rey acerca de LA BELLA PRINCESA NURENNAHAR, caso de que me halle con vida y me lo permita nuestro señor el rey?» Y el rey Schahriar se dijo: «¡Claro que lo permitiré, pues quiero oír esa historia, que no conozco!»

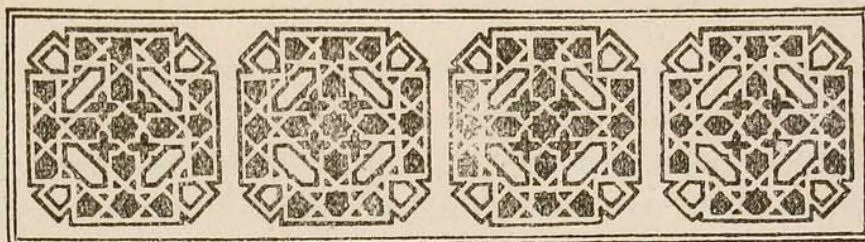


*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 807.^a NOCHE*

La pequeña Doniazada dijo á su hermana: «¡Oh hermana mía! ¡date prisa á empezar la historia prometida, ya que te lo permite nuestro señor, este rey dotado de buenas maneras!» Y dijo Schahrazada: «¡De todo corazón amistoso y como homenaje debido á este rey bien educado!» Y contó:







HISTORIA DE LA PRINCESA NURENNAHAR Y DE LA BELLA GENNIA



He llegado á saber ¡oh rey afortunado! que en la antigüedad del tiempo y el pasado de las edades y de los momentos había un rey valiente y poderoso, que fué dotado por Alah el Generoso con tres hijos como lunas y que se llamaban: el mayor, Alí; el segundo, Hassán, y el pequeño, Hossein. Y estos tres príncipes se educaron en el palacio de su padre con la hija de su tío, la princesa Nurennahar, que era huérfana de padre y madre, y que no tenía par en belleza, en ingenio, en encantos y en perfecciones entre las hijas de los hombres, pues por los ojos era comparable á la gacela asustada; por la boca á las corolas de las rosas y á las perlas; por las mejillas

á los narcisos y á las anémonas, y por el talle á la flexible rama del árbol ban. Y creció con los tres jóvenes príncipes, hijos de su tío, entre alegrías y felicidades, jugando con ellos, comiendo con ellos y durmiendo con ellos.

Y el sultán, tío de Nurennahar, tuvo siempre pensado dársela en matrimonio á algún hijo de rey, entre sus vecinos, cuando llegase ella á púber. Pero al tomar la princesa el velo de la pubertad, no tardó en advertir él que sus hijos, los tres príncipes, la amaban apasionadamente con un amor igual y deseaban con su corazón conquistarla y poseerla. Y se le turbó mucho el alma y quedó muy perplejo, y se dijo: «Si doy la princesa Nurennahar á uno de sus primos, con preferencia á los otros dos, éstos no quedarán contentos y murmurarán de mi decisión; y mi corazón no podrá sufrir el verles entristecidos y dolidos; y si la caso con algún otro príncipe extranjero, mis tres hijos llegarán al límite de la pena y de la angustia, y se les ennegrecerá y resentirá el alma, y quién sabe si en ese caso no se matarán de desesperación, ó no huirán de nuestra morada á algún país lejano en guerra. ¡En verdad, que el asunto está lleno de escollos y peligros y no es nada fácil de resolver!» Y el sultán estuvo reflexionando acerca del particular mucho tiempo, y de pronto levantó la cabeza y exclamó: «¡Por Alah, que todo está resuelto!» Y llamó, acto seguido, á los tres príncipes Ali, Hassán y Hossein, y les dijo: «¡Oh hijos míos! á mis ojos tenéis exactamente los

mismos méritos, y no puedo determinarme á preferir á uno de vosotros, con detrimento de sus hermanos, concediéndole en matrimonio á la princesa Nurennahar, y tampoco puedo casarla con vosotros tres á la vez. Pero he dado con un medio de satisfaceros por igual, sin lesionar á ninguno, y de mantener entre vosotros la concordia y el afecto. A vosotros, pues, cumple ahora escucharme atentamente y ejecutar lo que vais á oír. He aquí el plan que he discurrido: que cada uno de vosotros se vaya á viajar por diferente país, y que me traiga de allá la rareza que le parezca más singular y más extraordinaria. ¡Y daré la princesa, hija de vuestro tío, á quien vuelva con la maravilla más asombrosa! ¡Si consentís en ejecutar este plan que someto á vuestro criterio, estoy dispuesto á daros cuanto oro sea necesario para vuestro viaje y para la compra del objeto de vuestra elección!»

Los tres príncipes, que siempre fueron hijos sumisos y respetuosos, se adhirieron de común acuerdo á aquel proyecto de su padre, persuadido cada cual de que sería él quien llevara la rareza más maravillosa y llegaría á ser esposo de su prima Nurennahar. Y al verles el sultán tan bien dispuestos, les condujo al Tesoro, y les dió cuantos sacos de oro quisieron. Y después de recomendarles que no prolongaran demasiado su estancia en los países extranjeros, se despidió de ellos abrazándoles é invocando sobre sus cabezas las bendiciones. Y disfrazados de mercaderes ambulantes, y seguidos de un

sólo esclavo cada cual, salieron los tres príncipes de su morada en la paz de Alah, montados en sus caballos de noble raza.

Y comenzaron juntos su viaje, yendo á parar á un khan situado en un paraje en que el camino se dividía en tres. Y tras de regalarse con una comida que hubieron de prepararles los esclavos, quedó concertado entre ellos que su ausencia duraría un año, ni un día más ni un día menos. Y se dieron cita en el mismo khan para la vuelta, con la condición de que el que llegara primero esperaría á sus hermanos, á fin de que se presentaran los tres juntos ante su padre el sultán. Y terminada que fué su comida, se lavaron las manos; y después de abrazarse y desearse recíprocamente un retorno feliz, montaron á caballo, y cada cual tomó un camino diferente.

El príncipe Alí, que era el mayor de los tres hermanos, luego de tres meses de viaje por llanuras y montañas, praderas y desiertos, llegó á un país de la India marítima, que era el reino de Bischangar. Y se fué á habitar en el khan principal de los mercaderes, y alquiló la vivienda mayor y más limpia para él y para su esclavo. Y en cuanto descansó de las fatigas del viaje, salió para examinar la ciudad, que tenía tres murallas, y era de una amplitud de dos parasangas á la redonda. Y sin tardanza se encaminó al zoco, que le pareció admirable, formado como estaba por varias calles importantes que desembocaban en una plaza central

con un hermoso estanque de mármol en medio. Y todas aquellas calles estaban abovedadas y frescas y bien alumbradas por las aberturas que tenían en su parte alta. Y cada calle la ocupaban mercaderes de distinta especie, pero que tenían oficios análogos. Porque en una no se veían mas que telas finas de las Indias, estofas pintadas de colores vivos y puros, con dibujos que representaban animales, paisajes, bosques, jardines y flores, brocados de Persia y sedas de la China. Mientras que en otras se veían hermosas porcelanas, lozas brillantes, vasos de lindas formas, bandejas labradas y tazas de todos tamaños. En tanto que en la de al lado se veían grandes chales de Cachemira, que doblados cabrían en el hueco de la mano, de tan fino y delicado como era su tejido; alfombras para plegaria y tapices de todos tamaños. Y más hacia la izquierda, cerrada por ambos lados con puertas de acero, estaba la calle de los plateros y joyeros, relampagueante de pedrerías, de diamantes y de filigranas de oro y plata en prodigiosa confusión. Y al pasearse por aquellos zocos deslumbradores, observó con sorpresa que entre la multitud de indios y de indias que se agrupaban ante los escaparates de las tiendas, incluso las mujeres del pueblo llevaban collares, brazaletes y adornos en las piernas, en los pies, en las orejas y hasta en la nariz, y que cuanto más blanco era el color de las mujeres, más elevado era su rango y más preciosas y espléndidas sus pre-seas, aun cuando el color negro de las otras tuviese

la ventaja de hacer resaltar mejor el brillo de las joyas y la blancura de las perlas.

Pero lo que sobre todo encantó al príncipe Alí fué la multitud de mozalbetes que vendían rosas y jazmines, y el mohín insinuante con que ofrecían estas flores, y la fluidez con que se escurrían entre la compacta muchedumbre de las calles. Y admiró la predilección singular de los indios por las flores, que llegaba hasta el punto de que no solamente las llevaban en el pelo y en la mano, sino también en las orejas y en las narices. Y además, todas las tiendas estaban provistas de búcaros llenos de aquellas rosas y de aquellos jazmines; y el zoco estaba embalsamado con su olor, y se paseaba uno por allí como por un jardín colgante.

Cuando el príncipe Alí se regocijó de aquel modo los ojos con el espectáculo de todas aquellas cosas hermosas, quiso descansar un poco, y aceptó la invitación de un mercader que estaba sentado delante de su tienda y con el gesto y la sonrisa le incitaba á que entrara á descansar. Y en cuanto entró, el mercader le cedió el sitio de honor y le ofreció refrescos, y no le hizo ninguna pregunta ociosa ó indiscreta, y no le comprometió á hacer ninguna compra, que tan lleno de cortesía y dotado de buenas maneras estaba. Y el príncipe Alí apreció en extremo todo aquello, y se dijo: «¡Qué encantador país, y qué habitantes tan deliciosos!» Y quiso comprarle en el momento todo lo que tenía en su tienda, de tanto como le sedujo la finura y el don de gentes

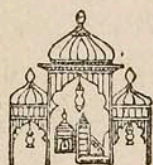
del mercader. Pero luego reflexionó que no sabía qué hacer después con todas aquellas mercancías, y se limitó, por el pronto, á entablar más amplio conocimiento con el mercader.

Y he aquí que, mientras conversaba con él y le interrogaba acerca de los usos y costumbres de los indios, vió pasar por delante de la tienda á un subastador que llevaba al brazo un alfombrín de unos seis pies cuadrados. Y parándose de repente, el vendedor aquel volvió la cabeza de derecha á izquierda y voceó: «¡Oh gente del zoco! ¡oh compradores! ¡no perderá quien compre! ¡En treinta mil dinares de oro la alfombra! ¡La alfombra de plegaria ¡oh compradores! en treinta mil dinares de oro! ¡No perderá quien compre!»

Al oír este pregón, el príncipe Ali se dijo: «¡Qué país tan prodigioso! ¡una alfombra de plegaria en treinta mil dinares de oro! ¡he ahí una cosa como jamás la oí! ¿No querrá bromear este vendedor?» Luego, al ver que el vendedor repetía su pregón volviéndose hacia él, como quien habla en serio, le hizo seña de que se aproximara y le dijo que le mostrase la alfombra más de cerca. Y el vendedor extendió la alfombra sin decir palabra; y el príncipe Ali la examinó con detenimiento, y acabó por decir: «¡Oh vendedor! ¡por Alah, que no veo por qué puede valer esta alfombra el precio exorbitante á que la voceas!» Y el vendedor sonrió, y dijo: «¡Oh mi señor! ¡no te asombres tan pronto de ese precio, que no es excesivo en comparación con lo que realmente

vale la alfombra! ¡Y mayor aún será tu asombro cuando te diga que tengo orden de hacer subir el tal precio en subasta hasta cuarenta mil dinares de oro, y de no entregar la alfombra mas que á quien me pague esta suma al contado!» Y el príncipe Alí exclamó: «Verdaderamente, ¡oh vendedor! es preciso ¡por Alah! que, para valer semejante precio, esta alfombra sea admirable por algo que ignoro ó que no distingo.»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 808.^a NOCHE*

Ella dijo:

...«Verdaderamente, ¡oh vendedor! es preciso ¡por Alah! que, para valer semejante precio, esta alfombra sea admirable por algo que ignoro ó que no distingo.» Y dijo el vendedor: «¡Tú lo has dicho, señor! ¡Has de saber que, en efecto, esta alfombra está dotada de una virtud invisible que hace que al sentarse en ella sea uno transportado inmediatamente adonde quiera ir, y con tanta rapidez, que se efectúa en menos tiempo del que se tarda en cerrar un ojo y abrir el otro! Y ningún obstáculo es capaz de detenerla en su marcha, porque ante ella

se aleja la tempestad, huye la tormenta, se entreabren las montañas y las murallas, y por lo mismo, resultan inútiles y vanos los candados más sólidos. ¡Y tal es ¡oh mi señor! la virtud invisible de esta alfombra de plegaria!»

Y tras de hablar así, sin añadir una palabra más, el vendedor comenzaba á doblar la alfombra como para marcharse, cuando exclamó el príncipe Alí, en el límite de la alegría: «¡Oh vendedor de bendición! ¡si esta alfombra es verdaderamente tan extraordinaria como me dan á entender tus palabras, dispuesto estoy á pagarte no solamente los cuarenta mil dinares de oro que pides, sino otros mil más de regalo para ti por el corretaje! ¡Pero es preciso que vea con mis ojos y toque con mis manos!» Y el vendedor contestó sin inmutarse: «¿Dónde están los cuarenta mil dinares de oro, ¡oh mi señor!? ¿Y dónde están los otros mil que me promete tu generosidad?» Y contestó el príncipe Alí: «¡Están en el khan principal de los mercaderes, donde me alojo con mi esclavo! ¡Y allá iré contigo para contártelos, una vez que haya visto y tocado!» Y contestó el vendedor: «¡Por encima de mi cabeza y de mis ojos! Pero el khan principal de los mercaderes está bastante lejos, y llegaremos más de prisa en esta alfombra que con nuestros pies!» Y encarándose con el dueño de la tienda, le dijo: «¡Con tu permiso!» Y se metió en la trastienda, y extendiendo la alfombra, rogó al príncipe que se sentara en ella. Y sentándose junto á él, le dijo: «¡Oh mi señor!

¡desea mentalmente que se te transporte á tu khan y á tu propio domicilio!» Y el príncipe Alí formuló en su alma el deseo. Y antes de que tuviese tiempo de despedirse del dueño de la tienda, que le había recibido tan finamente, se vió transportado á su propio aposento, sin sacudidas y sin incomodidad, en la misma postura en que estaba, y sin poder darse cuenta de si había surcado los aires ó había pasado por debajo de tierra. Y el vendedor continuaba á su lado, sonriente y satisfecho. Y ya había acudido entre sus manos el esclavo para ponerse á sus órdenes.

Al adquirir aquella certeza de la virtud maravillosa de la alfombra, el príncipe Alí dijo á su esclavo: «¡Cuenta al instante á este hombre bendito cuarenta bolsas de mil dinares y ponle en la otra mano una bolsa de mil dinares!» Y el esclavo ejecutó la orden. Y dejando la alfombra al príncipe Alí, le dijo el vendedor: «¡Buena adquisición has hecho, ¡oh mi señor!» Y se fué por su camino.

En cuanto al príncipe Alí, convertido de tal suerte en poseedor de la alfombra encantada, llegó al límite de la satisfacción y de la alegría al pensar que había encontrado una rareza tan extraordinaria no bien llegó á aquella ciudad y á aquel reino de Bischangar. Y exclamó: «¡*Maschalah!* ¡*Alhamdú lillah!* ¡He aquí que sin esfuerzo he conseguido lo que me proponía con mi viaje, y ya no dudo de ganar á mis hermanos! ¡Y yo soy quien llegaré á esposo de la hija de mi tío, la princesa Nuren-

nahar! Y además, ¿cuál no será la alegría de mi padre y el asombro de mis hermanos cuando yo les haya hecho comprobar las cosas extraordinarias que puede hacer esta alfombra preciosa? ¡Porque es imposible que mis hermanos, por muy favorable que sea su destino, logren encontrar un objeto que de cerca ó de lejos pueda compararse con este!» Y así pensando, se dijo: «¿Y si partiera en seguida para mi país, ahora que para mí no existen distancias?» Luego de reflexionar, se acordó del plazo de un año que había convenido con sus hermanos, y comprendió que, si partía al instante, corría el riesgo de tener que esperarles mucho tiempo en el khan de los tres caminos, punto de cita. Y se dijo: «Entre espera y espera, prefiero pasar el tiempo aquí y no en el desierto khan de los tres caminos. Voy, pues, á distraerme en este país admirable, y al mismo tiempo á instruirme con lo que conozco.» Y desde el día siguiente, reanudó sus visitas á los zocos y sus paseos por la ciudad de Bischangar.

Y de tal suerte pudo admirar las curiosidades verdaderamente singulares de aquel país de la India. Entre otras cosas notables, vió, en efecto, un templo de ídolos todo de bronce, con una cúpula situada sobre una terraza á cincuenta codos de altura, y esculpida y coloreada con tres franjas de pinturas muy animadas y de gusto delicado; y todo el templo estaba adornado con bajos relieves de un trabajo exquisito y con dibujos entrelazados; y se hallaba enclavado en medio de un vasto jardín

plantado de rosas y otras flores buenas de oler y de mirar. Pero lo que constituía el atractivo principal de aquel templo de ídolos (¡confundidos y rotos sean!) era una estatua de oro macizo, de la altura de un hombre, que tenía por ojos dos rubíes móviles, y dispuestos con tanto arte, que parecían dos ojos con vida, y miraban á quien se ponía delante de ellos, siguiendo todos sus movimientos. Y por la mañana y por la noche los sacerdotes de los ídolos celebraban en el templo las ceremonias de su culto descreído, haciéndolas seguir de juegos, de conciertos de instrumentos, de concursos de mimos, de cantos de almeas, de danzas de bailarinas y de festines. Y por cierto que aquellos sacerdotes sólo se alimentaban con las ofrendas que continuamente les llevaba la muchedumbre de peregrinos desde el fondo de los países más distantes.

Y durante su estancia en Bischangar, el príncipe Ali pudo también ser espectador de una gran fiesta que se celebraba en aquel país todos los años, y á la cual asistían los walies de todas las provincias, los jefes del ejército, los bracmanes, que son los sacerdotes de los ídolos, y los jefes del culto descreído y una muchedumbre innumerable de pueblo. Y toda aquella asamblea se congregaba en una llanura inmensa, dominada por un edificio de altura prodigiosa, que albergaba al rey y á su corte, y estaba sostenido por ochenta columnas y pintado por fuera con paisajes, animales, pájaros, insectos y hasta moscas y mosquitos, y todo al natural. Y

junto á este edificio había tres ó cuatro estrados de una extensión considerable, en donde se sentaba el pueblo. Y lo singular de todas aquellas construcciones consistía en que eran movibles y se las transformaba por momentos, cambiándolas de fachada y de decorado. Y empezó el espectáculo con un concurso de equilibristas de una ingeniosidad extremada, y con juegos de manos y danzas de fakires. Luego se vieron avanzar en orden de batalla, alineados á poca distancia unos de otros, mil elefantes enjaezados suntuosamente y cargado cada uno con una torre cuadrada de madera dorada, con bailarines y tañedoras de instrumentos en cada torre. Y aquellos elefantes tenían la trompa y las orejas pintadas de bermellón y de cinabrio, los colmillos dorados por completo, y en sus cuerpos había dibujadas, con colores vivos, figuras que ostentaban millares de piernas y de brazos en contorsiones terroríficas ó grotescas. Y cuando aquel rebaño formidable llegó ante los espectadores, dos elefantes, que no estaban cargados con torres y que eran los mayores de aquel millar, salieron de las filas y avanzaron hasta el centro del círculo que formaban los estrados. Y uno de ellos, al son de los instrumentos, se puso á bailar, sosteniéndose de pie sobre sus patas traseras unas veces y sobre las delanteras otras. Luego trepó con agilidad hasta la parte alta de un poste clavado en tierra perpendicularmente, y agarrándose al extremo con las cuatro patas á la vez, se puso á batir el aire con su

trompa y á estirar las orejas y á mover la cabeza en todos sentidos al compás de los instrumentos, mientras el otro elefante se balanceaba agarrado al extremo de otro colocado horizontalmente por en medio sobre un soporte y con una piedra de un tamaño prodigioso sujeta al otro extremo para servir de contrapeso al animal, que subía y bajaba marcando con la cabeza la cadencia de la música.

Y el príncipe Alí quedó maravillado de todo aquello y de otras muchas cosas también. Así es que se dedicó á estudiar con interés creciente las costumbres de aquellos indios, tan distintos á la gente de su país, y continuó paseando y visitando á los mercaderes y á los notables del reino. Pero, como estaba atormentado de continuo por su amor á su prima Nurennahar, aunque no había transcurrido el año, no pudo permanecer alejado de su país por más tiempo, y resolvió abandonar la India para acercarse al objeto de sus pensamientos, persuadido de que sería más feliz al no sentirse separado de él por una distancia tan grande. Y cuando su esclavo se hubo arreglado con el portero sobre el precio de la vivienda, se sentó con él en la alfombra encantada y se recogió en sí mismo deseando con vehemencia ser transportado al khan de los tres caminos. Y como abriera los ojos, que hubo de cerrar por un instante para abstraerse, advirtió que había llegado al khan consabido. Y se levantó de la alfombra y entró en el khan con sus ropas de mercader, y se dispuso á esperar allí tran-

quilamente el regreso de sus hermanos. ¡Y esto es lo referente á él!

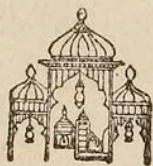
¡En cuanto al príncipe Hassán, segundo de los tres hermanos, he aquí lo que aconteció!

No bien se puso en camino, se encontró con una caravana que iba á Persia. Y se agregó á aquella caravana, y después de un viaje por llanuras y montañas, desiertos y praderas, llegó con ella á la capital del reino de Persia, que era la ciudad de Schiraz. Y por indicación de los mercaderes de la caravana, con los cuales había entablado amistad, fué á parar al khan principal de la ciudad. Y al día siguiente al de su llegada, en tanto que sus antiguos compañeros de viaje abrían los fardos é instalaban sus mercaderías, él se apresuró á salir para ver lo que hubiese que ver. Y se hizo conducir al zoco, que en aquel país se llama el Bazistán, y adonde se vendían las joyas, las pedrerías, los brocados, las estofas hermosas de seda, las telas finas y todas las mercancías preciosas. Y se puso á pasear por el Bazistán, maravillándose de la prodigiosa cantidad de cosas hermosas que descubría en las tiendas. Y por doquiera veía corredores y pregoneros que iban y venían en todos sentidos desenrollando hermosas piezas de seda, alfombras hermosas y otras cosas buenas que vendían en subasta.

Y he aquí que el príncipe Hassán vió, entre todos aquellos hombres tan atareados, á uno que te-

nía en la mano un canuto de marfil de una longitud de un pie y de un dedo de grueso. Y aquel hombre, en vez de tener el aspecto ávido y presuroso de los demás pregoneros y corredores, se paseaba con lentitud y gravedad, sosteniendo el canuto de marfil como un rey sostendría el cetro de su Imperio, y más majestuosamente aún...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 809.^a NOCHE*

Ella dijo:

...Y aquel hombre, en vez de tener el aspecto ávido y presuroso de los demás pregoneros y corredores, se paseaba con lentitud y gravedad, sosteniendo el canuto de marfil como un rey sostendría el cetro de su Imperio, y más majestuosamente aún. Y el príncipe Hassán se dijo: «¡He ahí un corredor que me inspira confianza!» Y ya iba á encararse con él para rogarle que le mostrara el canuto que llevaba de manera tan respetuosa, cuando le oyó gritar, pero con voz impregnada de un gran orgullo y de un énfasis magnífico: «¡Oh compradores! ¡no perderá quien compre! ¡En treinta mil dinares de oro el canuto de marfil! ¡Muerto está quien

lo hizo, y nunca más ha de dejarse ver! ¡Aquí tenéis el canuto de marfil! ¡Hace ver lo que hace ver! ¡No perderá quien le compre! ¡Quien quiera ver, puede ver! ¡Hace ver lo que hace ver! ¡Aquí tenéis el canuto de marfil!»

Al oír este pregón, el príncipe Hassán, que ya había dado un paso en dirección al vendedor, retrocedió con asombro, y encarándose con el mercader contra cuya tienda estaba apoyado, le dijo: «¡Por Alah sobre ti, ¡oh mi señor! dime si ese hombre, que á tan exorbitante precio pregona ese canuto de marfil, tiene sana la razón, ó si ha perdido todo buen sentido, ó si sólo por broma se conduce así!» Y contestó el dueño de la tienda: «¡Por Alah, ¡oh mi señor! puedo atestiguarle que ese hombre es el más honrado y el más cuerdo de nuestros subastadores, y á él es á quien los mercaderes utilizan con más frecuencia, á causa de la confianza que les inspira, y porque es el más antiguo en el oficio! ¡Y respondo de su buen sentido, á no ser que lo haya perdido esta mañana; pero no lo creo! ¡Preciso es, pues, que ese canuto valga los treinta mil dinares y aún más para que lo vocee á ese precio! ¡Y los valdrá por algo que no se note! ¡Por lo demás, si quieres, voy á llamarle, y le interrogarás tú mismo! Por tanto, te ruego que subas á sentarte en mi tienda y á descansar un momento.»

Y el príncipe Hassán aceptó la oferta, muy de agradecer, del mercader; y en cuanto estuvo sentado el joven, se acercó á la tienda el vendedor,

que había sido llamado por su nombre. Y el mercader le dijo: «¡Oh subastador amigo! el señor mercader que aquí ves está muy asombrado de oírte pregonar en treinta mil dinares ese canuto de marfil; y yo mismo estaría igual de asombrado si no te tuviera por un hombre dotado de exacta probidad. ¡Responde, pues, á este señor, á fin de que no siga formando de ti una opinión desventajosa!» Y el vendedor se encaró con el príncipe Hassán y le dijo: «¡En verdad ¡oh mi señor! que está permitida la duda á quien no ha visto! ¡Pero cuando hayas visto, no dudarás ya! En cuanto al precio del canuto, no es de treinta mil dinares, precio sólo para apertura de la subasta, sino de cuarenta mil. ¡Y tengo orden de no dejarlo en menos, y de no cedérselo mas que á quien lo pague al contado!» Y el príncipe Hassán dijo: «¡Quisiera creerte bajo tu palabra, ¡oh vendedor! pero aún tengo que saber la causa de que ese canuto merezca tal consideración y por qué singularidad se recomienda á la atención!» Y dijo el vendedor: «¡Has de saber ¡oh mi señor! que si miras con este canuto por el extremo que está provisto de este cristal, sea cualquiera la cosa que desees ver, quedarás satisfecho al punto y la verás!» Y dijo el príncipe Hassán: «¡Si es verdad lo que dices, ¡oh vendedor de bendición! no solamente te pagaré el precio que pides, sino mil dinares más de corretaje para ti!» Y añadió: «¡Date prisa á enseñarme por qué extremo debo mirar!» Y el vendedor se lo enseñó. Y el príncipe miró, deseando ver á la prin-

cesa Nurennahar. Y de pronto la vió, sentada en la bañera de su hammam, entre las manos de sus esclavas, que procedían á su tocado. Y reía ella, jugueteando con el agua, y se miraba en su espejo. Y al verla tan hermosa y tan próxima á él, el príncipe Hassán, en el límite de la emoción, no pudo menos de lanzar un grito agudo, y estuvo á punto de dejar escapar de su mano el canuto.

Y tras de adquirir así la prueba de que aquel canuto era la cosa más maravillosa que había en el mundo, no vaciló ni un instante en comprarlo, convencido de que jamás encontraría una rareza semejante para llevarla como fruto de su viaje, aunque durara este viaje diez años y tuviese él que recorrer el universo. É hizo seña al vendedor para que le siguiese. Y después de despedirse del mercader, fué al khan donde se alojaba, é hizo que su esclavo contase al vendedor las cuarenta bolsas de mil dinares, añadiendo otra por el corretaje. Y se convirtió en poseedor del canuto de marfil.

Y cuando el príncipe Hassán hubo hecho esta preciosa adquisición, no dudó de su preponderancia sobre sus hermanos, ni de su victoria ante ellos, ni de la conquista de su prima Nurennahar. Y lleno de alegría, como tenía tiempo sobrado, pensó en dedicarse á estudiar los usos y costumbres de los persas y á ver las curiosidades de la ciudad de Schiraz. Y se pasó los días paseando, mirando y escuchando. Y como estaba bien dotado de ingenio y tenía un alma sensible, frecuentó el

trato de los hombres instruídos y de los poetas, y se aprendió de memoria los poemas persas más hermosos. Y sólo entonces fué cuando se decidió á regresar á su país; y aprovechando la salida de la misma caravana, se agregó á los mercaderes que la componían y se puso en camino. Y Alah le escribió la seguridad, y llegó sin contratiempo al khan de los tres caminos, que era el punto de cita. Y se encontró allí con su hermano el príncipe Ali. Y se quedó con él, esperando el regreso de su tercer hermano. ¡Y esto es lo referente á él!

¡En cuanto al príncipe Hossein, que era el más joven de los tres príncipes, te ruego ¡oh rey afortunado! que acerques á mí tu oído, pues he aquí lo que le aconteció!

Después de un largo viaje que nada tuvo de extraordinario verdaderamente, llegó á una ciudad que le dijeron era Samarcanda. Y en efecto, era Samarcanda al-Ajam, la propia ciudad en que ahora reina tu glorioso hermano Schahzamán, ¡oh rey del tiempo! Y al día siguiente al de su llegada el príncipe Hossein se presentó en el zoco, que en la lengua del país se llama Bazar. Y aquel Bazar le pareció muy hermoso. Y mientras se paseaba, mirando á todos lados con sus dos ojos, vió de pronto á dos pasos de él un vendedor que tenía en la mano una manzana. Y era tan admirable aquella manzana, roja por un lado y dorada por otro, y gorda

como una sandía, que al punto deseó comprarla el príncipe Hossein, y preguntó al que la llevaba: «¿Cuánto vale esta manzana, ¡oh vendedor!?» Y dijo el vendedor: «El precio de tasa ¡oh mi señor! es treinta mil dinares de oro. ¡Pero tengo orden de no cederla mas que en cuarenta mil dinares, y al contado!» Y el príncipe Hossein exclamó: ¡Por Alah, ¡oh hombre! que esta manzana es muy hermosa, y jamás la vi igual en mi vida! ¡Pero sin duda quieres burlarte al pedir un precio tan exorbitante!» Y contestó el vendedor: «No, ¡oh mi señor! y por Alah que este precio que pido no es nada en comparación con el valor real de esta manzana. Porque, por muy hermosa y admirable que á la vista sea, nada es eso en comparación con su aroma. Y por muy bueno y delicioso que su aroma sea, nada es en comparación con sus virtudes. ¡Y por muy maravillosas que sean sus virtudes, ¡oh corona de mi cabeza! ¡oh hermoso señor mío! nada son en comparación con los efectos benéficos que reportan á los hombres!» Y dijo el príncipe Hossein: «¡Oh vendedor! ya que así es, date prisa á hacerme aspirar primero su aroma. Y luego me dirás cuáles son sus virtudes y efectos.» Y tendiendo la mano, el vendedor acercó la manzana á la nariz del príncipe, que hubo de aspirarla. Y tan penetrante y tan suave parecióle su aroma, que exclamó: «¡Ya Alah! ¡se me ha pasado todo el cansancio del viaje, y estoy como si acabara de salir del seno de mi madre! ¡Ah, qué inefable aroma!» Y dijo el vendedor:

«Pues bien, señor; ya que por ti mismo acabas de experimentar efectos tan inesperados aspirando el aroma de esta manzana, has de saber que la tal manzana no es natural, sino fabricada por la mano del hombre; y no es fruto de un árbol ciego é insensible, sino fruto del estudio y las vigiliass de un gran sabio, de un filósofo muy célebre, que se pasó toda la vida haciendo investigaciones y experiencias respecto á las virtudes de las plantas y de los minerales. Y logró la composición de esta manzana, que encierra en sí la quinta esencia de todos los cuerpos simples, de todas las plantas útiles y de todos los minerales curativos. En efecto, no hay enfermo, cualquiera que sea la calamidad de que esté afligido, aun cuando se trate de la peste, de la fiebre purpúrea ó de la lepra, que no recobre la salud al olerla, aunque esté moribundo. Y tú mismo inclusive acabas de sentir hasta cierto punto su efecto, pues que con su olor se te ha disipado el cansancio del viaje. Pero, para mayor certeza, quiero que con ella cure ante tus ojos un enfermo aquejado de un mal incurable, á fin de que estés seguro de sus virtudes y propiedades, como lo están todos los habitantes de esta ciudad. ¡No tienes, en efecto, mas que interrogar á los mercaderes que se han congregado aquí, y la mayoría de ellos te dirán que si están con vida todavía, es únicamente merced á esta manzana que ves!»

Y he aquí que, mientras hablaba así el vendedor, varias personas se habían parado y le habían

rodeado, diciendo: «¡Sí, por Alah, que todo eso es verdad! ¡Esa manzana es la reina de las manzanas y el más excelente de los remedios! ¡Y saca de las puertas de la muerte á los enfermos más desesperados!» Y como para confirmar todo lo bien que hablaban de ella, acertó á pasar por allí un pobre hombre ciego y paralítico, á quien un mozo llevaba á hombros en una banasta. Y el vendedor se acercó á él con viveza y le puso la manzana junto á la nariz. Y de repente el enfermo se levantó en la banasta, y saltando como un gato por encima de la cabeza del que le llevaba, echó á correr, abriendo unos ojos como tizones. Y todo el mundo le vió y dió fe de ello.

Entonces, convencido de la eficacia de aquella manzana maravillosa, el príncipe Hossein dijo al vendedor: «¡Oh rostro de buen augurio, te ruego que me sigas á mi khan!» Y le llevó al khan en que se alojaba, y le pagó los cuarenta mil dinares, y le dió una bolsa de mil dinares de regalo por el corretaje. Y convertido en poseedor de la manzana maravillosa, esperó con paciencia la salida de alguna caravana para volver á su país. Porque estaba persuadido de que con aquella manzana triunfaría fácilmente de sus dos hermanos y sería esposo de la princesa Nurennahar. Y cuando la caravana estuvo dispuesta, partió de Samarcanda, y después de las fatigas de un largo viaje, llegó en seguridad, con permiso de Alah, al khan de los tres caminos, donde le esperaban sus dos hermanos Ali y Hassán.

Y tras de abrazarse con mucha ternura y felicitarse mutuamente por su dichoso arribo, los tres príncipes...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 810.^a NOCHE*

Ella dijo:

...Y tras de abrazarse con mucha ternura y felicitarse mutuamente por su dichoso arribo, los tres príncipes se sentaron á comer juntos. Y después de la comida tomó la palabra el príncipe Alí, que era el mayor, y dijo: «¡Oh hermanos míos, tenemos por delante toda la vida para contarnos las particularidades de nuestro viaje! ¡Ahora sólo se trata de mostrarnos unos á otros la rareza traída, motivo y fruto de nuestra empresa, á fin de que podamos hacernos justicia de antemano y ver aproximadamente á quién dará la preferencia nuestro padre el sultán con respecto á nuestra prima, la princesa Nurrennahar!»

Y se calló por un momento, y añadió: «Por mi parte, como soy vuestro hermano mayor, voy á revelaros mi hallazgo. Sabed, pues, que mi viaje fué á la India marítima, al reino de Bischangar. Y todo

lo que he traído es esta alfombra de plegaria sobre la cual me veis sentado, y que es de lana corriente y de una apariencia sin suntuosidad. ¡Pero, merced á esta alfombra, espero conquistar á nuestra prima!» Y contó á sus hermanos toda la historia de la alfombra volante, y sus virtudes, y cómo se había servido de ella para, en un abrir y cerrar de ojos, regresar desde el reino de Bischangar. Y para dar más valor á sus palabras, rogó á sus hermanos que se sentaran con él en la alfombra, y les hizo efectuar por el aire un viaje, que duró lo que un parpadeo, y que en otros vehículos hubiera necesitado meses para llevarlo á cabo. Luego añadió: «¡Ahora supongo que me diréis si lo que habéis traído puede compararse con mi alfombra!» Y cuando hubo acabado de ensalzar de tal suerte el objeto que poseía, se calló.

Y á su vez tomó la palabra el príncipe Hassán, y dijo: «En verdad ¡oh hermano mío! que esta alfombra volante es cosa prodigiosa, y en mi vida la he visto parecida. Pero por muy admirable que sea, ambos convendréis conmigo en que puede haber en el mundo otras cosas dignas de atención; y para daros prueba de ello, aquí tenéis este canuto de marfil, que á primera vista no parece una rareza tan extraordinaria. No obstante, podéis creer que me ha costado lo que me ha costado y que, á pesar de su apariencia modesta, es un objeto de lo más maravilloso. Y no dudaréis en creerme cuando hayáis aplicado un ojo al extremo de este canuto,

donde tiene este cristal. ¡Mirad de la manera que voy á enseñaros!»

Y acercó el canuto de marfil á su ojo derecho, cerrando el ojo izquierdo, y diciendo: «¡Oh canuto de marfil, hazme ver en seguida á la princesa Nurrennahar!» Y miró á través del cristal. ¡Y sus dos hermanos, que tenían los ojos fijos en él, llegaron al límite del asombro al ver que de repente se le demudaba el semblante y se ponía muy amarillo, como bajo la pesadumbre de una gran aflicción! Y antes de que tuviesen tiempo de interrogarle, exclamó: «¡No hay fuerza ni recurso mas que en Alah! ¡Oh hermanos míos! ¡en vano fué que los tres emprendiéramos un viaje tan penoso en espera de la dicha! ¡Ay! ¡dentro de algunos instantes nuestra prima estará sin vida ya, porque acabo de verla en su lecho rodeada por sus mujeres llorosas y por los eunucos desesperados! ¡Vosotros mismos juzgaréis, por cierto, del estado lamentable á que se ve reducida, para calamidad nuestra!» Y así diciendo, entregó el canuto de marfil al príncipe Alí, indicándole que formulara mentalmente el anhelo de ver á la princesa. Y el príncipe Alí miró á través del cristal y retrocedió tan afligido como su hermano. Y el príncipe Hossein le quitó de las manos el canuto, y vió el mismo espectáculo entristecedor. Pero, lejos de mostrarse tan afligido como sus hermanos, se echó á reir, y dijo: «¡Oh hermanos míos! ¡refrescad vuestros ojos y calmad vuestra alma, pues aunque, á juzgar por lo que hemos visto, es

bastante grave la enfermedad de nuestra prima, no podrá resistir á las propiedades de esta manzana que aquí veis, y cuyo solo aroma resucita á los muertos en el fondo de los sepulcros!» Y en pocas palabras les contó la historia de la manzana y sus virtudes y los efectos de sus virtudes, y les aseguró que sin duda curaría á su prima.

Al oír estas palabras, exclamó el príncipe Ali: «En ese caso, ¡oh hermano mío! no tenemos mas que trasladarnos con toda diligencia á nuestro palacio, utilizando para ello mi alfombra. Y experimentarás en nuestra bienamada prima la virtud salvadora de esa manzana.»

Y los tres príncipes dieron orden á sus esclavos de que montaran á caballo para reunirse con ellos más tarde, y les despidieron. Luego, sentándose en la alfombra, formularon á la vez el mismo deseo de ser transportados al aposento de la princesa Nurennahar. Y en un abrir y cerrar de ojos encontráronse en medio de la habitación de la princesa sentados en la alfombra.

Así es que cuando las mujeres y los eunucos de Nurennahar vieron de pronto en la estancia á los tres príncipes, sin comprender cómo habían llegado, se sintieron poseídos de terror y asombro. Y los eunucos no les reconocieron en un principio, tomándoles por extranjeros, y ya estaban á punto de arrojarse sobre ellos, cuando volvieron de su error. Y los tres hermanos se levantaron de la alfombra en seguida; y el príncipe Hossein se acercó

con presteza al lecho en que yacía Nurennahar en la agonía, y le acercó á las narices la manzana maravillosa. Y la princesa abrió los ojos, movió de un lado á otro la cabeza, mirando con asombro á las personas que la rodeaban, y se incorporó. Y sonrió á sus primos y les dió á besar su mano, deseándoles la bienvenida, y se informó de su viaje. Y le hicieron presente cuán dichosos eran de haber llegado á tiempo para contribuir á su curación, con ayuda de Alah. Y las mujeres la enteraron de cómo habían llegado los tres hermanos, y de cómo la había vuelto á la vida el príncipe Hossein haciéndole aspirar el olor de la manzana. Y Nurennahar les dió las gracias á todos, y al príncipe Hossein en particular. Luego, como mandara ella que la vistiesen, sus primos se despidieron, haciendo votos por la larga duración de su vida, y se retiraron.

Y dejando á su prima al cuidado de las mujeres, los tres hermanos fueron á echarse á los pies de su padre el sultán, y le presentaron sus respetos. Y el sultán, que ya estaba prevenido por los eunucos de su llegada y de la curación de la princesa, les levantó y les abrazó y se alegró de verles llegar con buena salud. Y tras de dar rienda suelta de aquel modo á su mutuo afecto, los tres príncipes presentaron al sultán la rareza que había traído cada uno de ellos. Y después que le hubieron explicado lo que tenían que explicarle acerca del particular, le suplicaron que diera su opinión y manifestara su preferencia.

Cuando el sultán hubo oído todo lo que sus hijos quisieron decirle para encomiar lo que habían traído, y cuando hubo escuchado sin interrumpirles lo que le contaban con respecto á la curación de su prima, se quedó silencioso por algún tiempo, reflexionando profundamente. Tras de lo cual, levantó la cabeza y les dijo: «¡Oh hijos míos! el asunto es muy delicado, y resulta todavía más difícil de resolver que antes de vuestra marcha. Porque por un lado encuentro que las rarezas que me traéis se equiparan con toda justicia, y por otro lado veo que, cada una por su parte, todas han contribuido por igual á la curación de vuestra prima. En efecto, el canuto de marfil fué el primero en descubrir lo que ocurría á la princesa; y la alfombra os transportó á presencia suya con toda diligencia; y la ha curado la manzana. Pero no se habría producido, con asentimiento de Alah, tan maravilloso resultado si hubiese faltado alguna de esas rarezas. Así es que al presente veis á vuestro padre más perplejo aún que antes para hacer su elección. ¡Y vosotros mismos, que estáis dotados del sentido de la justicia, debéis hallaros tan perplejos y fluctuantes como yo me hallo!»

Y habiendo hablado de tal suerte con sabiduría é imparcialidad, el sultán se puso á reflexionar acerca de la situación. Y al cabo de una hora de tiempo exclamó: «¡Oh hijos míos! me queda un solo medio para salir del atolladero. Y voy á indicároslo. Consiste ¡oh hijos míos! en lo siguiente: Como

hasta la noche os queda tiempo todavía, coged cada cual un arco y una flecha, y saliendo de la ciudad, id al meidán donde se celebran las justas de caballeros, y yo iré con vosotros. ¡Y declaro que daré por esposa la princesa Nurennahar á aquel de vosotros que tire la flecha más lejos!» Y los tres príncipes contestaron con el oído y la obediencia. Y fueron juntos al meidán, seguidos de numerosos oficiales de palacio.

Y como el príncipe Ali era el mayor, cogió su arco y una flecha y tiró el primero; y el príncipe Hassán tiró el segundo, y su flecha fué á caer más lejos que la de su hermano mayor. Y el tercero en tirar fué el príncipe Hossein; pero ninguno de los oficiales apostados de trecho en trecho en un largo recorrido vió caer su flecha, que hendió los aires en línea recta y se perdió en la lejanía. Y corrieron y la buscaron; pero á pesar de todas las pesquisas y de la atención que en ello se puso, no fué posible encontrar la flecha.

Entonces, ante todos sus oficiales reunidos, el sultán dijo á los tres príncipes: «¡Oh hijos míos! ¡ya veis que la suerte está echada! Aunque parezca que tú ¡oh Hossein! eres quien llegó más lejos, no eres el vencedor, porque es necesario que se encuentre la flecha para que la victoria se pronuncie evidente y cierta. Y me veo en la obligación de declarar vencedor á mi segundo hijo Hassán, cuya flecha ha caído más lejos que la de su hermano mayor. Así, pues, ¡oh hijo mío Hassán! eres tú, incontestable-

mente, quien llegará á ser esposo de la hija de tu tío, la princesa Nurennahar. ¡Porque ese es su destino!»

Y habiendo decidido de tal suerte, el sultán dió al punto las órdenes oportunas para los preparativos y las ceremonias de las bodas de su hijo Hassán con la princesa Nurennahar. Y pocos días después se celebraron las nupcias con gran magnificencia. ¡Y he aquí lo referente al príncipe Hassán y á su esposa Nurennahar!

En cuanto al príncipe Ali, no quiso asistir á las ceremonias del matrimonio, y como era muy viva su pasión por su prima y no tenía objeto en lo sucesivo, no pudo resolverse á vivir en palacio, y en sesión pública renunció de buen grado á la sucesión al trono de su padre. Y vistió el hábito de derviche, y fué á ponerse bajo la dirección espiritual de un jeique reputado por su santidad, su ciencia y su vida ejemplar en el fondo de la más retirada de las soledades. ¡Y esto es lo referente á él!

¡Pero por lo que atañe al príncipe Hossein, cuya flecha habíase perdido en la lejanía, he aquí lo que le aconteció!...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 811.^a NOCHE*

Ella dijo:

...¡Pero por lo que atañe al príncipe Hossein, cuya flecha habíase perdido en la lejanía, he aquí lo que le aconteció!

Así como su hermano Ali se había abstenido de asistir á las bodas del príncipe Hassán y la princesa Nurennahar, también se abstuvo de tomar parte en ellas. Pero no vistió, como su hermano, el hábito de derviche, y lejos de renunciar á la vida del mundo, resolvió averiguar qué era lo que hubo de privarle de su merecido, y á tal fin se dedicó á la busca de la flecha, que no creía irremediabilmente desaparecida. Y mientras en el palacio proseguían las fiestas con motivo de las bodas, salió sin tardanza, á escondidas de su servidumbre, y fué al paraje del meidán en que tuvo lugar la experiencia. Y desde allí echó á andar en línea recta, en la dirección seguida por la flecha, mirando á derecha y á izquierda con atención á cada paso. Y así llegó hasta muy lejos, sin descubrir nada. Pero, en vez de desalentarse, continuó andando más y más, siempre en línea recta, hasta que llegó á una pared de rocas que tapaban completamente el horizonte. Y se dijo que si la flecha había de encontrarse en alguna parte,

no podría estar ya mas que allí, pues que no habría podido clavarse en aquel muro de rocas. Y apenas había acabado de formular para sí mismo este pensamiento, cuando divisó en tierra, caída con la punta hacia adelante y no clavada en el suelo, la flecha marcada con su nombre, la misma que hubo de lanzar con su propia mano. Y se dijo: «¡Oh prodigio! ¡*Ualahi!* ni yo ni nadie en el mundo podríamos con nuestro solo esfuerzo disparar tan lejos una flecha. Y el caso es que no solamente ha llegado á esta distancia inaudita, sino que incluso ha debido rebotar con vigor contra la roca, que la ha rechazado con su resistencia. ¡He ahí una cosa extraordinaria! ¿Y quién sabe qué misterio hay en todo esto?»

Y cuando, tras de recoger la flecha, estaba tan pronto contemplándola como mirando la roca en que había rebotado, observó en aquella roca una cavidad tallada en forma de puerta, y se acercó á ella y vió que, realmente, era una puerta disimulada, sin candado ni cerradura, tallada á golpes en la roca, y que sólo se advertía por la ligera separación que la circundaba. Y con un movimiento muy natural en caso semejante, la empujó, sin poder creer que fuese á abrirse con aquella presión. Y se asombró mucho al notar que la puerta cedía bajo su mano y giraba sobre sí misma, lo mismo que si descansase sobre goznes engrasados recientemente. Y sin reflexionar mucho en lo que hacía, entró el joven, con su flecha en la mano, en la galería de

pendiente suave á que daba acceso aquella puerta. Pero en cuanto hubo franqueado el umbral, como movida por su propio esfuerzo, la puerta volvió á girar sobre sí misma y tapó por completo la entrada de la galería. Y el príncipe se encontró sumido en densas tinieblas. Y por más que trató de abrir la puerta otra vez, sólo consiguió lastimarse las manos y romperse las uñas.

Entonces, como ya no podía pensar en salir, y como estaba dotado de un corazón valeroso, no vaciló en aventurarse por las tinieblas siguiendo la pendiente suave de la galería. Y en seguida vió brillar una luz, hacia la cual hubo de dirigirse presuroso; y se encontró en la salida de la galería. Y de pronto vióse bajo el cielo raso, frente á una llanura verdeante, en medio de la cual se alzaba un magnífico palacio. Y antes de que tuviese tiempo de admirar la arquitectura de aquel palacio, salió de él una dama, que avanzó hacia el joven rodeada por un grupo de otras damas, de las cuales, á no dudar, era el ama, á juzgar solamente por su belleza maravillosa y su porte majestuoso. É iba vestida con telas inconsútiles y llevaba sueltos los cabellos, que le caían hasta los pies. Y se adelantó con paso ligero hasta la entrada de la galería, y extendiendo la mano con un gesto lleno de cordialidad, dijo: «Bien venido seas aquí, ¡oh príncipe Hossein!»

Y el joven príncipe, que se había inclinado profundamente al verla, llegó al límite del asombro cuando oyó llamarle por su nombre á una dama á

quien jamás había visto y que vivía en un país del que nunca había oído hablar él, aunque estuviese tan próximo á la capital de su reino. Y como abriera ya la boca para manifestar su sorpresa, la maravillosa joven le dijo: «¡No me interrogues! ¡Yo misma satisfaré tu legítima curiosidad cuando estemos en mi palacio!» Y sonriendo, le cogió de la mano y le condujo por las avenidas á la sala de recepción, que se abría por un pórtico de mármol que daba al jardín. Y le hizo sentarse junto á ella en el sofá que había en medio de aquella sala espléndida. Y tomándole una mano entre las suyas, le dijo: «¡Oh encantador príncipe Hossein! tu sorpresa cesará cuando sepas que te conozco desde que naciste y que te sonreí en tu cuna. Y mi destino está escrito sobre ti. Y yo fui quien hice poner á la venta en Samarcanda la manzana milagrosa que compraste, y en Bischangar la alfombra de plegaria que se llevó tu hermano Alí, y en Schiraz el canuto de marfil que encontró tu hermano Hassán. Y esto debe bastar para hacerte comprender que no ignoro nada de lo que te concierne. Y puesto que mi destino va unido al tuyo, me ha parecido que eras digno de una dicha mayor que la de ser esposo de tu prima Nurennahar. Y por eso hice desaparecer tu flecha y la traje hasta aquí, con objeto de que vinieras tú mismo. ¡Y de ti solo depende ahora dejar escapar la felicidad de entre tus dedos!»

Y tras de pronunciar estas últimas palabras con un tono impregnado de gran ternura, la bella prin-

cesa gennia bajó los ojos y se ruborizó mucho. Y su tierna belleza resultó así más exquisita. Y el príncipe Hossein, que sabía bien que su prima Nurenahar no podría ya pertenecerle, al ver cuán superior á ella era la princesa gennia en belleza, en atractivos, en atavíos, en ingenio y en riquezas, al menos según podía él conjeturar por lo que acababa de ver y por la magnificencia del palacio en que se hallaba, no tuvo mas que bendiciones para su destino, que le había conducido, como de la mano, hasta aquellos lugares tan próximos y tan ignorados; é inclinándose ante la bella gennia, le dijo: «¡Oh princesa de los genn! ¡oh dama de la belleza! ¡oh soberana! ¡la dicha de ser esclavo de tus ojos y verme encadenado á tus perfecciones, sin méritos por mi parte, es capaz de arrebatár la razón á un ser humano como yo! ¡Ah! ¿cómo es posible que una hija de los genn pueda posar sus miradas en un adamita inferior y preferirle á los reyes invisibles que gobiernan los países del aire y las comarcas subterráneas? ¿Acaso es ¡oh princesa! que estás enfadada con tus padres, y, á consecuencia de un disgusto, has venido á habitar en este palacio, en que me recibes sin el consentimiento de tu padre, el rey de los genn, y de tu madre, la reina de los genn, y de tus demás parientes? ¡Y quizá, en ese caso, vaya á ser yo para ti causa de sinsabores y motivo de molestias y fastidios!» Y así diciendo, el príncipe Hossein se inclinó hasta tierra y besó la orla del traje de la gennia princesa, que le dijo, levantándole y

cogiéndole la mano: «Sabe ¡oh príncipe Hossein! que yo soy mi única dueña y que obro siempre á mi antojo, sin sufrir jamás que nadie, entre los genn, se inmiscuya en lo que hago ó pienso hacer. ¡Puedes estar tranquilo, pues, á ese respecto, y nada nos sucederá que no sea grato!» Y añadió: «¿Quieres ser mi esposo y amarme mucho?» Y el príncipe Hossein exclamó: «¡Ya Alah! ¿que si quiero? ¡Pues si daría mi vida entera por pasar un día, no ya como tu esposo, sino como el último de tus esclavos!» Y tras de hablar así, se echó á los pies de la bella gennia, que le levantó y dijo: «¡Puesto que así lo quieres, te acepto por esposo y soy tu esposa para en lo sucesivo!» Y añadió: «¡Y ahora, como ya debes tener hambre, vamos á tomar juntos nuestra primer comida!»

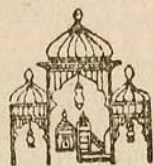
Y le condujo á una segunda sala, todavía más espléndida que la primera, iluminada por una infinidad de bujías perfumadas de ámbar, colocadas con una simetría que daba gusto verlas. Y se sentó con él ante una admirable bandeja de oro cargada de manjares de un aspecto regocijante para el corazón. Y se dejó oír en seguida, al son de los instrumentos de armonía, un coro de voces de mujeres que parecía descender del mismo cielo. Y la hermosa gennia se puso á servir con sus propias manos á su reciente esposo, ofreciéndole los trozos más delicados de los manjares, cuyos nombres le iba diciendo. Y al príncipe le parecían exquisitos aquellos manjares de que nunca había oído hablar, así

como los vinos, las frutas, los pasteles y las confituras, cosas todas ellas como jamás las había probado en las fiestas y bodas de los seres humanos.

Y cuando se terminó la comida, la bella gennia princesa y su esposo fueron á sentarse en una tercera sala, coronada por una cúpula y más hermosa que la anterior. Y apoyaban la espalda en cojines de seda con florones de diferentes colores, hechos á aguja con una delicadeza maravillosa. Y en seguida entraron en la sala muchas bailarinas, hijas de genn, y bailaron una danza arrebatadora con la ligereza de los pájaros. Y al mismo tiempo se dejaba oír una música invisible, pero presente, que llegaba de arriba. Y continuó la danza hasta que se levantaron la hermosa gennia y su esposo. Y con un ritmo más armonioso, salieron de la sala las bailarinas como una bandada de aves, marchando delante de los recién casados hasta la puerta de la cámara, en que estaba preparado el lecho nupcial. Y se pusieron en hilera para que entrasen ellos, y se retiraron después, dejándoles en libertad de acostarse ó de dormir.

Y los dos jóvenes esposos se acostaron en el lecho perfumado, y no lo hicieron para dormir, sino para gozar...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 812.^a NOCHE*

Ella dijo:

...Y los dos jóvenes esposos se acostaron en el lecho perfumado, y no lo hicieron para dormir, sino para gozar. Y de aquel modo pudo el príncipe Hossein probar y comparar. Y encontró en aquella gennia virgen una excelencia á que jamás se habían aproximado, ni por asomo, las más maravillosas jóvenes hijas de los humanos. Y cuando de nuevo quiso recrearse con sus atractivos incomparables, encontró el sitio tan intacto como si no lo hubiera tocado. Y entonces comprendió que en las hijas de los genn se reconstituía la virginidad indefinidamente. Y se deleitó hasta el límite del deleite con aquel hallazgo. Y cada vez hubo de felicitarse más de su destino, que le había conducido de la mano hacia aquella historia inesperada. Y se pasó aquella noche, y otras muchas noches, y otros días, en las delicias de los predestinados. Y lejos de disminuir su amor con la posesión, lo que ocurría era que aumentaba con los nuevos descubrimientos que sin cesar hacía en su bella gennia princesa, lo mismo en los encantos de su espíritu que en las perfecciones de su persona.

Y he aquí que, al cabo de seis meses de aquella

vida dichosa, el príncipe Hossein, que siempre había sentido mucho afecto filial por su padre, pensó que su prolongada ausencia debía tenerle sumido en un dolor sin límites, máxime siendo inexplicable, y experimentó un deseo ardiente de volver á verle. Y se lo confió sin rodeos á su esposa la gennia, que en un principio se alarmó mucho de aquella resolución, pues temía que fuese un pretexto para abandonarla. Pero el príncipe Hossein le había dado y continuaba dándole tantas pruebas de adhesión, y tantas muestras de violenta pasión, y le habló de su anciano padre con tal ternura y tal elocuencia, que no quiso ella oponerse á la expansión filial. Y le dijo, abrazándole: «¡Oh bienamado mío! en verdad que, si sólo escuchara á mi corazón, no podría decidirme á verte alejar de nuestras moradas, aunque sólo fuese por un día ó por menos tiempo aún. Pero estoy ya tan convencida de tu adhesión á mí, y tengo tanta confianza en la firmeza de tu amor y en la verdad de tus palabras, que no quiero negarte el permiso de ir á ver á tu padre el sultán. ¡Pero es con la condición de que tu ausencia no dure mucho y de que así me lo jures, á fin de tranquilizarme!» Y el príncipe Hossein se echó á los pies de su esposa la gennia para demostrarle cuán lleno de agradecimiento estaba por su bondad para con él, y le dijo: «¡Oh soberana mía! ¡oh dama de la belleza! sé todo lo que vale el favor que me otorgas, y por mucho que te diga por darte gracias, ten la seguridad de que pienso más aún. Y por mi

cabeza te juro que mi ausencia será de corta duración. Y además, amándote como te amo, ¿crees que podría emplear más tiempo del necesario para ir á ver á mi padre y volver? Tranquiliza, pues, tu alma y refresca tus ojos, porque todo el tiempo estaré pensando en ti; y no me sucederá nada desagradable, ¡inschalah!»

Y estas palabras acabaron de calmar la emoción de la encantadora gennia, que contestó, abrazando de nuevo á su esposo: «Parte, pues, ¡oh bienamado mío! bajo la salvaguardia de Alah, y vuelve á mí con buena salud. Pero antes he de rogarte no tomes á mal que te haga algunas indicaciones con respecto á la manera como tienes que portarte en el palacio de tu padre mientras dure tu ausencia de aquí. Y ante todo creo preciso que tengas mucho cuidado de no hablar de nuestro matrimonio á tu padre el sultán ó á tus hermanos, ni de mi calidad de hija del rey de los genn, ni del lugar en que habitamos, ni del camino que á él conduce. ¡Diles únicamente á todos que se contenten con saber que eres perfectamente dichoso, que se ven satisfechos todos tus deseos, que no anhelas mas que vivir en la bienandanza en que vives, y que el solo motivo que te lleva á su lado es sencillamente el de hacer cesar las inquietudes que pudieran tener respecto á tu destino!»

Y habiendo hablado así, la gennia dió á su esposo veinte jinetes genn bien armados, bien montados y bien equipados, é hizo que le llevaran un

caballo tan hermoso como no lo había en el palacio ni en el reino de su padre. Y cuando todo estuvo dispuesto, el príncipe Hossein se despidió de su esposa la gennia princesa, besándola y renovando la promesa que le había hecho de volver en seguida. Luego se aproximó al hermoso caballo inquieto, le acarició con la mano, le habló al oído, le besó y saltó á la silla con gracia. Y su esposa le vió y le admiró. Y después que se dieron el último adiós, partió él á la cabeza de sus jinetes.

Y como no era largo el camino que conducía á la capital de su padre, el príncipe Hossein no tardó en llegar á la entrada de la ciudad. Y en cuanto le reconoció el pueblo, se alegró mucho de verle, y le recibió con aclamaciones y le acompañó con gritos de júbilo hasta el palacio del sultán. Y su padre, al verle, se sintió muy feliz y le recibió en sus brazos, llorando y lamentando con su ternura paternal el dolor y la aflicción en que hubo de sumirle una ausencia tan larga é inexplicable. Y le dijo: «¡Ah, hijo mío, creí que no iba á tener el consuelo de volver á verte! ¡Porque tenía motivo para temer que, á consecuencia de la decisión de la suerte ventajosa para tu hermano Hassán, te hubieses dejado arrastrar á cualquier acto de desesperación!» Y contestó el príncipe Hossein: «Ciertamente, ¡oh padre mío! fué muy cruel para mí la pérdida de mi prima la princesa Nurennahar, cuya conquista había sido el único objeto de mis deseos. Y el amor es una pasión que no se abandona á voluntad, sobre todo

cuando es un sentimiento que nos domina, que nos martiriza y que no nos da tiempo de recurrir á los consejos de la razón. Pero ¡oh padre mío! supongo que no habrás olvidado que al disparar mi flecha, cuando acudí con mis hermanos al concurso del meidán, me sucedió una cosa extraordinaria é inexplicable: á pesar de todas las pesquisas que se hicieron, no pudo encontrarse mi flecha, disparada en una llanura uniforme y despejada. Y he aquí que, vencido de tal modo por el destino adverso, no quise perder tiempo en lamentos sin haber satisfecho por completo mi curiosidad hacia aquella aventura que no comprendía. Y me alejé durante las ceremonias de las bodas de mi hermano, sin que lo advirtiese nadie, y volví yo solo al meidán para ver si encontraba mi flecha. Y me puse á buscarla andando en línea recta, en la dirección que me parecía debió seguir, y mirando por todos lados, acá y allá, á mi derecha y á mi izquierda. Pero fueron inútiles todas mis pesquisas, aunque no me desalenté. Y proseguí mi marcha, siempre fijando los ojos de un lado á otro y tomándome el trabajo de reconocer y examinar la menor cosa que de cerca ó de lejos pudiese parecerse á una flecha. Y de aquella manera recorrí una distancia muy larga, y acabé por pensar que no era posible que una flecha, aunque la disparase un brazo mil veces más fuerte que el mío, pudiese llegar tan lejos, y por preguntarme si no habría perdido todo mi buen sentido al mismo tiempo que mi flecha. Y ya me disponía á

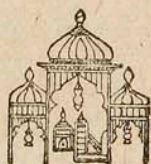
abandonar la empresa, sobre todo al ver que llegaba á una línea de rocas que tapaban completamente el horizonte, cuando de pronto, al pie mismo de una de aquellas rocas, vi mi propia flecha, no clavada en el suelo por la punta, sino caída á cierta distancia del sitio en que había debido rebotar. Y aquel descubrimiento me sumió en una perplejidad grande en vez de regocijarme. Porque yo no podía imaginarme razonablemente que fuese capaz de lanzar tan lejos una flecha. Y entonces ¡oh padre mío! tuve la explicación de aquel misterio y de cuanto me había acaecido en mi viaje á Samarcanda. Pero es un secreto que no puedo ¡ay! revelarte sin faltar á un juramento. Y todo lo que puedo decirte ¡oh padre mío! es que, desde aquel momento, me olvidé de mi prima, y de mi derrota, y de todas mis tribulaciones, y entré en el camino llano de la dicha. Y comenzó para mí una vida de delicias, que no han sido turbadas mas que por el alejamiento en que me encontraba de un padre á quien quiero más que á nada en el mundo, y por el sentimiento que tenía al pensar en lo inquieto que por mi suerte debía estar él. Y entonces creí era mi deber de hijo venir á verte y á tranquilizarte. Y este es ¡oh padre mío! el único motivo de mi llegada.»

Cuando el sultán hubo oído estas palabras de su hijo, y sólo comprendió por ellas que poseía la felicidad, contestó: «¡Oh hijo mío! ¿qué más podría desear para su hijo un padre afectuoso? Claro que me hubiese gustado mucho más verte disfrutar de

esa dicha al lado mío, en mis postreros años, que en un paraje cuya situación y existencia ignoro aún. Pero ¿no puedes decirme, por lo menos, hijo mío, adónde tengo que dirigirme para tener con frecuencia noticias tuyas y no estar en el estado de inquietud en que hubo de sumirme tu ausencia?» Y contestó el príncipe Hossein: «Sabe, para tranquilidad tuya, ¡oh padre mío! que yo mismo tendré cuidado de venir á verte con tanta frecuencia, que hasta temo ser importuno. Pero respecto al paraje en que se puedan tener noticias mías, te suplico que me dispenses de que te lo revele, porque se trata de un misterio de la fe que he jurado y de la promesa que he de mantener.» Y sin querer insistir más sobre el particular, el sultán dijo al príncipe Hossein: «¡Oh hijo mío! Alah me libre de penetrar más en el secreto, á pesar tuyo. Cuando quieras puedes regresar á ese lugar de delicias en que habitas. Solamente tengo que pedirte que también á mí, padre tuyo, me hagas una promesa, y es la de volver á verme una vez al mes, sin miedo á importunarme, como dices, ni á molestarme. Pues ¿qué ocupación más grata puede tener un padre amante que la de caldearse el corazón con la proximidad de sus hijos, y refrescarse el alma con su presencia, y alegrarse los ojos con su contemplación?» Y el príncipe Hossein contestó con el oído y la obediencia, y después de prestarse al juramento pedido, permaneció en el palacio tres días enteros; al cabo de los cuales se despidió de su padre, y á la mañana del cuarto

día, por el alba, partió, á la cabeza de sus jinetes, los hijos de los genn, como había venido...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 813.^a NOCHE*

Ella dijo:

...Y el príncipe Hossein contestó con el oído y la obediencia, y después de prestarse al juramento pedido, permaneció en el palacio tres días enteros, al cabo de los cuales se despidió de su padre, y á la mañana del cuarto día, por el alba, partió, á la cabeza de sus jinetes, los hijos de los genn, como había venido.

Y su esposa la bella gennia le recibió con alegría infinita y con un placer tanto más vivo cuanto que no se esperaba verle volver tan pronto. Y celebraron juntos aquel regreso feliz, amándose mucho de las maneras más agradables y diversas.

Y á partir de aquel día, nada perdonó la hermosa gennia para hacer á su esposo lo más atractiva posible la estancia en la morada encantada. Y fueron variaciones continuas en el modo de respirar el aire, de pasearse, de comer, de beber, de divertirse, de ver bailar á las bailarinas, de oír can-

tar á las almeas, de escuchar los instrumentos de armonía, de recitar poesías, de oler el perfume de las rosas, de engalanarse con las flores del jardín, de coger á porfía en las ramas las hermosas frutas maduras y de jugar al incomparable juego de los amantes, que es el juego de ajedrez del lecho, teniendo en cuenta todas las combinaciones sabias de que es susceptible juego tan delicado.

Y al cabo de un mes de llevar aquella vida deliciosa, el príncipe Hossein, que ya había puesto á su esposa al corriente de la promesa que hubo de hacer á su padre el sultán, se vió obligado á interrumpir sus placeres y á despedirse de la entristecida gennia. Y equipado y ataviado con más magnificencia que la primera vez, montó en su hermoso caballo y se puso á la cabeza de sus jinetes, los hijos de los genn, para ir á hacer una visita á su padre el sultán.

Y he aquí que, desde que él partió la última vez del palacio de su padre, los consejeros favoritos del sultán, que juzgaban del poderío del príncipe Hossein y de sus desconocidas riquezas por las pruebas que de ello había dado él en los tres días que pasó en el palacio, no dejaron, durante su ausencia, de abusar de la libertad que el sultán les concedía para hablarle y del ascendiente que sobre él habían adquirido, para tratar de hacer nacer en su alma sospechas contra su hijo y hacerle creer que el príncipe le hacía sombra. Y le manifestaron que la prudencia más elemental exigía que supiese, por

lo menos, en qué lugar se hallaba el retiro de su hijo y de dónde sacaba todo el oro necesario para dispendios como los que había hecho durante su estancia y para el fasto de que alardeaba, únicamente con intención, decían, de humillar á su padre y demostrar que no tenía necesidad de sus liberalidades ni de su tutela para vivir como un príncipe. Y le dijeron que era muy de temer que se hiciese popular y sublevase á los súbditos fieles contra su soberano para ponerse en lugar suyo.

Pero aunque aquellas palabras dejaron en él alguna duda, el sultán no quiso creer que su hijo Hossein, el preferido, fuese capaz de conspirar contra él, meditando un proyecto tan pérfido como aquel. Y contestó á sus consejeros favoritos: «¡Oh vosotros, cuya lengua segrega la duda y la suspicacia! ¿acaso ignoráis que mi hijo Hossein me quiere y estoy tanto más seguro de su ternura y de su fidelidad cuanto que jamás le he dado motivo para que esté descontento de mí?» Pero el más atendido de los favoritos repuso: «¡Oh rey del tiempo, que Alah te conceda larga vida! Pero ¿supones que el príncipe Hossein ha olvidado tan pronto lo que á él le parece una injusticia de tu parte por lo que concierne á la decisión de la suerte con respecto á la princesa Nurennahar? ¿Y no se te ocurre, aunque de todo se deduce claramente, que el príncipe Hossein no ha tenido el buen acuerdo de aceptar con sumisión el decreto del Destino en vez de imitar el ejemplo de su hermano mayor, quien, antes de re-

belarse contra la cosa escrita, ha preferido vestir el hábito del derviche é ir á ponerse bajo la dirección espiritual de un santo jeique versado en el conocimiento del Libro? Y además, ¡oh amo nuestro! ¿no observaste antes que nosotros que, á la llegada del príncipe Hossein, él y sus gentes estaban descansados y sus trajes y los adornos y monturas de sus caballos tenían el mismo brillo que si acabaran de salir de la mano del fabricante? ¿Y no has notado que hasta los caballos tenían el pelo seco y reluciente y no estaban más fatigados que si viniesen de un simple paseo? ¡Pues todo eso ¡oh rey! servirá para probarte que el príncipe Hossein ha establecido su residencia secreta muy cerca de la capital para poder ejecutar á su antojo sus planes perniciosos, y fomentar disturbios en el pueblo, y entregarse á sus propagandas subversivas! ¡Habríamos, pues, faltado á nuestro deber ¡oh gran rey! si no nos hubiésemos impuesto la cruel obligación de despertar tu atención en un asunto tan delicado como importante y grave, á fin de que te decidas á velar por tu propia conservación y por el bien de tus súbditos fieles!»

Cuando el favorito hubo acabado este discurso lleno de malicia y de suspicacia, el sultán le dijo: «En verdad que no sé si debo creer ó no creer esas cosas sorprendentes. ¡De todos modos, os agradezco vuestra advertencia, y abriré más los ojos en el porvenir!» Y les despidió, sin hacerles ver cuánto se le había impresionado y alarmado el alma con

sus palabras. Y con objeto de poder confundirles un día ó darles las gracias por su consejo bien intencionado, resolvió vigilar los actos y pasos de su hijo Hossein á su próximo retorno.

Y he aquí que no tardó en llegar el príncipe, cumpliendo su promesa. Y su padre el sultán le recibió con la misma alegría y la misma satisfacción que la primera vez, teniendo mucho cuidado de no participarle las sospechas que despertaron en su espíritu los visires interesados en la perdición del joven. Pero al día siguiente llamó á una vieja, famosa en el palacio por su hechicería y su malicia, y que era capaz de destejer, sin romperlos, los hilos de una tela de araña. Y cuando estuvo ella entre sus manos, le dijo: «¡Oh vieja de bendición! ha llegado el día en que vas á poder probar tu abnegación en interés de tu rey. Sabe, pues, que desde que he vuelto á ver á mi hijo Hossein no he podido obtener de él que me diga en qué lugar se ha establecido. Y por no importunarle no he querido hacer valer mi autoridad y obligarle, á pesar suyo, á revelar su secreto. Así es que te he hecho llamar, ¡oh reina de las hechiceras! porque te creo lo bastante hábil para satisfacer mi curiosidad sin que mi hijo ni nadie en el palacio pueda sospecharlo. He de pedirte, pues, que pongas en juego toda tu perspicacia y tu inteligencia, que no tiene igual, para observar á mi hijo desde el momento de su partida, que tendrá lugar mañana por el alba. Ó quizá sea mejor todavía que vayas hoy mismo, sin pérdida

de tiempo, al sitio en que encontró él su flecha, cerca de la línea de rocas que limita la llanura por Oriente. ¡Porque allí ha encontrado su Destino al mismo tiempo que su flecha!» Y la vieja hechicera contestó con el oído y la obediencia, y salió para ir á las proximidades de las rocas y ocultarse allí de manera que pudiese verlo todo sin ser vista.

Y he aquí que al día siguiente abandonó el palacio el príncipe Hossein con sus jinetes al despuntar el día, para no llamar la atención de los oficiales y de los transeuntes. Y llegado que fué á la excavación donde estaba la puerta de piedra, desapareció con cuantos le acompañaban. Y la vieja hechicera vió todo aquello y se asombró hasta el límite extremo del asombro.

Y cuando se repuso de su emoción salió de su escondrijo, y fué derecha á la cavidad por donde había visto desaparecer personas y caballos. Pero á pesar de su diligencia, y por más que miró en todas direcciones, yendo y volviendo sobre sus pasos varias veces, no dió con ninguna abertura ni con ninguna entrada. Porque la puerta de piedra, que había sido visible para el príncipe Hossein desde que llegó por primera vez allí, sólo se aparecía á ciertos hombres cuya presencia era agradable á la bella gennia, pero nunca y en ningún caso se aparecía aquella puerta á las mujeres, sobre todo á las viejas feas y horribles á la vista. Y rabiosa por no poder llevar más adelante sus investigaciones, la hechicera no pudo desahogarse de otro

modo que lanzando un cuesco, que hizo saltar los guijarros y levantó polvareda. Y con la nariz alargada hasta los pies, volvió al lado del sultán, y le dió cuenta de todo lo que había visto, añadiendo: «¡Oh rey del tiempo! no he perdido la esperanza de ser más afortunada la vez próxima. ¡Y solamente te pido que tengas algo de paciencia y no te informes de los medios de que pienso servirme!» Y el sultán, que ya estaba muy satisfecho de aquel primer resultado, contestó á la vieja: «¡Estás en completa libertad de acción! ¡Ve con la protección de Alah, y yo esperaré aquí con paciencia el efecto de tus promesas!» Y para estimularla le dió de regalo un maravilloso diamante, y le dijo: «Acepta esto como prueba de mi satisfacción. ¡Pero sabe que nada es en comparación de lo que pienso recompensarte si obtienes éxito en tu empresa!» Y la vieja besó la tierra entre las manos del rey, y se fué por su camino.

Y he aquí que, un mes después de aquel acontecimiento, salió por la puerta de piedra, como la última vez, el príncipe Hossein con su séquito de veinte jinetes soberbiamente equipados. Y al costear las rocas divisó á una pobre vieja que estaba tendida en el suelo y gemía de una manera lamentable, como una persona aquejada de un mal violento. Y estaba vestida de harapos y lloraba. Y el príncipe Hossein, compadecido, detuvo su caballo y preguntó dulcemente á la vieja cuál era su mal y qué podía él hacer para aliviarla. Y la vieja ar-

tificiosa, que había ido á apostarse allí para conseguir lo que se proponía, contestó, sin levantar la cabeza, con voz entrecortada por gemidos y ahogos: «¡Oh mi caritativo señor! ¡Alah es quien te envía para cavarme la tumba, porque voy á morir! ¡Ah, se me escapa el alma! ¡Oh mi señor! ¡había yo salido de mi pueblo para ir á la ciudad, y en el camino se apoderó de mí una fiebre roja, que me ha dejado sin fuerzas aquí, lejos de todo ser humano, y sin esperanza de que me socorrieran!» Y el príncipe Hossein, que tenía un corazón compasivo, dijo á la vieja: «¡Permite, mi buena tía, que te levanten dos de mis hombres y te lleven al sitio adonde yo mismo voy á volver para que te cuiden!» É hizo seña á dos de sus acompañantes para que incorporaran á la vieja. Y así lo hicieron; y uno de ellos la puso luego á la grupa de su caballo. Y el príncipe desanduvo el camino, y llegó con sus jinetes á la puerta de piedra, que hubo de abrirse para dejarles entrar...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 814.^a NOCHE*

Ella dijo:

...Y el príncipe desanduvo el camino, y llegó con sus jinetes á la puerta de piedra, que hubo de abrirse para dejarles entrar.

Y al verlos volver sobre sus pasos de tal modo, y sin comprender qué motivo les había obligado á ello, la princesa gennia se apresuró á salir al encuentro de su esposo el príncipe Hossein, quien, sin apearse del caballo, le mostró con el dedo á la vieja, que parecía una agonizante, y á quien dos jinetes acababan de dejar en tierra, sosteniéndola por debajo de los brazos, y le dijo: «¡Oh soberana mía! Alah puso en nuestro camino á esta pobre vieja en el estado lamentable en que la ves, y es preciso que le procuremos socorro y asistencia. ¡La recomiendo, pues, á tu compasión, rogándote le prodigues cuantos cuidados juzgues necesarios!» Y la gennia princesa, que tenía fijas en la vieja sus miradas, dió orden á sus mujeres de que la cogieran de manos de los jinetes y la llevaran á un aposento reservado, tratándola con las mismas consideraciones y la misma atención que tendrían para su propia persona. Y cuando se alejaron con la vieja las mujeres, la bella gennia dijo á su esposo, bajando

la voz: «¡Alah premie tu compasión, que parte de un corazón generoso! Pero desde ahora puedes estar tranquilo por esa vieja, que no está más enferma que mis ojos, y yo sé la causa que aquí la trae y cuáles son las personas que la han impulsado á ello y lo que se propuso al apostarse en tu camino. ¡Mas no tengas temor por eso, y estate seguro de que, tramen lo que tramen contra ti con intención de mortificarte y de perjudicarte, yo sabré defenderte, haciendo vanas cuantas emboscadas te preparen!» Y abrazándole de nuevo, le dijo: «¡Parte bajo la protección de Alah!» Y el príncipe Hossein, habituado ya á no pedir explicaciones á su esposa la gennia, se despidió de ella y otra vez emprendió su camino hacia la capital de su padre, adonde no tardó en llegar con su séquito. Y el sultán le recibió como de costumbre, sin dejar entrever ante él ni ante sus consejeros los sentimientos que le embargaban.

En cuanto á la vieja hechicera, las dos doncellas de la bella gennia la condujeron, pues, á un hermoso aposento reservado y la ayudaron á acostarse en un lecho con colchones de raso bordado, sábanas de seda fina y mantas de tisú de oro. Y una de ellas le ofreció una taza llena de agua de la Fuente de los Leones, diciéndole: «¡Aquí tienes una taza de agua de la Fuente de los Leones, que cura las enfermedades más tenaces y devuelve la salud á los moribundos!» Y la vieja se bebió el contenido de la taza, y unos instantes después exclamó: «¡Qué licor

tan admirable! ¡Me siento curada, como si me hubieran sacado con tenazas el mal! ¡Por favor, daos prisa á conducirme á presencia de vuestra ama, con objeto de darle gracias por su bondad y hacerle patente mi gratitud!» Y se levantó acto seguido, fingiendo encontrarse restablecida de un mal que no hubo de sufrir. Y las dos doncellas la llevaron por varios aposentos, á cual más magnífico, hasta la sala en que se hallaba su ama.

Y he aquí que la bella gennia estaba sentada en un trono de oro macizo, enriquecido de pedrerías, y rodeada por muchas de sus damas de honor, que eran todas encantadoras é iban vestidas de manera tan maravillosa como su señora. Y la vieja hechicera, deslumbrada con todo lo que veía, se prosternó á los pies del trono, balbuceando gracias. Y le dijo la gennia: «Me satisface ¡oh buena mujer! que te hayas curado. Y ahora eres libre de permanecer en mi palacio todo el tiempo que quieras. ¡Y mis mujeres van á ponerse á tu disposición para enseñarte mi palacio!» Y la vieja, tras de besar la tierra por segunda vez, se levantó y se dejó guiar por las dos jóvenes, que le enseñaron el palacio con todos sus detalles maravillosos. Y cuando la hicieron recorrerlo por completo, se dijo ella que más valdría retirarse entonces que había visto lo que quería ver. Y expuso este deseo á las dos jóvenes, después de darles las gracias por su amabilidad. Y la hicieron salir por la puerta de piedra, deseándole feliz viaje. Y en cuanto se vió ella en medio de las rocas

retrocedió para observar el emplazamiento de la puerta y poder encontrarla; pero como la puerta era invisible para las mujeres de su especie, la buscó en vano; y se vió obligada á volverse sin dar con el camino.

Y cuando llegó á presencia del sultán le dió cuenta de todo lo que había hecho, de cuanto había visto y de la imposibilidad en que se hallaba de encontrar la entrada del palacio. Y el sultán, bastante satisfecho con aquellas explicaciones, convocó á sus visires y á sus favoritos y les puso al corriente de la situación, pidiéndoles su opinión. Y unos le aconsejaron que condenara á muerte al príncipe Hossein, diciéndole que conspiraba contra su trono, y otros opinaron que más valdría apoderarse de él y encerrarle para el resto de sus días. Y el sultán se encaró con la vieja y le preguntó: «¿Y á ti qué te parece?» Ella dijo: «¡Oh rey del tiempo! me parece que lo mejor sería utilizar las relaciones que tiene tu hijo con esa gennia para pedir y obtener de ella maravillas como las que hay en su palacio. ¡Y si se niega él ó se niega ella, sólo entonces habrá que pensar en el procedimiento violento que acaban de indicarte los visires!» Y dijo el rey: «¡No hay inconveniente!» É hizo ir á su hijo, y le dijo: «¡Oh hijo mío! ya que eres más rico y más poderoso que tu padre, ¿podrás traerme, la próxima vez, alguna cosa que me complazca, por ejemplo, una tienda hermosa que me sirva para la caza y para la guerra?» Y el prin-

cipe Hossein contestó como debía, haciendo patente á su padre la alegría que sentiría al poder satisfacerle.

Y cuando estuvo de vuelta junto á su esposa la gennia, le participó el deseo de su padre, y contestó ella: «¡Por Alah! ¡lo que nos pide el sultán es una bagatela!» Y llamó á su tesorera y le dijo: «Id á por el pabellón mayor que haya en mi tesoro! ¡Y decid á vuestro guarda Schaibar que me lo traiga!» Y la tesorera se apresuró á ejecutar la orden. Y volvió unos instantes después acompañada del guarda del tesoro, que era un genni de especie muy particular. En efecto, era de pie y medio de alto, tenía una barba de treinta pies, un bigote espeso y erguido hasta las orejas, y unos ojos como los ojos del cerdo, muy metidos en la cabeza, que era tan gorda como su cuerpo; y llevaba en un hombro una barra de hierro que pesaba cinco veces más que él, y en la otra mano llevaba un paquetito envuelto. Y la gennia le dijo: «¡Oh Schaibar! vas á acompañar en seguida á mi esposo, el príncipe Hossein, á presencia de su padre el sultán. ¡Y harás lo que debas hacer!» Y Schaibar contestó con el oído y la obediencia, y preguntó: «¿Y es preciso también ¡oh mi señora! que lleve el pabellón que tengo en la mano?» Ella dijo: «¡Claro! Pero antes lo desenvolverás aquí para que lo vea el príncipe Hossein!» Y Schaibar fué al jardín y desdobló el paquete que llevaba. Y de él salió un pabellón que, completamente desplegado, podría resguardar á todo un

ejército, y que tenía la propiedad de agrandarse y achicarse con arreglo á lo que había de cubrir. Y tras de enseñarlo, lo volvió á plegar é hizo con él un paquete que le cabía en la palma de la mano. Y dijo al príncipe Hossein: «¡Vamos á ver al sultán!»

Y cuando el príncipe Hossein, con Schaibar de espolique, llegó á la capital de su padre, todos los transeuntes corrieron á esconderse en las casas y en las tiendas, cuyas puertas se apresuraron á cerrar, poseídos de espanto á la vista del genni enano, que iba con su barra de hierro al hombro. Y á su llegada á palacio, los porteros, los eunucos y los guardias se pusieron en fuga, lanzando gritos de terror. Y entraron ambos en el palacio y se presentaron al sultán, que estaba rodeado de sus visires y de sus favoritos y charlaba con la vieja hechicera. Y avanzando hasta las gradas del trono, Schaibar esperó á que el príncipe Hossein hubiese saludado á su padre, y dijo: «¡Oh rey del tiempo! ¡te traigo el pabellón!» Y lo desplegó en medio de la sala, y se puso á agrandarlo y á achicarlo, manteniéndose á cierta distancia. Luego blandió de pronto la barra de hierro y la descargó en la cabeza del gran visir y le mató del golpe. Después mató de la misma manera á los demás visires y á todos los favoritos, que, inmóviles de espanto, no tenían fuerzas ni para levantar un brazo con objeto de defenderse. Y mató más tarde á la vieja hechicera, diciéndole: «¡Para que aprendas á hacerte la agonizante!» Y

cuando mató de tal modo á todos los que tenía que matar, volvió á echarse al hombro la barra, y dijo al rey: «¡Les he castigado para que expíen sus malos consejos! En cuanto á ti, ¡oh rey! aunque has sido débil de voluntad, como si pensaste matar ó encarcelar al príncipe Hossein fué sólo impulsado por ellos, te indulto de la misma pena; pero te destituyo de tu realeza. ¡Y si piensa protestar alguno en la ciudad, le mataré! ¡É incluso mataré á toda la ciudad, si se niega á reconocer por rey al príncipe Hossein! ¡Y ahora, baja ya y vete, ó te mato!» Y el rey se apresuró á obedecer, y bajando de su trono salió de su palacio y se fué á vivir en soledad con su hijo Alí, sometiéndose á la obediencia del santo derviche.

En cuanto al príncipe Hassán y su esposa Nurrennahar, como no habían intervenido en la conspiración, cuando el príncipe Hossein fué rey les asignó como feudo la provincia más hermosa del reino y mantuvo con ello las relaciones más cordiales. Y el príncipe Hossein vivió con su esposa, la bella genia, en medio de delicias y prosperidades. Y dejaron ambos numerosa posteridad, que, á la muerte de ellos, reinó durante años y años. ¡Pero Alah es más sabio!

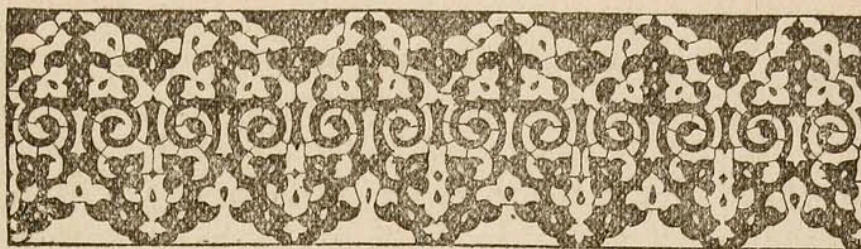
Y tras de contar así esta historia, Schahrazada se calló. Y le dijo su hermana Doniazada: «¡Oh hermanita mía! ¡cuán dulces y sabrosas y deleitosas son tus palabras!» Y Schahrazada sonrió, y dijo:

«¿Pues qué es eso comparado con lo que os contaré aún, si el rey me lo permite?» Y el rey Schahriar se dijo: «¿Qué podrá contarme aún que no conozca yo?» Y dijo á Schahrazada: «¡Tienes permiso para elló!»

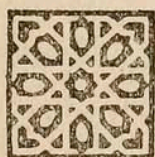
Y Schahrazada dijo:







HISTORIA DE SARTA-DE-PERLAS



En los anales de los sabios y los libros del pasado se cuenta que el Emir de los Creyentes Al-Motazid Bi'llah, décimosexto califa de la casa de Abbas, nieto de Al-Motawakkil, nieto de Harún Al-Rachid, era un príncipe dotado de alma superior, de corazón intrépido y de sentimientos elevados, lleno de distinción y de elegancia, de nobleza y de gracia, de bravura y de gallardía, de majestad y de inteligencia, igualando á los leones en fuerza y en valor, y además, con un ingenio tan fino, que estaba considerado como el poeta más grande de su tiempo. Y en Bagdad, su capital, tenía, para ayudarle á llevar los asuntos de su inmenso Imperio, sesenta visires llenos de un celo intatigable, que velaban por los intereses del

pueblo con la misma incansable actividad que su señor. Con lo cual no permanecía oculto para él nada de cuanto pasaba en su reino, en los países que extendíanse desde el desierto de Scham hasta los confines del Maghreb, y desde las montañas del Khorassán y el mar occidental hasta los límites profundos de la India y del Afganistán, ni siquiera el acontecimiento más fútil en apariencia.

Y he aquí que un día en que se paseaba con Ahmad Ibn-Hamdún el narrador, su íntimo y preferido compañero de copa, y el mismo á quien debemos la transmisión oral de tantas hermosas historias y poemas maravillosos de nuestros padres antiguos, llegó ante una morada de apariencia señorial, deliciosamente recatada entre jardines, y cuya armónica arquitectura pregonaba los gustos de su propietario con mucha más delicadeza de lo que lo hubiese hecho la lengua más elocuente. Porque para quien, como el califa, tenía los ojos sensibles y el alma atenta, aquella morada era la elocuencia misma.

Y estando ambos sentados en el banco de mármol que daba frente á la morada, y mientras descansaban allí de su paseo, respirando la brisa que llegaba embalsamada con el alma de los lirios y de los jazmines, vieron aparecer ante ellos, saliendo de lo umbrío del jardín, á dos jóvenes hermosos cual la luna en su décimocuarto día. Y charlaban los tales entre sí, sin advertir la presencia de los dos extranjeros sentados en el banco de mármol. Y uno de ellos decía á su interlocutor: «¡Haga el cielo ¡oh

amigo mío! que en este día de esplendor vengan á visitar á nuestro amo huéspedes del azar! ¡Porque le entristece que haya llegado la hora de la comida sin que esté allí nadie para hacerle compañía, cuando, por lo general, tiene siempre á su lado amigos y extranjeros á quienes regala con delicias y á quienes alberga magníficamente!» Y contestó el otro joven: «Cierto que es la primera vez que sucede semejante cosa y se encuentra solo nuestro amo en la sala de los festines. Muy extraño es que, á pesar de la dulzura de este día de primavera, ningún paseante se haya fijado, para descansar, en nuestros jardines, tan hermosos, que de ordinario vienen á visitarlos desde el interior de las provincias.

Al oír estas palabras de los dos jóvenes, Al-Motazid, quedó extremadamente asombrado de saber que no sólo existía en su capital un señor de alto rango, cuya morada le era desconocida, sino que aquel señor llevaba una vida tan singular y no le gustaba la soledad en las comidas. Y pensó: «¡Por Alah! ¡á mí, que soy el califa, á menudo me gusta estar á solas conmigo mismo, y moriría en el más breve plazo si tuviese que sentir á perpetuidad una vida extraña al lado de la mía! ¡que tan inestimable es á veces la soledad!»

Luego dijo á su fiel comensal: «¡Oh Ibn-Hamdún! ¡oh narrador de lengua de miel! tú, que conoces todas las historias del pasado y nada ignoras de los acontecimientos contemporáneos, ¿sabías de la exis-

tencia del hombre propietario de este palacio? ¿Y no te parece que nos urge entablar conocimiento con uno de nuestros súbditos, cuya vida es tan diferente á la vida de los demás hombres, y tan asombrosa de fasto solitario? Y además, ¿no me dará eso ocasión de ejercer con uno de mis súbditos nobles una generosidad que yo quisiera fuese todavía más magnífica que aquella con la cual debe tratar él á sus huéspedes fortuitos?» Y contestó el narrador Ibn-Hamdún: «Sin duda que el Emir de los Creyentes no tendrá que arrepentirse de su visita á este señor desconocido para nosotros. ¡Voy, pues, que tal es el deseo de mi señor, á llamar á esos dos encantadores jóvenes y á anunciarles nuestra visita al propietario de ese palacio!» Y se levantó del banco, así como Al-Motazid, que iba disfrazado de mercader, según su costumbre. Y apareció ante los dos buenos mozos, á los cuales dijo: «¡Por Alah sobre vosotros dos! id á prevenir á vuestro amo de que á su puerta hay dos mercaderes extranjeros que solicitan la entrada en su morada y reclaman el honor de presentarse entre sus manos.»

Y en cuanto oyeron ambos jóvenes estas palabras, volaron, jubilosos, á la morada, en el umbral de la cual no tardó en aparecer el dueño del dominio en persona.

Y era un hombre de rostro claro, de facciones finas y delicadas, de aspecto elegante y de actitud llena de simpatía...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 815.^a NOCHE*

Ella dijo:

...Y era un hombre de rostro claro, de facciones finas y delicadas, de aspecto elegante y de actitud llena de simpatía. É iba vestido con una túnica de seda de Nischabur, llevaba á los hombros un manto de terciopelo con franjas de oro, y en un dedo ostentaba un anillo de rubíes. Y se adelantó hacia ellos con una sonrisa de bienvenida en los labios, y llevándose la mano izquierda al corazón, les dijo: «¡La zalema y la cordialidad para los señores benévoloos que nos favorecen con el favor supremo de su llegada!»

Y entraron en la morada, y al ver los visitantes su maravillosa disposición, la creyeron un trozo del propio Paraíso, porque su belleza interior superaba con mucho á su belleza externa, y sin duda haría perder al amante torturado el recuerdo de su bienamada.

Y en la pila de alabastro de la sala de reunión, donde cantaba un surtidor de diamante, mirábase un jardinillo que era una delicia de frescura y un encanto. Porque aunque el jardín grande circunda-

ba la morada con todas las flores y todas las frondas que adornan la tierra de Alah, y aunque por su esplendor era una locura de vegetación, el jardinillo era una cordura indudablemente. Y las plantas que lo componían eran cuatro flores, sí, sólo eran cuatro flores, en verdad, pero como no las habían contemplado ojos humanos mas que en los primeros días de la tierra.

La primera flor era una rosa inclinada sobre su tallo y sola en absoluto, no la de los rosales, sino la rosa original, cuya hermana había florecido en el Edén antes de la bajada furiosa del ángel. Y era una llama de oro rojo encendida por sí misma, un fuego de alegría avivado desde dentro, una aurora magnífica, vivaz, encarnadina, aterciopelada, fresca, virginal, inmaculada, deslumbradora. Y contenía en su corola la púrpura necesaria para la túnica de un rey. En cuanto á su olor, hacía entreabrirse en un latido los abanicos del corazón, y decía al alma: «¡Embriágate!», y prestaba alas al cuerpo, diciéndole: «¡Vuela!»

Y la segunda flor era un tulipán erguido en su tallo y solo en absoluto, no un tulipán de cualquier parterre real, sino el tulipán antiguo, regado con sangre de dragones, aquel cuya especie, abolida, florecía en Iram-de-las-Columnas, y cuyo color decía á la copa de vino añejo: «¡Yo embriago sin que me toquen los labios!», y al tizón inflamado: «¡Yo quemo, pero no me consumo!»

Y la tercera flor era un jacinto erguido en su

tallo y solo en absoluto, no el de los jardines, sino el jacinto padre de los lirios, el que tiene un blanco puro, el delicado, el oloroso, el frágil, el cándido jacinto que decía al cisne cuando salía del agua: «¡Soy más blanco que tú!»

Y la cuarta flor era un clavel inclinado sobre su tallo y solo en absoluto, no, ¡oh! no el clavel de las terrazas que riegan por la noche las jóvenes, sino un globo incandescente, una partícula del sol que se hunde por Poniente, un pomo de olor encerrando el alma volátil de la pimienta, el propio clavel cuyo hermano fué ofrecido por el rey de los genn á Soleimán para que con él adornara la cabellera de Balkis y preparase el Elixir de larga vida, el Bálsamo espiritual, el Álcali real y la Triaca.

Y sólo con tocar estas cuatro flores, aunque no fuese mas que en imagen, el agua de la pila tenía numerosos estremecimientos de emoción, incluso cuando se callaba el surtidor musical y cesaba la lluvia de diamante. Y como sabían que eran tan hermosas, las cuatro flores se inclinaban sonrientes sobre sus tallos y se miraban con atención.

Y excepto estas cuatro flores que había en aquella pila, nada adornaba aquella sala de mármol blanco y de frescura. Y descansaba allí satisfecha la mirada, sin pedir nada más.

Cuando el califa y su compañero se sentaron en el diván, cubierto con un tapiz del Khorassán, el huésped, tras de nuevos deseos de bienvenida, les invitó á compartir con él la comida, compuesta de

cosas exquisitas que acababan de llevar en bandejas de oro los servidores y que colocaban en taburetes de bambú. Y la comida se celebró con la cordialidad de que usan los amigos para con sus amigos, y se animó con la entrada que, á una señal del huésped, hicieron cuatro jóvenes de rostro de luna, que eran la primera una teñedora de laúd, la segunda una tañedora de címbalos, la tercera una cantarina y la cuarta una danzarina. Y en tanto que con la música, el canto y la gracia de los movimientos completaban entre las cuatro la armonía de aquella sala y encantaban el aire, el huésped y sus dos invitados probaban los vinos en las copas y se endulzaban con las frutas cogidas en rama, tan hermosas, que sólo podrían proceder de árboles del Paraíso.

Y el narrador Ibn-Hamdún, aunque estaba habituado á que le tratase suntuosamente su señor, se sintió con el alma tan exaltada por los vinos generosos y por tantas lindezas reunidas, que se volvió hacia el califa con ojos inspirados, y con la copa en la mano recitó un poema que acababa de surgir en él al recuerdo de un joven amigo que poseía. Y dijo con su hermosa voz rítmica:

¡Oh tú, cuya mejilla está modelada en la rosa silvestre y moldeada como la de un idolo de la China!

¡Oh jovenzuelo de ojos de azabache, de formas de hurí! ¡abandona tus posturas perezosas, ciñete los riñones y haz reir en la copa este vino color de tulipán nuevo!

¡Porque hay horas para la prudencia y otras para la locura! ¡Échame de este vino hoy! ¡Pues ya sabes que me gusta la sangre extraída de la garganta de los barriles cuando es pura como tu corazón!

¡Y no me digas que este licor es pérfido! ¿Qué importa la embriaguez á quien nació ebrio? ¡Hoy mis anhelos son complicados, al igual de tus bucles!

¡Y no me digas que para los poetas es funesto el vino! ¡Porque mientras sea, como hoy, azul la túnica del cielo y verde el traje de la tierra, querré beber hasta morir!

¡A fin de que los jóvenes de rostro hermoso que vayan á visitar mi tumba, al respirar el olor del vino, victorioso de la tierra, que exhalarán mis cenizas, se sientan ebrios ya por el solo efecto de este olor!

Y acabando de improvisar este poema, el narrador levantó los ojos hacia el califa para sorprender en su rostro el efecto producido por los versos. Pero en vez de la satisfacción que esperaba ver, notó tal expresión de contrariedad y de cólera reconcentrada, que dejó escapar de su mano la copa llena de vino. Y tembló con toda el alma, y se habría creído perdido sin remisión, si no hubiese notado también que el califa no parecía haber oído los versos recitados, y si no le hubiese visto con los ojos extraviados y como distraídos en la solución de un problema insondable. Y se dijo: «¡Por Alah, que hace un instante tenía el rostro satisfecho, y he aquí ahora negro de contrariedad y tan tempestuoso como no lo he visto nunca! ¡Y sin embargo, por más que es-

toy acostumbrado á leer sus pensamientos en la expresión de sus facciones y á adivinar sus sentimientos, no sé á qué atribuir esta mudanza súbita! ¡Alah aleje al Maligno y nos preserve de sus maleficios!»

Y mientras él se torturaba de tal suerte el espíritu para llegar á penetrar el motivo de aquella cólera, el califa lanzó de pronto á su huésped una mirada llena de desconfianza, y contrariando todas las reglas de la hospitalidad, y á despecho de la costumbre que exige que jamás el huésped y el invitado se pregunten sus nombres y cualidades, preguntó al dueño del dominio con voz que intentaba reprimir: «¿Quién eres, ¡oh hombre!?» Y el huésped, que al oír esta pregunta había cambiado de color y se sintió en extremo mortificado, no quiso, empero, negarse á contestar, y dijo: «Me llaman generalmente Abu'l Hassán Alí ben-Ahmad Al-Khorassani.» Y añadió el califa: «¿Y sabes quién soy?» Y contestó el huésped, más pálido aún: «No, por Alah, que no tengo ese honor, ¡oh mi señor!»

Entonces, advirtiéndole cuán penosa se hacía la situación, Ibn-Hamdún se levantó y dijo al joven: «¡Oh huésped nuestro! estás en presencia del Emir de los Creyentes, el califa Al-Motazid Bi'llah, nieto de Al-Motawakkil Ala'llah.»

Al oír estas palabras, el dueño del dominio se levantó á su vez, en el límite de la emoción, y besó la tierra entre las manos del califa, temblando, y dijo: «¡Oh Emir de los Creyentes! ¡por las virtudes

de tus generosos antecesores los beneméritos, te conjuro á que perdones á tu esclavo los errores en que sin duda alguna, por inadvertencia, haya podido incurrir para con tu augusta persona, ó la falta de cortesía de que haya podido hacerse reo, ó la falta de consideraciones, ó la falta de generosidad!» Y contestó el califa: «¡Oh hombre! no tengo que reprocharte ninguna falta de ese género. Por el contrario, has dado prueba conmigo de una generosidad que te envidiarían los más munificentes entre los reyes. ¡Y si te he interrogado, por lo visto fué porque una causa muy grave me impulsó á ello de pronto, cuando yo no pensaba mas que en darte las gracias por todo lo que de hermoso había visto en tu casa!» Y dijo el huésped, azorado: «¡Oh mi señor soberano! ¡por favor, no hagas pesar tu cólera sobre tu esclavo sin haberle convencido de su crimen antes!» Y dijo el califa: «¡Al primer golpe de vista he notado ¡oh hombre! que en tu casa todo, desde los muebles hasta las mismas ropas que sobre ti llevas, ostenta el nombre de mi abuelo Al-Motawakkil Ala'llah! ¿Puedes explicarme circunstancia tan extraña? ¿Y no debo pensar en algún saqueo clandestino del palacio de mis santos abuelos? ¡Habla sin reticencias, ó te espera la muerte al instante!»

Y en lugar de turbarse, el huésped recobró su aire afable y su sonrisa, y con su voz más apacible dijo: «¡Sean contigo las gracias y la protección del Todopoderoso, ¡oh mi señor! ¡Ciertamente, hablaré sin reticencias, pues la verdad es tu ropa interior,

la sinceridad tu traje exterior, y en tu presencia nadie podría expresarse de otro modo!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 816.ª NOCHE*

Ella dijo:

«...¡Ciertamente, hablaré sin reticencias, pues la verdad es tu ropa interior, la sinceridad tu traje exterior, y en tu presencia nadie podría expresarse de otro modo!»

Y el califa le dijo: «¡En ese caso, siéntate y habla!»

Y á una seña del califa, Abu'l Hassán se sentó en su sitio, y dijo:

«Has de saber ¡oh Emir de los Creyentes! (¡pluguiera á Alah prolongarte triunfos y favores!) que no soy, como pudiera suponerse, ni un hijo de rey, ni un cherif, ni un hijo de visir, ni nada que de cerca ó de lejos tenga que ver con la nobleza de nacimiento. Pero mi historia es una historia tan extraña, que si se escribiese con agujas en el ángulo interior del ojo, serviría de enseñanza á quien la leyera con respeto y atención. Porque aunque yo no sea noble, hijo de noble, ni de una familia noble,

«creo que puedo afirmar á mi señor, sin ánimo de mentir, que la tal historia le satisfará, si quiere prestarme oído, y aplacará su cólera acumulada contra el esclavo que le habla.»

Y Abu'l Hassán dejó de hablar por un instante, coordinó sus recuerdos, los precisó en su pensamiento, y continuó de este modo:

«He nacido en Bagdad ¡oh Emir de los Creyentes! de un padre y una madre que sólo me tenían á mí por toda posteridad. Y mi padre era un simple mercader del zoco, si bien era el más rico entre los mercaderes y el más respetado. Y no era mercader en un zoco únicamente, sino que en cada zoco tenía una tienda que era la más hermosa, lo mismo en el zoco de los cambistas, que en el de los drogueros, que en el de los mercaderes de telas. Y en cada una de sus tiendas tenía un representante hábil para las operaciones de venta y de compra. Y en el piso de encima de cada trastienda poseía un cuarto reservado en que poder ponerse cómodo, al abrigo de las idas y venidas, y dormir la siesta en la época de los calores, mientras que, para refrescarle durante su sueño, un esclavo desempeñaba las funciones de hacerle aire con un abanico, abanicándole con respeto los testículos especialmente. Pues mi padre tenía los testículos sensibles al calor, y nada le hacía tanto bien como la brisa del abanico.

»Como yo era su hijo único, me quería con ternura, no me privaba de nada y no perdonaba nin-

gún dispendio para mi educación. Y además, de año en año se multiplicaban sus riquezas, gracias á la bendición, y resultaban difíciles de enumerar. Y entonces fué cuando, al llegar la hora de su Destino, murió. (¡Plegue á Alah cubrirle con su misericordia, admitirle en su paz y alargar con los días que perdió el difunto la vida del Emir de los Creyentes!)

»En cuanto á mí, habiendo heredado de mi padre bienes inmensos, continué haciendo marchar, como en vida suya, los negocios del zoco. Y por cierto que no me privaba de nada, comiendo, bebiendo y divirtiéndome en la medida de mis fuerzas con mis amigos predilectos. Y me pareció que la vida era excelente, y traté de hacérsela á los demás tan agradable como resultaba para mí. Por eso era mi dicha completa y sin amargura, y no deseaba yo nada mejor que mi vida de todos los días. Porque todo eso que los hombres llaman ambición, y que los vanidosos llaman gloria, y que los pobres de espíritu llaman renombre, y los honores y el ruido, eran un sentimiento insoportable para mí. Y me prefería yo á todo eso. Y á las satisfacciones de fuera prefería la tranquilidad de mi existencia, y á las falsas grandezas mi sencilla felicidad escondida entre mis amigos de rostro dulce.

»Pero ¡oh mi señor! por muy sencilla y límpida que sea una vida, jamás está libre de complicaciones. Y yo mismo había de experimentarlo pronto como mis semejantes. Y fué bajo el aspecto más

encantador como entró en mi vida la complicación. Pues por Alah, ¿hay en la tierra encanto comparable al de la belleza cuando, para manifestarse, elige el rostro y las formas de una adolescente de catorce años? ¿Y hay ¡oh mi señor! adolescente más seductora que la que no se espera, cuando, para abasarnos el corazón, tiene el rostro y las formas de un jovencuelo de catorce años? Porque bajo ese aspecto, y no bajo otro, fué como se me apareció ¡oh Emir de los Creyentes! la que para siempre había de sellarme la razón con el sello de su imperio.

»En efecto, estaba un día yo sentado delante de mi tienda, y charlaba de unas cosas y de otras con mis amigos habituales, cuando vi detenerse frente á mí á una arrebatadora y sonriente joven, ataviada con dos ojos babilónicos, que me lanzó una mirada, una sola mirada, y nada más. Y como bajo la picadura de una flecha acerada, me estremecí en mi alma y en mi carne, y sentí que se conmovía todo mi ser como ante la llegada misma de mi dicha. Y al cabo de un instante avanzó hacia mí la joven y me dijo: «¿Es aquí, por ventura, la tienda reservada del señor Abu'l Hassán Alí ben-Ahmad Al-Khorasani?» Y me preguntó esto ¡oh mi señor! con una voz de agua corriente; y se erguía ante mí, esbelta y flexible en su gracia; y bajo el velo de muselina, su boca de virgen niña era una corola de púrpura abriéndose sobre dos húmedas hileras de granizos. Y contesté, levantándome en honor suyo: «Sí, ¡oh mi señora! esta es la tienda de tu esclavo.» Y mis

amigos, por discreción, se levantaron todos y se marcharon.

»Entonces la joven entró en la tienda, ¡oh Emir de los Creyentes! arrastrando mi razón tras su hermosura. Y se sentó en el diván como una reina, y me preguntó: «¿Y dónde está él?» Muy azorado y trabándose de emoción la lengua, contesté: «Soy yo mismo, ¡ya setti!» Y sonrió ella con la sonrisa de su boca, y me dijo: «Di entonces á ese dependiente tuyo que me cuente trescientos dinares de oro.» Y al instante me encaré con mi primer contable y le di orden de pesar trescientos dinares y entregárselos á aquella dama sobrenatural. Y tomó ella el saco de oro que le entregaba mi empleado, y levantándose se marchó, sin tener una palabra de agradecimiento ni un gesto de despedida. Y en verdad, ¡oh Emir de los Creyentes! que mi razón no pudo hacer otra cosa que continuar tras ella, atado á sus pies.

»Y he aquí que, cuando la hermosa joven hubo desaparecido, mi dependiente me dijo respetuosamente: «¡Oh mi señor! ¿á nombre de quién debo inscribir la suma adelantada?» Yo contesté: «¡Ah! ¿lo sé yo acaso? ¿Y desde cuándo inscriben los humanos en sus libros de cuentas los nombres de las huríes? Si quieres, inscribe: «Adelantada la suma de trescientos dinares á la Abrasadora-de-Corazones.»

»Cuando mi primer contable oyó estas palabras, se dijo: «¡Por Alah! Mi amo, que de ordinario es tan mirado, no obra conmigo de un modo tan inconse-

cuenta mas que para poner á prueba mi sagacidad y mi saber. ¡Voy, pues, á echar á correr detrás de la desconocida y á preguntarle su nombre!» Y sin consultarme sobre el particular, salió de la tienda, lleno de celo, y echó á correr en pos de la joven, que ya se había perdido de vista. Y al cabo de cierto tiempo volvió á la tienda, pero con la mano en su ojo izquierdo y con el rostro bañado en lágrimas. Y se fué, cabizbajo, á ocupar su sitio en la caja, limpiándose las mejillas. Y le pregunté: «¿Qué te pasa?» Me contestó: «Alejado sea el Maligno, ¡oh mi señor! Creí obrar bien siguiendo á la joven señora que estaba aquí, con intención de preguntarle su nombre. Pero en cuanto sintió que la seguían se volvió bruscamente hacia mí, y me asestó en el ojo izquierdo un puñetazo que por poco me parte la cabeza. Y aquí me tienes, con un ojo aplastado por una mano más fuerte que la de un herrero.»

»Eso fué todo. ¡Loores á Alah, ¡oh mi señor! que esconde tanta fuerza en las manos de las gacelas y pone tanta prontitud en sus movimientos!

»Y todo aquel día permanecí con el espíritu encadenado por el recuerdo de aquellos ojos de asesinato, y con el alma torturada á la par que refrescada por el paso de la que me arrebató la razón.

»Y he aquí que al día siguiente á la misma hora, mientras yo me abismaba en su amor, vi de pie ante mi tienda á la encantadora, que me miraba sonriendo. Y á su vista estuvo á punto de huírseme de alegría la poca razón que me quedaba. Y cuando

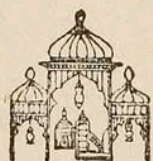
abría yo la boca para desearle la bienvenida, me dijo ella: «Sin duda, ya Abu'l Hassán, habrás dicho para tu ánima, pensando en mí: «¿Qué trapisonda no será, que ha cogido lo que ha cogido y se ha marchado tan tranquila?» Pero yo contesté: «El nombre de Alah sobre ti y alrededor de ti, ¡oh mi soberana! ¡No has hecho mas que tomar lo que te pertenecía, pues aquí todo es de tu propiedad, el recipiente con el contenido! ¡En cuanto á tu esclavo, su alma ya no es de él desde que viniste, y está comprendida en el lote de objetos sin valor de esta tienda!» Y al oír aquello, la joven se levantó el velillo del rostro y se inclinó como una rosa en el tallo de un lirio, y se sentó riendo, con un ruido de brazaletes y de sedas. Y entró con ella en la tienda el olor balsámico de todos los jardines.

»Luego me dijo: «¡Si así es, ya Abu'l Hassán, cuéntame quinientos dinares!» Y contesté: «¡Escucho y obedezco!» Y tras de hacer pesar los quinientos dinares, se los di. Y los tomó y se marchó. Y esto fué todo. Y como la vispera, continué sintiéndome prisionero de sus encantos y cautivo de su belleza. Y sin saber qué sortilegio era el que me había dejado sin pensamiento ni raciocinio, no pude determinarme á tomar un partido ó á hacer un esfuerzo que me sacara del estado de embrutecimiento en que me hallaba sumido.

»Pero al día siguiente, estando yo más pálido é inactivo que nunca, apareció ante mí ella, con sus largos cabellos de llama y de tinieblas y su sonrisa

enloquecedora. Y sin pronunciar una palabra aquella vez, puso el dedo en un tapete de terciopelo del que pendían joyas inestimables y se limitó á acen-
tuar su sonrisa...

En este momento de su narración, Schahrazada
vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 817.^a NOCHE*

Ella dijo:

»...Y sin pronunciar una palabra aquella vez, puso el dedo en un tapete de terciopelo del que pendían joyas inestimables y se limitó á acentuar su sonrisa. Y al instante ¡oh Emir de los Creyentes! aparté el tapete de terciopelo, lo doblé con todo lo que contenía, y se lo entregué á la hechicera, que lo cogió y se marchó sin más ni más.

»Pero al verla desaparecer aquella vez, no pude dèterminarme á seguir inmóvil, y sobreponiéndome á mi timidez, que me hacia temer una afrenta semejante á la que habia sufrido mi contable, me levanté y seguí sus huellas. Y caminando de tal suerte tras ella, llegué á orillas del Tigris, donde la vi embarcarse en un barquito que, con remos rápidos, ganó el palacio de mármol del Emir de los Creyentes Al-Motawakkil, abuelo tuyo, ¡oh mi se-

ñor! Y al ver aquello, llegué al límite de la inquietud y pensé para mi ánima: «¡Hete aquí ahora, ya Abu'l Hassán, metido en aventuras y llevado en el molino de la complicación!» Y á pesar mío, medité en esta frase del poeta:

¡Ten cuidado y examina bien el brazo blanco y dulce de la bienamada, el cual te parece más blando, para apoyar en él tu frente, que el plumón de los cisnes!

»Y permanecí pensativo mucho rato, mirando sin verla el agua del río, y toda mi vida, pasada sin tropiezos y tan dulcemente monótona, desfiló ante mis ojos, siguiendo la corriente de aquella agua, en barcas sucesivas y semejantes todas. Y de pronto reapareció ante mis ojos la barca colgada de púrpura que la joven hubo de utilizar, y que entonces estaba amarrada al pie de la escalera de mármol y sin remeros. Y exclamé: «¡Por Alah! ¿no te da vergüenza de tu vida soñolienta, ya Abu'l Hassán? ¿Y cómo te atreves á vacilar entre esa pobre vida y la vida ardiente que llevan los que no temen la complicación? Por lo visto, no conoces esta otra frase del poeta:

¡Levántate, amigo, y sacude tu modorra! ¡La rosa de la dicha no florece en el sueño! ¡No dejes pasar sin quemarlos los instantes de esta vida! ¡Siglos tendrás para dormir!»

»Y reconfortado con estos versos y con el recuerdo de la emocionante joven, entonces, que ya sabía donde habitaba, resolví no perdonar nada para llegar hasta ella. Y alimentando este proyecto, fui á casa y entré en el aposento de mi madre, que me quería con toda su ternura, y sin ocultarle nada le conté lo que acaecía en mi vida. Y mi madre, asustada, me estrechó contra su corazón y me dijo: «¡Alah te resguarde ¡oh hijo mío! y preserve tu alma de la complicación! ¡Ah! hijo mío Abu'l Hassán, único lazo que me une á la vida, ¿en dónde vas á comprometer tu reposo y el mío? Si esa joven habita en el palacio del Emir de los Creyentes, ¿cómo te obstinas en querer encontrártela de nuevo? ¿No ves el abismo á que corres al atreverte á dirigirte, aunque no sea mas que con el pensamiento, á la morada de nuestro señor el califa? ¡Oh hijo mío! ¡por los nueve meses durante los cuales incubé tu vida, te suplico que abandones el proyecto de volver á ver á esa desconocida y no dejes que en tu corazón se imprima una pasión funesta!» Y contesté, procurando tranquilizarla: «¡Oh madre mía! apacigua tu alma cara y refresca tus ojos. No sucederá nada que no deba suceder. Y lo que está escrito ha de ocurrir. ¡Y Alah es el más grande!»

»Y al día siguiente, que había ido yo á mi tienda del zoco de los joyeros, recibí la visita del representante mío que estaba al frente de los negocios de mi tienda del zoco de los drogueros. Y era un hombre de edad, en quien mi difunto padre tenía una

confianza ilimitada y á quien consultaba todos los asuntos difíciles ó complicados. Y después de las zalemas y deseos de rigor, me dijo: «¡Ya sidi! ¿á qué obedece esa mudanza que veo en tu fisonomía y esa palidez y ese aire preocupado? ¡Alah nos preserve de malos negocios y de clientes de mala fe! ¡Pero sea cual sea la desgracia que haya podido sobrevenirte, no es irremediable, puesto que estás con buena salud!» Y le dije: «No, por Alah ¡oh venerable tío! que no tengo malos negocios ni soy víctima de la mala fe de otro. Pero mi vida ha cambiado por completo de rumbo. Y ha entrado en mí la complicación al pasar una jovenzuela de catorce años.» Y le conté lo que me había sucedido, sin olvidar un detalle. Y le describí, como si se encontrase allí ella, á la arrebatadora de mi corazón.

»Y tras de haber reflexionado un momento, me dijo el venerable jeique: «Ciertamente, el asunto es complicado. Pero no está por encima de la experiencia de tu viejo esclavo, ¡oh mi señor! En efecto, entre mis conocimientos tengo á un hombre que se aloja en el propio palacio del califa Al-Motawakkil, pues se trata del sastre de los funcionarios y de los eunucos. Por tanto, voy á presentarte á él; y le encargarás algún trabajo, remunerándoselo espléndidamente. ¡Y te será él de gran utilidad entonces!» Y sin tardanza me condujo al palacio y entró conmigo á ver al sastre, que nos recibió con afabilidad. Y para inaugurar mis pedidos de ropa, le enseñé

uno de mis bolsillos, que en el camino había tenido cuidado de descoser, y le rogué que me lo recosiera con urgencia. Y el sastre lo hizo de buen grado. Y para remunerar su trabajo, le deslicé en la mano diez dinares de oro, excusándome por lo poco que era y prometiéndole indemnizarle espléndidamente al segundo pedido. Y el sastre no supo qué pensar de mi manera de conducirme; pero mirándome con estupefacción, me dijo: «¡Oh mi señor! vistes como un mercader y estás lejos de tener sus modales. Por lo general, un mercader repara en gastos y no saca un dracma sin estar seguro de ganar diez. ¡Y tú, por una labor insignificante, me das el precio de un traje de emir!» Luego añadió: «¡Sólo los enamorados son tan magníficos! Por Alah sobre ti, ¡oh mi señor! ¿acaso estás enamorado?» Yo contesté, bajando los ojos: «¿Cómo no estarlo después de haber visto lo que he visto?» Él me preguntó: «¿Y quién es el objeto de tus tormentos? ¿Es un cervatillo ó una gacela?» Yo contesté: «Una gacela.» Él me dijo: «Está bien. ¡Aquí me tienes dispuesto ¡oh mi señor! á servirte de guía, si su morada es este palacio, ya que se trata de una gacela, y aquí se encuentran las más hermosas variedades de esa especie!» Yo dije: «¡Sí, aquí es donde habita!» Él dijo: «¿Y cuál es su nombre?» Yo dije: «¡Sólo Alah le conoce, y tú mismo quizá!» Él dijo: «Describemela entonces.» Y se la describí lo mejor que pude, y exclamó él: «¡Por Alah, que es nuestra señora Sarta-de-Perlas, la tañedora del laúd del Emir de los Creyentes Al-Mota-

wakkil Ala'llah!» Y añadió: «He aquí precisamente á su pequeño eunuco, que se dirige hacia nosotros. ¡No dejes escapar la ocasión de sobornarle ¡oh mi señor! para que te sirva de introductor ante su señora Sarta-de-Perlas!»

»Y efectivamente, ¡oh Emir de los Creyentes! vi entrar en el taller del sastre á un esclavito blanco, tan hermoso como la luna del mes del Ramadán. Y después de saludarnos con amabilidad, dijo al sastre, indicándole una pequeña túnica de brocado: «¿Cuánto cuesta esta túnica de brocado, ¡oh jeique Ali!? ¡Precisamente tengo necesidad de ella para acompañar á mi ama Sarta-de-Perlas!» Y al punto descolgué yo la túnica del sitio en que estaba, y se la entregué, diciendo: «¡Está pagada y te pertenece!» Y el niño me miró sonriendo de soslayo, igual que su ama, y me dijo cogiéndome de la mano y llevándome aparte: «Sin duda alguna eres Abu'l Hassán Ali ben-Ahmad Al-Khorassani.» Y en el límite del asombro, al ver tanta sagacidad en un niño y al oír que me llamaba por mi nombre, le puse en el dedo un anillo de precio, que hube de quitarme, y contesté: «Verdad dices, ¡oh encantador jovenzuelo! Pero ¿quién te ha revelado mi nombre?» Él dijo: «Por Alah, ¿cómo no he de saberlo, cuando mi ama lo pronuncia tantas veces al día delante de mí en todo el tiempo que lleva enamorada de Abu'l Hassán Ali, el magnífico señor? ¡Por los méritos del Profeta (¡con Él las gracias y las bendiciones!), que si estás tan enamorado de mi

ama como ella lo está de ti, me encontrarás dispuesto á secundarte para llegar hasta ella!»

»Entonces ¡oh Emir de los Creyentes! juré al niño, con los juramentos más sagrados, que estaba perdidamente enamorado de su señora, y que sin duda moriría como no la viera en seguida...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 818.^a NOCHE*

Ella dijo:

»...Entonces ¡oh Emir de los Creyentes! juré al niño, con los juramentos más sagrados, que estaba perdidamente enamorado de su señora, y que sin duda moriría como no la viera en seguida. Y el niño eunuco me dijo: «Ya que así es, ¡oh mi señor Abu'l Hassán! te pertenezco en absoluto. ¡Y no quiero tardar más en ayudarte á tener una entrevista con mi señora!» Y me dejó, diciéndome: «¡Vuelvo al instante!»

»Y en efecto, no tardó en volver á casa del sastre en busca mía. Y llevaba un paquete, que des envolvió; é hizo salir de él una túnica de lino bordada de oro fino, y un manto, que era uno de los mantos del propio califa, como pude observar por

las señales que lo distinguían y por el nombre inscrito en la trama con letras de oro, y que era el nombre de Al-Motawakkil Ala'llah. Y me dijo el pequeño eunuco: «Te traigo ¡oh mi señor Abu'l Hassán! la ropa con que se viste el califa cuando va por la noche al harén.» Y me obligó á ponérmela, y me dijo: «Una vez que hayas llegado á la larga galería interior, en que están los aposentos reservados de las favoritas, tendrás mucho cuidado, al pasar, de ir cogiendo granos de almizcle del pomo que aquí ves, y de ir dejando uno á la puerta de cada aposento, pues el califa acostumbra á hacer eso todas las noches cuando atraviesa la galería del harén. ¡Y una vez que hayas llegado á la puerta que tiene el umbral de mármol azul, la abrirás sin llamar, y te encontrarás en los brazos de mi señora!» Luego añadió: «¡Respecto á tu salida de allí después de la entrevista, Alah proveerá!» Y tras de darme estas instrucciones, me dejó, deseándome buena suerte, y desapareció.

»Entonces yo, ¡oh mi señor! aunque no estaba acostumbrado á aquella clase de aventuras y se trataba de mi entrada en la complicación, no vacilé en vestirme con la ropa del califa, y como si toda mi vida hubiese habitado en el palacio y hubiese nacido allí, me puse en marcha resueltamente, atravesando patios y columnatas, y llegué á la galería de los aposentos reservados para el harén. Y al punto saqué de mi bolsillo el pomo que contenía los granos de almizcle, y conforme á las instrucciones

del eunuco, al llegar á la puerta de cada favorita no dejé de echar un grano de almizcle en el platillo de porcelana que estaba allí á este efecto. Y de tal suerte llegué á la puerta que tenía el umbral de mármol azul. Y ya me disponía á empujarla para penetrar por fin en el aposento de la tan deseada, felicitándome de que hasta entonces no me hubiera reconocido nadie, cuando de pronto oí un rumor muy pronunciado, y en el mismo momento me sorprendió la claridad de gran número de antorchas. Y he aquí que llegaba el califa Al-Motawakkil en persona, rodeado de la muchedumbre de sus cortesanos y de su séquito habitual. Y sólo tuve tiempo para volver sobre mis pasos, sintiendo que el corazón se me sobresaltaba de emoción. Y mientras huía por la galería, oía las voces de las favoritas, que desde dentro lanzaban exclamaciones, diciendo: «¡Por Alah, qué cosa tan asombrosa! He aquí que el Emir de los Creyentes pasa hoy por la galería por segunda vez. Él fué sin duda quien pasó hace un momento, echando en la salvilla de cada cual el grano de almizcle acostumbrado. ¡Y además le hemos reconocido por el perfume de su ropa!»

»Y continué huyendo desatentadamente; pero hube de pararme, no pudiendo avanzar más por la galería sin peligro de descubrirme. Y oía siempre el rumor de la escolta, y veía acercarse las antorchas. Entonces, sin querer ser sorprendido en aquella situación y con aquel disfraz, empujé la primera puerta que se ofreció á mi mano y me precipité den-

tro, olvidando que iba disfrazado de califa y todo lo consiguiente. Y me hallé en presencia de una joven de rasgados ojos asustados, que, levantándose sobresaltada de la alfombra en que estaba tendida, lanzó un grito estridente de terror y de confusión, y con rápido ademán se levantó la orla de su traje de muselina y se cubrió con ella el rostro y los cabellos.

»Y ante ella me quedé muy embobado, muy perplejo y deseando con el alma, para escapar á aquella situación, que se abriese la tierra á mis pies y me tragase. ¡Ah! en verdad que lo deseaba ardientemente, y además maldecía la confianza inmoderada que tuve en aquel eunuco de perdición, quien, á no dudar, iba á ser la causa de mi muerte por ahogo ó por empalamiento. Y conteniendo la respiración, esperaba ver salir de labios de aquella joven espantada los gritos de alarma que harían de mí un motivo de lástima y un ejemplo del castigo reservado á los aficionados á las complicaciones.

»Y he aquí que tras la orla de muselina se movieron los labios jóvenes, y la voz que salía de allí era encantadora, y me decía: «¡Bien venido seas á mi aposento, ¡oh Abu'l Hassán! ya que eres el que ama á mi hermana Sarta-de-Perlas y es amado por ella!» Y al oír estas palabras inesperadas, ¡oh mi señor! me eché de bruces en tierra entre las manos de la joven, y le besé el borde de sus vestiduras y me cubrí la cabeza con su veló protector. Y me dijo ella: «¡Bien venida y larga vida á los hombres

generosos, ya Abu'l Hassán! ¡Con tus procedimientos has superado á mi hermana Sarta-de-Perlas! ¡Y cuán ventajosamente saliste de las pruebas á que hubo de someterte ella! De modo que no cesa de hablarme de ti y de la pasión que has sabido inspirarle. Puedes, pues, bendecir tu destino, que te ha traído á mí, cuando hubiera podido conducirte á tu perdición, disfrazado como estás con esa ropa del califa. ¡Y puedes estar tranquilo á este respecto, porque voy á arreglarlo todo de manera que no suceda nada mas que lo que está marcado con el sello de la prosperidad!» Y sin saber cómo darle las gracias, continué besándole en silencio el borde de su túnica. Y añadió ella: «Solamente, ya Abu'l Hassán, quisiera, antes de intervenir en interés tuyo, estar bien segura de tus intenciones con respecto á mi hermana. ¡Porque no conviene que haya equívocos acerca del particular!» Y contesté, alzando los brazos: «¡Alah te guarde y te conserve en el camino de la rectitud, ¡oh caritativa señora mía! ¡Por tu vida! ¿crees acaso que mis intenciones pudieran no ser puras y desinteresadas? No deseo, en efecto, mas que una cosa, y es volver á ver á tu dichosa hermana Sarta-de-Perlas, sencillamente para que mis ojos se regocijen con su vista y mi lánguido corazón vuelva á la vida. ¡Sólo deseo eso y nada más! ¡Y pongo por testigo de mis palabras á Alah el Omnividente, que nada ignora de mis pensamientos!»

»Entonces me dijo ella: «¡En ese caso, ya Abu'l

Hassán, nada perdonaré para hacerte lograr el móvil lícito de tus deseos!»

»Y tras de hablar así, dió una palmada, y dijo á una pequeña esclava que acudió á aquella señal: «Ve en busca de tu ama Sarta-de-Perlas y dile: «Tú hermana Pasta-de-Almendras te envía la zalema y te ruega que vayas á verla sin tardanza, pues se siente esta noche con el pecho oprimido, y sólo tu presencia podrá dilatárselo. ¡Y además, entre tú y ella hay un secreto!»

»Y la esclava salió inmediatamente á ejecutar la orden.

»A los pocos momentos ¡oh mi señor! la vi entrar con su belleza, en la plenitud de su gracia. E iba envuelta en un velo grande de seda azul por todo vestido; y tenía los pies descalzos y los cabellos sueltos.

»Y he aquí que en un principio no me vió, y dijo á su hermana Pasta-de-Almendras: «Aquí me tienes, querida mía. Salgo del hammam y todavía no he podido vestirme. ¡Pero dime pronto qué secreto hay entre tú y yo!»

»Y por toda respuesta mi protectora me mostró con el dedo á Sarta-de-Perlas, haciéndome seña de que me aproximara. Y salí de la sombra en que permanecía.

»Al verme, mi bienamada no manifestó vergüenza ni azoramiento, sino que fué á mí, blanca y temblorosa, y se arrojó en mis brazos como un niño en los brazos de su madre. Y creí tener contra mi co-

razón á todas las huries del Paraíso. Y no sabia ¡oh mi señor! si era ella un rollo de manteca ó una pasta de almendras, de tan tierna y frágil como la sentía por doquiera. ¡Bendito sea Quien la ha formado! Mis brazos no osaban oprimir aquel cuerpo infantil. Y al besarla entró en mí una nueva vida de cien años.

»Y así permanecemos enlazados no sé cuánto tiempo. Pues creo que debí caer en el éxtasis ó en algo parecido...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 819.^a NOCHE*

Ella dijo:

»...Y así permanecemos enlazados no sé cuánto tiempo. Pues creo que debí caer en el éxtasis ó en algo parecido.

»Pero cuando volví á la realidad un poco, iba á contarle todo lo que había sufrido, y he aquí que oímos en la galería un rumor creciente. Y era el propio califa, que iba á ver á su favorita Pasta-de-Almendras, hermana de Sarta-de-Perlas. Y sólo tuve tiempo para levantarme y meterme en un co-

fre grande, que cerraron ellas encima de mí, como si no hubiese pasado nada.

»Y tu abuelo el califa Al-Motawakkil ¡oh mi señor! entró en el aposento de su favorita, y advirtiéndole á Sarta-de-Perlas, le dijo: «Por vida mía, ¡oh Sarta-de-Perlas! que me alegro de encontrarte hoy con tu hermana Pasta-de-Almendras. ¿Dónde estabas estos últimos días, que no te veía por ninguna parte en el palacio ni oía tu voz que tanto me gusta?» Y añadió, sin aguardar respuesta: «¡Coge el laúd que tienes abandonado y cántame una cosa apasionada, acompañándote con él!» Y á Sarta-de-Perlas, que sabía que el califa estaba en extremo enamorado de una joven esclava llamada Benga, no le costó trabajo dar con la canción requerida; porque, como ella misma estaba enamorada, dejóse llevar sencillamente de sus sentimientos, y acordando su laúd, se inclinó ante el califa y cantó:

*¡El bienamado á quien amo—¡ah! ¡ah!
con su mejilla aterciopelada—¡oh noche!
supera en dulzura—¡oh los ojos!
á la mejilla lavada de las rosas!—¡oh noche!
¡El bienamado á quien amo—¡ah! ¡ah!
es un lozano jovenzuelo—¡oh noche!
cuya amorosa mirada—¡ah! ¡ah!
habría hechizado—¡oh los ojos!
á los reyes de Babilonia!—¡oh noche!
¡Y tal es—¡ah! ¡ah!
el bienamado á quien amo!*

»Cuando el califa Al-Motawakkil hubo oído este canto, quedó extremadamente emocionado, y encarándose con Sarta-de-Perlas le dijo: «¡Oh joven bendita! ¡oh boca de ruiseñor! para darte una prueba de mi satisfacción, quiero que me formules un deseo. ¡Y por los merecimientos de mis gloriosos antecesores, los beneméritos, te juro que aun la mitad de mi reino te concederé!» Y Sarta-de-Perlas contestó, bajando los ojos: «¡Alah prolongue la vida de nuestro señor! ¡pero no deseo nada más que la continuación de la gracia del Emir de los Creyentes sobre mi cabeza y la de mi hermana Pasta-de-Almendras!» Y dijo el califa: «¡Es preciso, Sarta-de-Perlas, que me pidas algo!» Entonces ella dijo: «¡Puesto que me lo ordena nuestro amo, he de pedirle que me liberte y me deje, por toda hacienda, los muebles de este aposento y cuanto contiene este aposento!» Y le dijo el califa: «Dueña de ello eres, ¡oh Sarta-de-Perlas! Y tu hermana Pasta-de-Almendras tendrá por aposento en lo sucesivo el pabellón más hermoso de palacio. ¡Y como eres libre, puedes quedarte ó marcharte!» Y levantándose, salió del cuarto de su favorita para ir en busca de la joven Benga, favorita del momento.

»En cuanto se marchó él, mi amiga mandó á su eunuco que avisase á los mandaderos y cargadores, é hizo transportar á mi casa todos los muebles del aposento, las tapicerías, los cofres y las alfombras. Y el cofre en que yo estaba encerrado salió el primero, á hombros de los mozos, y—gra-

cias á la Seguridad—llegó sin contratiempo á mi casa.

»Y aquel mismo día ¡oh Emir de los Creyentes! me casé ante Alah con Sarta-de-Perlas, en presencia del kadí y de los testigos. ¡Y lo demás pertenece al misterio de la fe musulmana!

»¡Y tal es ¡oh mi señor! la historia de estos muebles, de estas tapicerías y de estas ropas marcadas con el nombre de tu glorioso abuelo el califa Al Motawakkil Ala'llah! Y—¡lo juro por mi cabeza!—no he añadido á esta historia una sílaba, ni la he disminuído en una sílaba. ¡Y el Emir de los Creyentes es la fuente de toda generosidad y la mina de todos los beneficios!»

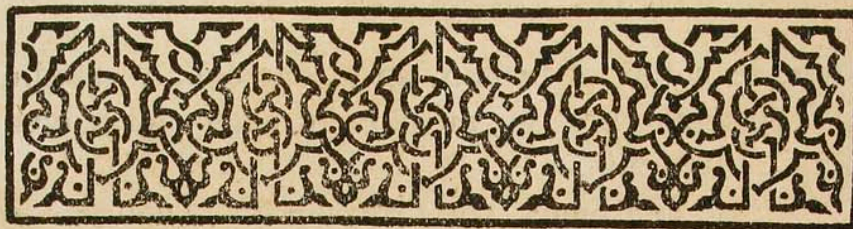
Y tras de hablar así, Abu'l Hassán se calló. Y el califa Al-Motazid Bi'llah exclamó: «¡Tu lengua, ha segregado la elocuencia ¡oh huésped nuestro! y tu historia es una historia maravillosa! ¡Así, pues, para demostrarte la alegría que experimento, te ruego que me traigas un cálamo y una hoja de papel!» Y cuando Abu'l Hassán llevó el cálamo y el papel, el califa se los entregó al narrador Ibn-Hamdún, y le dijo: «¡Escribe lo que yo te dicte!» Y le dictó: «¡En el nombre de Alah el Clemente, el Misericordioso! Por este firmán, firmado de nuestro puño y sellado con nuestro sello, eximimos de impuestos durante toda su vida á nuestro fiel súbdito Abu'l Hassán Ali ben-Ahmad Al-Khorassani. ¡Y le nombramos nuestro principal chambelán!» Y des-

pués de sellar el firmán, se lo entregó, y añadió:
«¡Y desearé verte en mi palacio como fiel comensal y amigo mío!»

Y desde entonces Abu'l Hassán fué el compañero inseparable del califa Al-Motazid Bi'llah. Y vivieron todos entre delicias, hasta la inevitable separación, que hace habitar las tumbas á los mismos que habitaban los palacios más hermosos. ¡Gloria al Altísimo, que habita un palacio por encima de todos los niveles!

Y tras de contar así su historia, Schahrazada no quiso dejar pasar aquella noche sin empezar la HISTORIA DE LAS DOS VIDAS DEL SULTÁN MAHMUD.





ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
<i>Dedicatoria.</i>	
LAS LLAVES DEL DESTINO (CONTINUACIÓN).	9-48
EL DIVÁN DE LOS FÁCILES DONAIRES Y DE LA ALE- GRE SABIDURÍA.	49-149
que comprende:	
LAS BABUCHAS INSERVIBLES.	49-56
BAHLUL, BUFÓN DE AL-RACHID.	57-60
LA INVITACIÓN A LA PAZ UNIVERSAL.	61-68
LAS AGUJETAS.	68-74
HISTORIA DE LOS TRAGADORES DE HASCHISCH.	74-81
HISTORIA DEL KADÍ PADRE-DEL-CUESCO.	81-102
EL POLLINO KADÍ.	102-114
EL KADÍ Y EL BUCHE.	114-125
EL KADÍ AVISADO.	126-134
LA LECCIÓN DEL CONOCEDOR DE MUJERES.	134-145
LA SENTENCIA DEL TRAGADOR DE HASCHISCH.	145-149
HISTORIA DE LA PRINCESA NURENNAHAR Y DE LA BELLA GENNIA.	151-211
HISTORIA DE SARTA-DE-PERLAS.	218-247



OBRAS DE V. BLASCO IBÁÑEZ

Director literario de esta Editorial

NOVELAS: Arroz y tartana. Flor de Mayo. La Barraca. Entre naranjos. Sónnica la cortesana. Cañas y barro. La Catedral. El Intruso. La Bodega. La Horda. La maja desnuda. Sangre y arena. Los muertos mandan. Luna Benamor. Los argonautas (2 tomos). Los cuatro jinetes del Apocalipsis. Mare nostrum. Los enemigos de la mujer. El préstamo de la difunta. El paraíso de las mujeres. La tierra de todos. La reina Calafia. Novelas de la Costa Azul. 5 ptas. vol.—**CUENTOS:** La Condenada. Cuentos valencianos. 5 ptas. vol.—**VIAJES:** En el país del arte. Oriente. La vuelta al mundo, de un novelista (3 t.) 5 ptas. vol.—**ARTÍCULOS:** El militarismo mejicano. 5 ptas.

El Papa del mar (novela). 5 ptas.

NOVÍSIMA HISTORIA UNIVERSAL

escrita por individuos del Instituto de Francia, dirigida á partir del siglo IV por E. Lavissee y A. Rambaud.—Traducción de V. Blasco Ibáñez.—20.000 grabados. Historia por la imagen más completa y detallada que ninguna.—Publicados hasta el tomo XIV. En prensa el XV.—10 pesetas volumen encuadernado.

NOVÍSIMA GEOGRAFÍA UNIVERSAL

por Onésimo y Eliseo Reclús.—Traducción de V. Blasco Ibáñez.—6 tomos.—Millares de grabados y mapas.—7'50 ptas. vol.

NOVELAS Y TEATRO

Obras de gran amenidad, interés y emoción novelesca.—1'25 ptas. volumen.

BIBLIOTECA FILOSÓFICA Y SOCIAL

Altamira, Büchner, Darwin, Kropotkine, Renán, Spencer, etc.—2 ptas. volumen.

LA NOVELA LITERARIA

Amplia y selecta colección dirigida por Blasco Ibáñez, que cuenta con el apoyo de los novelistas de todos los países para esta obra de difusión literaria. Todos los volúmenes llevan un estudio biográfico y crítico del autor de la obra escrito por Blasco Ibáñez. Novelas de Paul Adam, Barbusse, Bazin, Bourges, Bourget, Duvernois, Frapié, Harry, Hermant, Huysmans, Jaloux, Lavedan, Louys, Margueritte, Miomandre, Regnier, Rosny, Tinayre y otros muchos maestros de la novela contemporánea.—4 pesetas volumen en rústica.

J. FRANCÉS: *La danza del corazón* (novela). 3'50 ptas.—*Teatro de amor*. 3 ptas.

F. LLORCA: *Lo que cantan los niños*. Canciones y juegos infantiles. 2 ptas.

HISTORIA DE LA GUERRA EUROPEA DE 1914

ESCRITA POR V. BLASCO IBÁÑEZ. Ilustrada con millares de grabados.

Las grandes batallas.—*El heroísmo.*—*Los horrores de la lucha.*—*La guerra en el mar y en los aires.*—*Tipos y costumbres de los beligerantes.*—*Personajes de la tragedia, retratos, caricaturas y documentos.*—*Planos y mapas.*—*La vida en el campamento, en los campos de batalla y hospitales.*—*Panoramas trágicos.*—Nueve tomos, lujosamente encuadernados.—Precio de cada tomo. 25 pesetas.

El libro de las mil noches y una noche

Traducción directa y literal del árabe por el doctor Mardrus.—Versión castellana de V. Blasco Ibáñez.—Órgano de E. Gómez Carrillo.—23 tomos.—2 ptas. volumen.

BIBLIOTECA CLÁSICA

HOMERO: *Iliada*. 2 t.—*Odisea*. 2 t.—ESQUILO. 1 t.—SÓFOCLES. 2 t.—HESÍODO. 1 t.—EURÍPIDES. 4 t.—TEÓCRITO. 1 t.—ARISTÓFANES. 3 t.—JENOFONTE. 1 t.—PLAUTO: *Comedias*. 3 t.—FEDRO: *Fábulas*.—SYRO: *Sentencias*. 1 t.—CICERÓN: *La República*.—*Las paradojas*. 1 t.—ARISTÓTELES: *La política*. 1 t.—LA CANCIÓN DE ROLDÁN. 1 t.—QUEVEDO: *Obras satíricas*. 1 t.—CERVANTES: *Teatro selecto*. 1 t.—VIDA DE CERVANTES, por su primer biógrafo Mayáns y Siscar. 1 t.—LOPE DE VEGA: *Novelas*. 1 t.—*Comedias*. 1 t.—GUILLERMO DE CASTRO: *Teatro*. 1 t.—CALDERÓN: *Teatro*. 2 t.—SHAKESPEARE: *Obras completas*. 12 t.—2 ptas. vol.

LA CIENCIA PARA TODOS

Volúmenes ilustrados á 1'50 pesetas.

CULTURA CONTEMPORÁNEA

E. FAGUET: *El arte de leer*. 3 ptas.—E. BERGSON: *La risa*. 3 ptas.—W. WILSON, ex presidente de los Estados Unidos: *La nueva libertad*. 3 ptas.—W. SOMBART: *Socialismo y movimiento social*. 4 ptas.

NUEVA BIBLIOTECA DE LITERATURA

Anatole France, Daudet, Victor Hugo, etcétera.—2 ptas. vol.

LOS CLÁSICOS DEL AMOR

Obras de Apuleyo, Longo, Marcial, Voltaire, Casanova, etc.—2 ptas. volumen.

LAS NOVELAS DEL MISTERIO

Aventuras del famoso detective Sherlock Holmes, por Conan Doyle. 8 t.—2 ptas. vol.

COLECCIÓN POPULAR

Filosofía, Historia, Pedagogía, Política, Crítica, Viajes, Arte, etc.—1 pta. volumen.

LOS GRANDES NOVELISTAS

Tolstoi, Dumas, Sué, Conan-Doyle, etc.—A 35 céntos.—Edición *La Novela Ilustrada*.